Pablo Benegas

MEMORIA

PLAZA & JANÉS

PABLO BENEGAS

MEMORIA

PLAZA & JANÉS

A María, Pablo, Lucía y Carla,
porque hay cosas que no os he contado
y deberíais saber

No sé cómo he llegado hasta aquí.

Me encuentro detenido en el último escalón, paralizado.

Observo mi pie inmóvil, apoyado en la estructura de metal que da paso al escenario. Si me impulso hacia delante, traspasaré esa frontera imaginaria que separa un mundo de otro.

Noto la adrenalina recorriendo mi cuerpo. También los latidos de mi corazón acelerado.

Levanto la mirada y el cambio de perspectiva me impresiona: diez mil personas llenan el velódromo de Anoeta en San Sebastián. Me siento más pequeño todavía, más frágil.

El tiempo se detiene mientras mi cabeza intenta registrar todo cuanto sucede a mi alrededor. El ruido es ensordecedor, gritos y aplausos caldean el ambiente. Es febrero y hace frío fuera, pero nadie lo siente.

El humo del tabaco ha creado una neblina que flota y se eleva, formando figuras caprichosas. Las luces de los focos realzan esa apariencia fantasmal y me deslumbran. Esquivo el haz de luz y entonces lo veo: un hombre sentado en la parte de atrás del escenario me hace señas para que me acerque. Logro que mi cuerpo responda, que mi mano deje de aferrarse a la barandilla, y me dirijo hacia él como un barco que persigue las señales de un faro en medio de la tempestad. Me recibe con afecto, me ofrece un vaso de agua que me bebo casi sin respirar y noto que recupero el control.

Conservo una fotografía en blanco y negro de aquel momento. Un hombre y un niño, sentados, miramos a la cámara como si el fotógrafo hubiera llamado nuestra atención. Yo apenas alcanzo a ver por encima de la mesa, con las manos entrelazadas en gesto aún nervioso. Sonrío. Compartimos esa especial complicidad del que se encuentra encima de un escenario, vulnerable, expuesto a las miradas del resto de la gente. Hay otro detalle en ese instante rescatado de la memoria de aquel

tiempo que me encanta: detrás de nosotros puede leerse un fragmento de un mensaje mayor: «la paz». La casualidad —o la mirada del fotógrafo— quiso que esas palabras y no otras sobrevivieran en su objetivo y enmarcasen para siempre mi recuerdo de Enrique Casas.

Aquel febrero de 1984 se celebraban elecciones autonómicas vascas. Era uno de los días importantes de la campaña, un mitin en el que participaron Alfonso Guerra, entonces vicepresidente del Gobierno, así como algunos de los grandes nombres del Partido Socialista de Euskadi, con Ramón Rubial o Enrique Múgica entre ellos. Yo había ido al velódromo de Anoeta con mi abuela María Teresa, ya que mi padre, José María Benegas, «Txiki», era el candidato a lehendakari por el PSE. Mi madre acostumbraba a seguir las intervenciones desde la grada, ya que nunca le gustó el protagonismo ni ejercer en público de «mujer de». Siempre disfrutó de un discreto segundo plano. Pero mi abuela —la mayor fan de mi padre— ocupó la primera fila, y yo con ella.

Supongo que a mis siete años y después de llevar un buen rato sentado escuchando hablar a señores de cosas que no entendía, comencé a aburrirme y aproveché un descuido de mi abuela para salir corriendo hacia los brazos de mi padre, que en ese momento había tomado la palabra. Enrique evitó el desastre.

En aquel contexto terriblemente difícil del que lo desconocía todo, lo único que yo sabía era que Enrique Casas era amigo de mi padre. Solían jugar a pala los fines de semana en un frontón del barrio donde vivía Enrique. Mi hermana Teresa y yo aprovechábamos para jugar con sus cuatro hijos mientras mi madre y Bárbara Dührkop, su mujer, hablaban de sus vidas paralelas. También era habitual verlo por nuestra casa, debatiendo con mi padre asuntos del partido. Tenían mucha confianza y sintonía personal y política. Compañero leal, su amistad era profunda e inquebrantable.

Nadie vuelve a ser el mismo después de pisar un escenario. No importa lo que suceda arriba. Para bien o para mal, nunca baja la misma persona que subió.

Yo viví esa experiencia por primera vez a su lado.

Pocos días después de aquel mitin —cinco, para ser exactos—, me sobresaltó un sonido desconocido que rasgaba el silencio de casa. Desde algún lugar cercano llegaba un lamento que se filtraba en mi habitación despertando mi inquietud. Dejé de jugar, pero no solté mis muñecos, a los que apretaba con fuerza como si en algún momento fuera a necesitar su ayuda. Me concentré hasta identificar la puerta por la que se colaba aquel quejido nuevo para mí. Se trataba de la habitación de mis padres, pero no podía ser. Eso era imposible. No sabía qué pensar. Abandoné mi cuarto dejando sin saberlo un pedacito de mi infancia entre mis juguetes y seguí su rastro. Mientras avanzaba por el pasillo sentía crecer el miedo, su miedo. Hay pocas cosas que se contagien más rápido que el miedo. La curiosidad del niño tiraba de mí en dirección al origen de aquel sonido angustioso, pero había algo que me hacía caminar muy despacio, igual que cuando me despertaba de noche e iba de puntillas al cuarto para dormir con mi madre, aprovechando las ausencias de mi padre. Esa tarde seguí las señales del dolor, que eran profundas y descarnadas. De la habitación de mis padres salía dolor a borbotones.

Encontré la puerta abierta, me apoyé en el marco y esperé unos segundos antes de asomarme. Observé la estancia en penumbra, tenuemente iluminada por su lámpara amarilleada por el humo del tabaco. A primera vista se trataba del mismo dormitorio de siempre, lleno de libros y calaminas, el del retrato del lunar estilo Picasso que mi padre hizo de mi madre cuando eran novios, el del colorido de las corbatas del *aita* y los pañuelos de la *ama*, el que tenía la mejor cama del mundo, esa en la que había encontrado abrazo y calor en noches de pesadillas. Sin embargo, el cálido refugio de mis noches de insomnio transmitía ahora una atmósfera sombría y tenebrosa.

Desde donde yo me encontraba, solo intuía un cuerpo bajo la manta. No alcanzaba a ver la cara. Su llanto roto, sin ritmo, entrecortado, de los de verdad, con congoja, me apretaba el estómago como si me lo

estuvieran pisando; estaba asustado. A pesar de la hora, mi madre estaba metida en la cama. Me acerqué desde el lado donde dormía mi padre, que no estaba en casa. Me subí despacio, con toda la delicadeza posible, y me abracé a ella por detrás. No hubo reacción. No se movió. Toda su energía estaba concentrada en llorar, incapaz de hacer otra cosa. En ese momento repetí la lección que tantas veces había escuchado y le dije: «*Ama* no llores, no pasa nada». Pero ella no tenía consuelo. El dolor de lo incomprensible no tiene abrazo.

Como si intuyera que la respuesta no me iba a gustar, no le pregunté por el motivo de sus lágrimas. Recuerdo la sensación de estar incómodo. Aquello me quedaba muy grande. Se invertían de golpe los papeles. Era yo el que iba a atender el llanto de mi madre, el que tenía la responsabilidad de calmar su tristeza. Mi referente, el contrapeso del globo, mi canción de cuna, era ahora un grito de dolor. El muro sobre el que chutaba el balón se había derrumbado y la pelota no rebotaba, no sabía qué hacer. Aliviar la tristeza de alguien es un poema que no siempre sabemos interpretar. Los años me han enseñado que en ocasiones basta con estar cerca y el silencio se encarga de lo demás. Pero aquella era mi primera vez, y con toda mi ingenuidad recurrí a unas palabras que ella todavía recuerda: «Yo creía que las madres no lloraban».

Vamos, que lo bordé.

En ese momento resultaba imposible para mí imaginar siquiera la magnitud de lo que había pasado: mis padres acababan de perder a su queridísimo Enrique Casas, asesinado en su domicilio por los Comandos Autónomos Anticapitalistas, escisión de ETA. Aquella tarde me asomé por primera vez a un tipo de dolor que no tiene cura, que solo puede llorarse hasta que no queden lágrimas. Fue mi primer contacto con el terror.

José Antonio Marina escribió en *Anatomía del miedo* que «el animal y el cobarde siguen siempre la lógica de la facilidad». El día anterior al atentado, al despedirse, Enrique le pidió a mi padre que tuviera

cuidado, ya que tenían la información que manejaba el Ministerio del Interior que lo señalaba como uno de los objetivos de ETA en aquellas elecciones autonómicas. Mi padre le contestó que no se preocupara, que no era un objetivo fácil porque llevaba escolta y que el que tenía que tomar precauciones era él.

El asesinato del senador Enrique Casas marcó a una generación de jóvenes donostiarras y vascos. Lo he podido contrastar con amigos y coincidimos en que era la primera vez que ETA aparecía en nuestras vidas con esa nitidez de los recuerdos que sirven de umbral a la vida adulta, a la complejidad de sus preocupaciones y desvelos. Aquella tragedia ocupó las conversaciones familiares a la hora de la cena, los niños guardábamos silencio cuando su imagen aparecía en el telediario, pero después nos atrevíamos a preguntar por lo que había sucedido. Este atentado llamó por primera vez la atención de mi generación sobre ETA, aunque la banda terrorista independentista vasca llevara ya matando más de quince años, tanto en Euskadi como en el resto de España.

La ciudad lo vivió de un modo inédito hasta la fecha. La gente salió a la calle. Las aceras se llenaron para ver pasar el cortejo fúnebre dirección a la basílica de Santa María, situada en la parte vieja de la ciudad. El féretro, llevado a hombros por sus amigos y compañeros de partido, iba cubierto con una ikurriña, la bandera española y las del PSOE y la UGT.

El funeral se celebró en Santa María porque el obispo José María Setién se negó a que fuera en la catedral del Buen Pastor, más grande y con mejores accesos. Mi padre lo llamó desde la casa de Enrique, desde el mismo lugar en el que había sido asesinado unas horas antes, para persuadirle con argumentos de peso como el aforo, la organización o la seguridad de las personalidades que asistirían, el presidente del Gobierno entre ellas. Fue en vano. En presencia de su viuda, Bárbara, y de mi madre, el obispo le respondió que cada uno debía ir a su parroquia y que no podía hacer diferencias ni crear un precedente, ya

que «todos son hijos de Dios». Esas fueron las últimas palabras que escuchó mi padre antes de colgar indignado. Era la época en la que la Iglesia vasca equiparaba violencias y desatendía a las víctimas.

El día del funeral, mi hermana y yo nos quedamos con mis abuelos maternos. Nuestra familia intentó aislarnos de lo que pasaba en la calle, pero se había movido el suelo bajo nuestros pies y se habían agrietado las paredes de la casa. El epicentro del temblor había sido muy cerca y lo habíamos sentido. Las cosas no estaban en su sitio.

Hoy sé que mi madre hubiera deseado mantenerme al margen de su tristeza, protegerme del horror donde estábamos metidos. Pero el dolor se impuso. Aquella tarde descubrí que llorar no era patrimonio inmaterial de los niños.

Maite, mi madre, blindó el día a día de nuestra infancia. Gracias a ella, mi hermana Teresa y yo crecimos al margen de la amenaza que se cernía sobre nuestra familia.

Nació en marzo del 48 en Añorbe, un pequeño pueblo de Navarra, de donde era también mi abuela María Teresa. En 1951 se mudaron a San Sebastián porque habían destinado allí a mi abuelo Vicente, entonces capitán del Ejército de Tierra. En apenas cinco años llegaron sus cuatro hermanos, con los que consolidaron una familia larga y muy unida gracias sobre todo a mi abuela, que fue una máquina de coser valores afectivos sinceros y profundos con el hilo inagotable de su entrega y su gran corazón.

Mi madre conoció a mi padre con diecinueve años y con treinta ya era madre de dos hijos. Nos dejaba en el colegio, trabajaba y se relacionaba con la gente del barrio con total normalidad. Ella nunca llevó escolta. Ante nosotros siempre se mostraba alegre y cariñosa. Salvo la tarde del asesinato de Enrique Casas, nunca nos trasladó nada de lo que pasaba ahí fuera. Todo lo contrario. Supo gestionar sola, con dos niños pequeños, situaciones muy complicadas sin regatearnos una sonrisa. Filtró emociones y se tragó el llanto, muchas veces en soledad, para protegernos a mi hermana y a mí. Dejó siempre en el felpudo de casa su miedo o su tristeza antes de entrar y abrazarnos. Logró que el ambiente pareciera absolutamente normal y que creciéramos sintiéndonos a salvo.

Dentro de casa sucedían cosas no muy comunes a las que mi hermana y yo no dábamos mucha importancia porque siempre fue así, era nuestra normalidad. Aunque sí recuerdo situaciones concretas que llamaron mi atención. Por ejemplo, el día en que aparecieron unos operarios y nos instalaron una mirilla y una doble cerradura con cadena en la puerta. La cerradura tenía cuatro vueltas de llave y movía una barra de metal gruesa que estaba a la vista, eso me parecía alucinante. O la vez que nos cambiaron las ventanas del balcón por

unos cristales blindados. Escuché que eran irrompibles y a mí no se me ocurrió otra cosa que coger un martillo para comprobar su dureza. Es verdad que no se rompieron, pero dejé una marca que estuvo ahí hasta hace unos pocos años, cuando mi madre se animó a sustituirlos por unos convencionales.

Insistían mucho en que no abriésemos la puerta de la entrada ni respondiéramos al teléfono, pero nunca sospechamos los motivos que había detrás, sino que lo entendíamos como algo restringido a los niños.

También estaban los «amigos» de mi padre que venían frecuentemente a casa. Algunas veces se quedaban mucho tiempo sentados en dos sillas grandes que teníamos en el recibidor de la entrada sin hacer nada especial, viendo pasar las horas. Vestían de calle y eran muy simpáticos. Hablaban con Teresa y conmigo, nos contaban historias, nos reíamos. Algunos de ellos nos vieron crecer a lo largo de los años. Las entradas y salidas de mi padre siempre se hacían con escolta.

Teresa y yo vivimos al margen de aquella anomalía constante hasta que el ruido exterior empezó a filtrarse de forma irreversible. Crecimos e inevitablemente nuestra inocencia infantil quedó a la intemperie en las calles, donde resultaba imposible no ver ciertas cosas, no entenderlas, no sufrirlas.

Pese a todo, nuestra madre consiguió aislarnos del sombrío y angustioso San Sebastián de finales de los setenta y principios de los ochenta siendo la mujer de Txiki Benegas, que para aquel entonces ya había sido consejero de Interior en el primer Consejo General vasco del 78 al 80, uno de los periodos más sangrientos de la organización, con más de cien asesinatos al año. Sin haber cumplido los treinta, tuvo que dar el pésame y abrazar a decenas de madres, cuyas miradas ya contenían la diferencia entre vivir y existir. Siempre recordaba esos momentos como los más duros de su vida.

Hay una anécdota de aquellos años terribles que escuché contar a mi padre en varias ocasiones y que, bajo mi punto de vista, describe muy bien lo que era este país en aquella época. En 1980, siendo todavía

consejero de Interior, asistió al funeral de seis jovencísimos guardias civiles que habían sido asesinados por ETA en Vizcaya. El ambiente era de muchísima rabia, dolor, tristeza y también de mucha tensión. Había una presión enorme sobre la clase política no nacionalista, y el PSOE era el único partido de ámbito nacional con representación en el País Vasco. A la salida de la iglesia, tras terminar el funeral y después de dar el pésame a las familias, un grupo de guardias civiles le cortó el paso, lo rodearon y comenzaron a cantarle el «Cara al sol». Mi padre aguantó la provocación sin moverse. Tampoco reaccionó ante los insultos de algunas personas que habían ido al funeral y aprovecharon la situación para desahogarse. Esperó a que acabasen y, cuando lo hicieron, les pidió que se identificaran. Anotó sus datos y los expedientó a todos. Esa era la realidad vasca y española: a un contexto económico muy difícil y un gran escepticismo sobre la clase política y las instituciones se sumaba la actividad de una banda terrorista que pegaba durísimo, cebándose con el Ejército y la Guardia Civil, donde algunos empezaban a avisar de que la situación era insostenible, actitud que cristalizó en el golpe de Estado del 23 de febrero de 1981.

Siempre me ha parecido que lo sucedido en aquel funeral ofrece una buena radiografía de la complejidad de la época, al tiempo que resume los méritos de una generación política que consolidó la democracia en medio de circunstancias sumamente adversas. No deja de ser paradójico que, para algunos de ellos, como mi padre, la consecuencia de luchar contra la dictadura de Franco fuera llevar escolta el resto de su vida.

Él tenía treinta y un años entonces. Solo imaginarme en aquella situación me pone los pelos de punta. A su edad, yo estaba recorriendo España y América con mi grupo de música, tocando y disfrutando de una vida totalmente antagónica. Y pude hacerlo gracias a personas como él que lucharon por consolidar un país de derechos y libertades. Hubo otros que dieron incluso su vida por defender los principios democráticos frente al terror en aquella tierna España. Mi gratitud y mi deuda son para siempre. Frente a esa caricatura hostil de la política que algunos defienden en la que solo hay espacio para los intereses personales, Enrique Casas representa la esencia y la dignidad de lo

público. Él era perfectamente consciente del riesgo que corría y decidió asumirlo por compromiso con la sociedad en la que vivía.

He revisitado a menudo su asesinato a través de la mirada de cada uno de mis padres porque sus vivencias fueron muy diferentes. Mi padre se enteró en el hotel Ercilla de Bilbao, inmerso en la campaña electoral y rodeado de compañeros de partido y de amigos. Asumió, como no podía ser de otra manera, la responsabilidad de la organización de aquellos días y de que la familia de Enrique se sintiera arropada. Acababan de asesinar a un íntimo amigo y compañero, y su rabia y su dolor, que fueron inabarcables, se canalizaron hacia la reacción. No era el momento de llorar. Había que responder política y orgánicamente. Tampoco era el momento de procesar y digerir. Eso vendría después. Las horas que siguieron al atentado se llenaron de trabajo, reuniones, propuestas de acción y mensajes de condolencias. Nunca estuvo solo.

Mi madre, por el contrario, cuando recibió la llamada de mi padre sobre las cuatro de la tarde, se encontraba sola en casa, con dos niños de siete y cinco años. No había ningún adulto con quien abrazarse, llorar o compartir sus emociones. No había un plan que diseñar ni un funeral que organizar, ni distracción posible más allá de ver pasar los minutos cargados de malos augurios y recuerdos dolorosos mientras su corazón y su cabeza discutían por ver quién tomaba el control. Toda su acción pasaba por esperar a que volviera a sonar el teléfono con nuevas noticias.

El tiempo de mi padre se aceleró, cogió toda la velocidad que requería el momento. El tiempo de mi madre se detuvo, se volvió espeso, pesado como una lápida. En el silencio de nuestra casa, tras colgar el teléfono, tuvo que ubicar el miedo, la rabia y la profunda tristeza que sentía para evitar que a nosotros nos rozara. La imagino dirigiéndose a su habitación con el último recuerdo de Enrique en la cabeza, poniéndose en la piel de Bárbara y sus hijos, que habían recibido a la muerte en su propia casa, y con la asfixiante sensación de que el círculo se cerraba.

Mi padre estaba viviendo la vida que, por convicción y valores, había elegido. La política le apasionaba. Su decisión implicaba enormes sacrificios, pero también prestigio y reconocimiento. Mi madre siempre estuvo a su lado, renunciando a aspectos muy importantes de su vida para que él pudiera lograr su sueño de transformar aquella sociedad. Asumió el papel que le tocó desempeñar en aquella locura y nunca pidió nada. Y, sin embargo, qué lugar tan ingrato, duro y poco reconocido.

Esta es la otra gran historia, desconocida y nada valorada, de la lucha contra ETA: la de las parejas de los dirigentes políticos que se la jugaron. Igual que mi madre, muchas mujeres fueron fundamentales a la hora de dar a sus maridos, por un lado, la confianza en el camino elegido y, por otro, el bienestar y la seguridad de sus hijos. Su firmeza, su integridad y su compromiso fueron esenciales para que ellos pudieran llevar a cabo su labor.

Fui despertando a la realidad del Donosti de los años ochenta fuera de casa. Mi colegio, al que asistí de los cuatro a los catorce años, estaba situado en la calle Urbieta, pegado a un parque de bomberos y a la policía municipal. Tardaba apenas tres minutos en llegar desde el portal, solo tenía que cruzar dos carreteras pequeñas. El edificio del colegio público Amara es sobrio pero bonito y en su fachada de arenisca todavía pueden apreciarse unas marcas de bala que perviven desde la Guerra Civil. Recuerdo mirarlas e imaginarme cómo llegaron hasta allí.

No era muy grande: unas doce aulas, tres patios interiores pequeños y un gimnasio. Las clases estaban formadas por no más de quince alumnos, casi todos chavales del barrio: mucha gente de Amara viejo, de la plaza de Easo y del centro. Como la mayoría de los colegios públicos, era muy heterogéneo y reunía en sus aulas a familias fundamentalmente de clase media baja, de todas las razas, procedencias, culturas y religiones. Algunos compañeros vivían situaciones muy complicadas en casa, desde problemas económicos hasta hogares desestructurados con muchos hijos a su cargo. A veces la frustración y la rabia ante esas dificultades hacían acto de presencia en clase o en el patio, pero no era lo habitual. La mayoría de los alumnos traían los bolsillos llenos de generosidad y compañerismo. Guardo un buen recuerdo de mi paso por allí y de casi todos los profesores. Me ayudaron mucho y seguro que me cuidaron y protegieron sin que yo me diera cuenta.

Allí conocí a mis tres grandes amigos de la infancia: David Sevilla, Jesús María Marculeta «Manda» y Eñaut Monreal. Sin ser conscientes, estábamos llenando de contenido una de las palabras más importantes de nuestra vida: la amistad. No sabíamos explicarlo, pero sentíamos algo con una fuerza arrolladora. Nos hicimos inseparables. En clase nos llamaban «los cuatro fantásticos». En lo académico estábamos casi al nivel de las chicas, y en el recreo jugando al fútbol éramos imbatibles.

Sobre todo ellos, porque yo era del montón. Incluso fuimos campeones de Guipúzcoa de voleibol. Teníamos la sensación de que podíamos con todo. Nos ayudábamos, nos buscábamos, nos protegíamos, nos hacíamos mejores, éramos un equipazo.

La foto de esa primera amistad se queda clavada en el corcho del corazón para toda la vida. Ahora, cuando nos encontramos en la calle, seguimos dejando a los adultos en el semáforo y cruzamos la carretera los niños, aunque sea hablando de cosas de mayores. Esa amistad en la que ni esperas ni exiges creo que es lo más parecido al amor incondicional que se siente por un hijo. La amistad profunda no hay que cuidarla ni alimentarla porque no es un ser vivo, no puede morir. No se juzga ni se cuestiona porque no es sujeto de derechos ni obligaciones. No se pone a prueba porque no es una ciencia. Simplemente es.

Siempre fueron los mismos conmigo, incluso cuando la política empezó a aparecer en nuestras conversaciones. Siempre los mismos. No les importaba lo de fuera, miraban dentro porque estaban dentro, formaban parte de mi yo más profundo. Fueron mis primeros amigos y junto a ellos puse los cimientos de lo que soy hoy. Por eso ocupan un lugar privilegiado en mi estantería de la memoria. Las pocas fotos que tengo con ellos las guardo como si fueran mi tesoro más valioso, y cuando las veo siempre me arrancan una sonrisa. Su recuerdo es de esos a los que las arrugas le sientan cada vez mejor.

Tenía la teoría sobre la diversidad más o menos clara, pero mi paso por el cole me ayudó a fijar algunos aspectos y a cuestionarme otros. Pocas cosas hay tan efectivas como tocar y ver la realidad para asentar ciertos discursos que escuchas de tus padres y también para ponerlos a prueba. Cuando un amigo te descubre que a menudo las cosas no son como uno piensa, la mirada cambia para siempre.

Una vez un compañero me invitó a su casa después de clase. Caminamos por una cuesta bastante pronunciada y llegamos a un bloque de viviendas de aspecto neutro y funcional. Subimos varios

pisos por una escalera estrecha y poco iluminada hasta que llegamos a su puerta. No había nadie. Él ya tenía llaves de casa, algo que a mí me parecía todavía impensable. La primera puerta a la izquierda era su dormitorio, una habitación pequeña, con una ventana por la que se filtraba la luz de la tarde. Me sorprendió ver dos colchones en el suelo donde, me contó, dormía con sus tres hermanos pequeños. No había camas y apenas quedaba espacio en la habitación. Sábanas y mantas descansaban revueltas, sin orden ni concierto. Las paredes blancas estaban desnudas, sin decoración alguna. No vi ningún juguete que delatara que aquella era una habitación infantil. Por descontado, a esa edad no fui allí con ideas preconcebidas de lo que me iba a encontrar y quizá por eso el contraste fue tan grande. No me lo esperaba. Yo disponía de un cuarto para mí solo en el que cabía una cama, un escritorio, varias baldas con las obras completas de Julio Verne, pósteres de *V* decorando las paredes o un montón de clics y muñecos G.I. Joe. Hasta ese día había creído que «lo normal» era eso y pensaba que mi compañero con el que compartía clase y balón, sueños y complicidad, risas y enfados o el Bollycao en el recreo, vivía igual que yo.

Aquella visita me cambió la mirada, pero no hacia él, sino hacia mí. Me hizo dudar de mi realidad. Descubrí que no era la única posible y que, como en el famoso verso de Paul Éluard, «hay otros mundos, pero están en este». Estaban a mi alrededor, en mi clase, en mi barrio, en niños como yo. Me ayudó a desarrollar conciencia y sensibilidad a través de los otros, a ponerme en la piel de quien no tenía las mismas oportunidades, a darme cuenta de que era un privilegiado pero que eso no me hacía ni mejor ni peor que nadie. Siempre hay alguien que sufre, que está peor que tú y al que se puede ayudar; la esencia del socialismo de lo pequeño, que mi paso por el cole me ayudó a cristalizar.

Entre aquellas cosas que intuía que marcaban la diferencia con mis compañeros se encontraba el hecho de que, a los diez años, había tenido la suerte de conocer París, Londres, Roma, Florencia, Venecia, o con trece recién cumplidos, pasar un verano en Boston aprendiendo inglés. Sin saber muy bien cómo ni por qué, comprendía que aquellas

experiencias eran extraordinarias en el entorno en el que yo me movía en San Sebastián y nunca presumí de ello, todo lo contrario.

No solía contar nada que sintiera que podía desentonar, menos aún en el cole. No mencioné el día en que mi padre me llevó al aeropuerto de Fuenterrabía a recibir al presidente del Gobierno, Felipe González, en chándal (todavía tengo una conversación pendiente con mi madre por ello). Ni de los veranos en Ibiza. Entre los ocho y los dieciocho años, pasé todos los agostos en la isla con mi familia. Mis padres tenían muchos amigos allí. Se relacionaban con intelectuales, pintores, deportistas o artistas. Desde que aterrizábamos en Ibiza había *paparazzi* esperándonos en el aeropuerto. Mi padre solía pactar un reportaje a cambio de que nos dejaran en paz el resto del mes. Una tarde llegamos a encontrarnos a uno de ellos dentro de la cocina, lo que nos generó mucha inseguridad. A partir de entonces tuvimos que ir de vacaciones con la escolta y el coche blindado. Recuerdo una mañana en la que el ex ministro de Exteriores de Aznar, Abel Matutes, buen amigo de mi padre, nos invitó a pasar el día en su barco. Cuando íbamos por el puerto nos rodearon cámaras y periodistas. Me cubrí la cabeza con la toalla instintivamente mientras mi padre les pedía que por favor nos dejaran tranquilos.

Uno de aquellos veranos conocieron a Paco Martín, con el que muchos años después coincidiría en Sony BMG durante varios de nuestros discos. En aquella época era el mánager de Hombres G y una tarde vino con David Summers a casa a darnos una sorpresa. Mi hermana y yo éramos muy fans del grupo. Tenemos una foto con David que guardo con mucho cariño.

Mis padres eran también muy amigos de los dueños del KU de Ibiza, la discoteca de referencia en el mundo por entonces: José Luis Anabitarte «Gorri», Javier Iturrioz y José Antonio Santamaría.

Los veranos en Ibiza eran muy intensos. Una noche podíamos cenar con Roman Polanski y Emmanuelle Seigner, al día siguiente ir a Formentera en la lancha de Ángel Nieto, por la tarde cruzar unas bolas con Björn Borg o coincidir con el rey don Juan Carlos cenando en un restaurante. Eso nos sucedió una vez en Las dos Lunas y nos levantamos

los cuatro para saludarle. Al acercarnos a su mesa, en un gesto de complicidad me dio un puñetazo en el estómago que me dejó sin respiración unos segundos. Disimulé con disciplina marcial, pues me encontraba delante del máximo mando de las fuerzas armadas y no perdí la sonrisa, aunque por dentro estaba fundido. Está claro que no era su intención, pero me pilló desprevenido. Ese día aprendí que cuando se saluda a un rey hay que estar preparado para cualquier contingencia. Después me quiso dar la paga, pero como no llevaba suelto sacó del bolsillo un mechero del Bribón, su barco, y me lo regaló. Estuvo muy cariñoso y cercano con nosotros.

Recuerdo una conversación con Manda volviendo a casa en la que yo le pregunté qué era ser facha, ya que lo había oído bastantes veces y siempre en un tono despectivo. Me parecía evidente que se trataba de algo malo, pero no sabía qué significaba con exactitud. Él, que desconocía mi encuentro con don Juan Carlos, me contestó con la naturalidad de un niño que facha era ser amigo del rey. Qué maravilla de conversación… Me quedé procesando su respuesta y pensé para mí: «Mi padre es amigo del rey. Y yo también. Entonces… somos fachas». Qué lío. Menos mal que luego mi madre me lo aclaró todo en casa.

Supongo que mensajes así influyeron en que fuera un niño reservado con las cuestiones familiares y que siempre procurara no dar qué hablar. Pensaba que ciertas cosas se podían no entender o malinterpretar, por lo que prefería guardármelas; no estaba cómodo contándolas. Intenté ser uno más en el cole y creo que lo logré. Sin ánimo de que suene presuntuoso, fui un niño respetado y querido por mis compañeros, algo de lo que me siento orgulloso. Mis experiencias fuera del cole pudieron haberme confundido y llevado a actuar dentro con prepotencia o soberbia, con la consiguiente alta probabilidad de convertirme en un blanco fácil para algunos. No es que yo fuera ningún superdotado con una inteligencia emocional extraterrestre para manejar estas situaciones, pero tenía a mi madre cerca. Desde niño siento que he mirado a través de sus ojos y pude ver la realidad desde

otra perspectiva. Ella me marcó ese camino porque es así, humilde, honesta y muy generosa. Cuando las cosas son auténticas, son tremendamente contagiosas.

Mi madre solía decirme desde bien pequeño una frase que me ha acompañado siempre: «Cuando salgas a la calle, no te olvides nunca de quién es tu padre».

El *aita* nació en Caracas, Venezuela. Fue uno más de tantos hijos de exiliados de la Guerra Civil. Mi *aitona* José María era abogado del sindicato nacionalista vasco ELA y en el verano del 36 salió de Guetaria rumbo a Francia embarcado en el Galerna justo antes de que un grupo de falangistas se presentaran en su casa para darle «el paseo». Llegó a la abadía benedictina de Belloc, por donde pasaron muchos refugiados vascos, y de allí se marchó a Lovaina, en Bélgica, para continuar sus estudios de economía. En 1940, en vísperas de que Hitler lanzara su *Blitzkrieg* contra Bélgica, emigró a Venezuela. Allí conoció a Doris Haddad, mi abuela, hija también de emigrantes, en su caso, libaneses. Se casaron en Caracas y tuvieron a su primer hijo, José María, en 1948.

Regresaron a Donostia en los años cincuenta, cuando mi padre tenía siete años, y sus otros cuatro hermanos nacieron ya aquí. Al terminar el bachillerato se marchó a estudiar a Valladolid. A los veintiún años ya había terminado la carrera de derecho y dos años de económicas. Se afilió al PSOE en 1972, cuando todavía era una formación clandestina, y a lo largo de aquella travesía se fraguó su relación con otros dirigentes socialistas vascos como Ramón Rubial o Nicolás Redondo. Fue nombrado miembro de la Comisión Ejecutiva Federal del partido en el célebre Congreso de Suresnes que culminó con la renovación del Partido Socialista en 1974.

En casa de Enrique Múgica conoció a Felipe González y a Alfonso Guerra, que estaban recogiendo unos pasaportes falsos para cruzar a Francia y evitar ser detenidos por la policía franquista. A la vuelta de uno de aquellos viajes clandestinos, Ramón Rubial le confesó que llevaban el maletero cargado con dos mil copias de *El socialista*, revista

prohibida por la dictadura, y una vietnamita, la famosa multicopiadora con la que imprimían. Aquellas revistas acabaron almacenadas en un cuarto pequeño de nuestra casa, con el peligro que aquello suponía, donde también había montado mi padre su despacho laboralista y ejercía como abogado.

Son muchas las anécdotas familiares que atestiguan que su compromiso político en aquellos años estaba por encima de las cuestiones personales. En noviembre de 1974, el día en que se entregaban las invitaciones de su boda, más de uno las abrió viendo en televisión cómo se llevaban a mi padre detenido junto a Felipe González, Nicolás Redondo o Juan de Ajuriaguerra por celebrar una reunión ilegal en la madrileña calle del Segre (mi madre, contenta). Pero es que la víspera del enlace comenzó una huelga de hambre encerrándose en la sede del Colegio de Abogados de San Sebastián, en solidaridad con los presos políticos (mi madre, más contenta todavía). También se enteró por la megafonía del velódromo de Anoeta de que había sido padre de una niña preciosa llamada Teresa mientras intervenía en un mitin en defensa de la Constitución (mi madre, la más contenta del mundo).

Ganó las elecciones vascas de 1986, aunque finalmente no pudo formar gobierno. Nunca olvidaré el día después de aquellas votaciones. Nos reunió en casa, en su despacho, y nos contó que cabía la posibilidad de que nos fuéramos a vivir al palacio de Ajuria Enea, la residencia del lehendakari, que estaba en Vitoria. Menudo disgusto. Mi hermana y yo adoptamos una actitud claramente subversiva contra el orden familiar y nos atrincheramos. Le dijimos que no nos íbamos de San Sebastián, que nuestra familia y nuestros amigos estaban aquí y que se marchase él si quería… Un NO NOS MOVERÁN de manual en el que casi casi estábamos ya empujando contenedores para organizar las barricadas. Tampoco pudo formar gobierno en casa. En algunos momentos creo que pensó que habría resultado más sencillo pactar un gobierno de coalición con su enemigo íntimo Xabier Arzalluz que con nosotros.

Entre sus muchas virtudes destacaría su capacidad para llegar a

acuerdos y consensos entre diferentes. Siempre buscó el modo de acercar posiciones y construir. Llevó hasta sus últimas consecuencias eso de que la política consiste en meter en una habitación a dos personas con pensamientos diferentes y tratar de encontrar aquello que compartían y por lo que podían llegar a un acuerdo.

Trabajaba sin descanso. Recuerdo ir un sábado a su despacho antes de acostarme para darle un beso de buenas noches y encontrármelo en el mismo sitio a la mañana siguiente, en medio de una humareda descomunal, puliendo los últimos detalles de un discurso que iba a dar en un mitin o en el parlamento.

Benito Pérez Galdós escribió que «el hombre de Estado necesita saber mirar, sin cegarse, lo mismo al sol que al polvo». Mi padre ponía el mismo entusiasmo en lo grande que en lo pequeño, en las experiencias «amables» que en las «difíciles», ya se tratara de recorrer el país inaugurando la mayoría de las casas del pueblo de España o de impulsar los grandes pactos contra ETA, como el de Ajuria Enea y Madrid; de negociar con Mariano Rajoy y José María Aznar los acuerdos autonómicos del 92, o de pactar con el PNV los diferentes gobiernos de coalición que tanta estabilidad dieron al País Vasco. Fue secretario de Organización del PSOE durante diez años y rechazó ser ministro del gobierno de Felipe González por lealtad a Alfonso Guerra. Pero este libro no pretende hablar de quién fue mi padre ni de todo lo que hizo a lo largo de su vida, porque fue mucho y relevante, como confirma la entrega, a título póstumo, de La Gran Cruz de la Orden del Mérito Civil por un Consejo de Ministros presidido por Mariano Rajoy y Soraya Saénz de Santamaría.

A lo largo de los diez años que pasé en el colegio, las cosas no permanecieron siempre igual. De la ingenuidad infantil a la preadolescencia van muchas colecciones de cromos. A los diez años, mi sensación del día a día en San Sebastián era de total normalidad: ir a clase por la mañana, comer en casa, otro rato en el colegio por la tarde y, después, jugar con los amigos en la plaza de Easo, el parque de

Amara o en el atrio de la catedral del Buen Pastor, antes de que estuvieran prohibidos los balones. Los fines de semana solíamos ir a Lezáun, un pequeño pueblo de montaña situado nada más bajar el puerto de Lizarraga, en Navarra. Allí nació mi abuelo materno, Vicente Urabayen, y nos juntábamos toda la familia: abuelos, tíos, primos… Javier entre ellos, casi un hermano para mí.

Cuando recuerdo aquella época, siento que mi infancia transcurría *prácticamente* al margen de la situación política que se vivía en Donostia. Subrayo lo de «prácticamente» porque con ocho años, en un diario blanco nacarado con un angelito en la portada y cierre dorado con llave que me regalaron el día de mi primera comunión, en lugar de reflejar mi experiencia durante el sacramento de la eucaristía, escribí la historia de Terry Mark, un militante de ETA que mataba con una plancha a una señora en su casa y después descuartizaba su cuerpo. Supongo que, a mi manera, empezaba a captar alguna cosa. En la primera página dibujé dos rombos de los que antiguamente aparecían en la parte superior de la pantalla de televisión para avisar de que aquel contenido desarrollado en las páginas de un diario de primera comunión era para adultos muy adultos. Me quedó muy tierno.

Mi padre tenía mucha exposición mediática, casi diaria, debido a su intensa actividad política. Me hacía mucha ilusión cuando lo veía en la tele y gritaba a mi madre como si hubiera encontrado un tesoro. Ella venía corriendo, normalmente desde la cocina, porque casi siempre aparecía en algún informativo y a esa hora estaba preparando la comida. A continuación, él solía llamar a casa para preguntar a mi madre qué tal había estado porque no le gustaba verse. Nunca revisó una entrevista o declaraciones suyas en televisión.

Ya fuera porque su perfil político iba en aumento o porque mi edad me hacía más consciente de las cosas que sucedían a mi alrededor, una cierta incomodidad fue haciéndose presente. Empezaba a escuchar con frecuencia en la calle «mira, es el hijo de Txiki Benegas», que, en ocasiones, se convertía en «el hijo del Benegas», ya con otros matices. La mayoría de las veces disimulaba y hacía como que no lo había oído, pero la frase de mi madre resonaba en mi cabeza. No quería llamar la

atención ni ser señalado, por lo que me cuidaba mucho de hablar más de la cuenta, en especial con todo aquello que tenía que ver con la seguridad de mi padre. Adopté la prudencia como mecanismo de defensa.

El mío no era un colegio especialmente politizado donde hubiera un ambiente radical. No recuerdo carteles ni pintadas dentro del centro. Pero en los cursos superiores sí había algunos alumnos que llevaban la indumentaria típicamente *borroka*, con camisetas que reivindicaban el acercamiento de los presos a cárceles del País Vasco y la carpeta forrada con fotos y pegatinas con mensajes independentistas. A los doce años ya empecé a ser «el hijo de» en el cole y eso me puso en alerta. Aprendí a ir por delante, a evitar los lugares y las personas conflictivas, y si me buscaban, intentaba persuadirles con mi mejor defensa, la palabra. No me he pegado nunca con nadie, pero he tenido que manejar situaciones complicadas. Siempre me pareció la manera más práctica de gestionar mi situación. Tuve la suerte de tener otras herramientas para defenderme y hacerme respetar. Aunque solo fuera por una cuestión de supervivencia, tenía que enfocar la situación de otra manera. Intentaba reflexionar con quien lo permitía, y con los que no, directamente optaba por pasar. Pero había un momento del que no podía escapar.

Muchos días por la tarde, al volver al colegio después de comer en casa, un grupo de cuatro o cinco macarras de último curso solían juntarse en una barandilla a unos cinco metros delante de las escaleras de la entrada. Fumaban y se metían con los alumnos que íbamos llegando hasta que sonaba el timbre de entrada a clase. No había alternativa, tenía que pasar por ahí. Me convertí en un divertimento recurrente para ellos. Cuando los veía de lejos se me escapaba un «mierda, ahí están» y deseaba que todo pasara rápido, muy rápido. Apretaba el paso y subía las escaleras a toda velocidad. En ese momento quedaba a su merced: algunas veces no pasaba nada, pero otras se reían de mí, me insultaban o me escupían. También me dieron alguna patada. En una ocasión, uno de ellos vino por detrás y me pegó con el puño hacia abajo en la cabeza. No me hizo daño, pero aún

recuerdo perfectamente el susto que me llevé.

Al llegar a la altura donde estaban sentados sentía el miedo en forma de una descarga de adrenalina que me recorría todo el cuerpo hasta notarlo en los dientes. No podía controlarlo. Cuando entraba y veía a algún profesor o a mis amigos, sentía mucho alivio y cierta seguridad.

Esa sensación me acompañará muchas otras veces a lo largo de mi vida, al terminar una manifestación o llevando el lazo azul. El miedo de los últimos metros antes de entrar en el portal y sentirme a salvo.

Del primer día de clase en el instituto Usandizaga, además de los lógicos nervios y miedo ante lo desconocido, recuerdo sobre todo la sensación de velocidad y de cierta orfandad. El cole, después de tantos años, era casa; allí me sentía protegido. Además de porque ya era de los mayores, conocía muy bien los trucos y los tiempos, las salidas de emergencia y las alcantarillas, a los compañeros y profesores; mi intuición allí me servía. Ahora, aunque tuviera la impresión de haber abierto la ventana frente a aquel ambiente más oscuro y endogámico, también sentía que había dejado de hacer pie y de que tenía que empezar a nadar solo.

El instituto se nutría de casi todos los colegios de la ciudad. Los grupos de clase se multiplicaban, los pasillos estaban abarrotados de alumnos a los que había que esquivar como si fuera Times Square, el ritmo se aceleraba de una manera brutal. Todo era diferente: desde el timbre, que sonaba más duro, más pesado, más en serio, hasta las actitudes de los compañeros, su forma de estar, de mirar o de vestir. Todo tenía más color, más vida, un empuje distinto. Lo viví como un viaje del pueblo a la capital sin moverme de Donostia.

No coincidí en mi nueva clase con ninguno de mis viejos amigos. El aula se distribuía en filas de dos y justo a mi izquierda sentaron a los gemelos Arrieta —Daniel y David— que, además de vestir igual, traían una sonrisa que llenaba el instituto. Su confianza en sí mismos era desbordante y desde el primer momento destacaron por su simpatía, compañerismo y nivel académico. También por sus chándales y, en concreto, por uno de color salmón que marcó a toda una generación de jóvenes estudiantes del Usandizaga. Para defender aquel chándal como lo hacían ellos había que tener una extraordinaria fe en uno mismo.

Bromas aparte, irradiaban mucha luz e iluminaban al resto sin cegarnos. Y pese a que la competitividad entre ellos era enorme, con los demás eran todo generosidad. Siempre que había un compañero en apuros, eran los primeros en aparecer en el lugar de la catástrofe para

proceder al rescate.

A ellos debo agradecer mi despertar a la música, ya que por aquel año 90 aún no me atraía especialmente. En casa había escuchado de fondo piezas clásicas de Vivaldi, Boccherini, interpretaciones de Maria Callas o a Serrat, pero me faltaba un hermano mayor que me abriera el camino a otros estilos. Los gemelos me prestaron sus cintas y así comenzó mi conexión con la música: en casetes que grabábamos mezclando discos y canciones de distintas bandas con las que después traficábamos en los descansos entre clases. Eurythmics, Mike Oldfield, Cindy Lauper o Peter Gabriel empezaron a rular sin control por Primero A.

Aunque ya no iba a la misma clase que Manda y Eñaut (David se había marchado a vivir fuera) seguíamos viéndonos. A ellos les gustaban grupos como Toy Dolls y Sex Pistols. Recuerdo una tarde en casa de Manda escuchando Toy Dolls. Me llamaron mucho la atención sus portadas gamberras. A Manda le flipaban.

Iban un paso por delante y estaban ya en esa dinámica que te lleva a interesarte por un instrumento y quedar con amigos para ensayar. Habían empezado a tocar el bajo y la guitarra, respectivamente. Yo no tocaba nada, pero me animaron a que fuera a un ensayo. Nos sentamos en el suelo del garaje de los padres de Eñaut, en el escaso metro y medio que quedaba entre el coche y la pared. Iba a escribir sobre la estrechez y la incomodidad del espacio, pero esos conceptos no existen cuando tienes catorce años y algo te apetece. Me dediqué a mirarlos la mayor parte del ensayo. Me encantó ver cómo iban acoplando la guitarra y el bajo. Eñaut le marcaba una línea a Manda y luego le metía unas quintas con la guitarra que, aunque era todo sin amplificar, me sonó a gloria. Yo no tenía instrumento, por lo que me dieron un cubo con un par de palos y a su señal me puse a darle fuerte. No conocía ni las canciones que tocamos, pero me dio igual, fue muy divertido.

También les interesaban los grupos locales y los pequeños conciertos que se daban por la ciudad. Una tarde me dijeron que iban a ver a un grupo que tocaba en el instituto de al lado, el Peñaflorida, y me invitaron a acompañarlos. Había algo en el plan que no me acababa de

convencer. Como ya he contado, en los últimos años del colegio había desarrollado ese sexto sentido para detectar situaciones peligrosas. En el Peñaflorida había otro ambiente y por el grupo y el tipo de música que íbamos a ver presentía que no iba a estar cómodo. De todos modos, al final me animé.

Nada más entrar en el local me fijé en un grupo de seis o siete chavales que no me gustó. En aquella época, la izquierda *abertzale* vestía de una manera muy concreta; resultaba muy fácil identificarlos. Su atuendo estaba muy pensado, estudiado y diseñado para marcar la diferencia en la calle entre ellos y los demás. Enseguida reconocí a un par, pero fingí no haberlos visto. Había poca gente y nos sentamos delante, ellos estaban al fondo del salón. Antes de que la banda empezara a tocar, mientras ajustaban alguna cosa en el escenario, el grupito empezó a cantar «Kiero un buey» de La Polla Records cuya letra habla de un tal Txikito Barrigas. Nunca he sabido si esta canción estaba dedicada a mi padre, quien, por cierto, en aquella época estaba igual de flaco que yo. Tampoco me interesa saberlo ahora, la verdad. Sin embargo, no me costó entender que su actuación iba dirigida a mí. Me habían reconocido y decidieron comenzar con su repertorio para hacerme sentir incómodo, humillarme y amedrentarme. No esperé a que terminaran, me levanté y me fui sin mirarlos. Tampoco hice ningún gesto desafiante. Nada más salir por la puerta del salón, vino uno de ellos por detrás, me cortó el paso y, mirándome fijamente los ojos a dos centímetros de mi cara, me dijo:

—Dile a tu padre que lo vamos a matar.

—Eso ya lo veremos —respondí, y le aparté con el brazo.

Estaba muerto de miedo. Me temblaban las piernas. No sabía si el resto iban a venir a por mí, por lo que seguí hacia delante sin mirar atrás. A los diez metros reconocí la voz de Eñaut llamándome. Me giré y le vi acercarse. Me preguntó si estaba bien y que si quería volver a entrar. Le dije que no se preocupara, que estaba bien, que no pasaba nada, pero que me iba para casa, y él volvió con los demás.

Al tipo que me dijo eso ya lo conocía de vista en el barrio. Su mirada tenía algo diferente a las de otros con los que me había cruzado: era

igual de desafiante, pero más fría, más serena, no tan encendida. También lo reconocí enseguida cuando me topé con su foto en la prensa años más tarde. En 2007 lo detuvieron y condenaron a nueve años de cárcel por pertenecer al comando Donosti. Ahora no me importa recordarlo, pero en aquella época su cara y sus palabras me persiguieron durante muchas noches. En el momento que supe que lo habían arrestado, aquellas palabras se llenaron de plomo y pesaron una barbaridad porque su amenaza no era una bravuconada como tantas que tuve que escuchar. Era un tipo dispuesto a matar.

No dije nada al llegar a casa. Lo cierto es que nunca conté a mis padres ninguno de estos episodios. Ni siquiera a mi hermana, con la que tenía y tengo una gran confianza y complicidad. Por un lado, no quería preocuparles; pero, sobre todo, me daba vergüenza. En mi reacción no sé cuánto había de esa cultura machista donde los «hombres» resuelven estas situaciones de otra manera —a tortazos y defendiendo el honor mancillado—, pero la cuestión es que, a pesar de que en casa hubieran entendido perfectamente mi actitud, no quería sentirme juzgado. En realidad, ya estaba yo para juzgarme.

El miedo te mina la autoestima, te limita, te anula, ocupa tu tiempo y tus pensamientos. En el fondo, entregas parte de tu libertad y capacidad de decidir a quien ejerce el terror. Ya no sufro por ello ni me da vergüenza hablarlo. Son mis cicatrices. Por suerte, ninguna es de espejo, no las veo cada mañana al despertarme en el cuarto de baño. O eso creo, porque hay imágenes del miedo que, aunque no están presentes a diario, se quedan ahí y vuelven cuando uno menos se lo espera. Lo que ya no me importa es hablar de ello. Este libro es un buen ejemplo. No me importa que ocupen un espacio en mi memoria, en mi tiempo o incluso en mi forma de ser; son parte de mi biografía y supongo que por ellos también soy como soy. El miedo que pasé entonces ahora me pertenece; soy dueño de aquello y eso me da el poder de hacer lo que quiera con él. Por ejemplo, afianzar la certeza de que nuestra resistencia a la sinrazón era justa.

Creo que tengo esta relación con esa parte de mi pasado porque nunca he sentido odio. Revisitar ciertos momentos tiene que dar más

vértigo y ser más doloroso desde el odio y el rencor, pero me temo que es algo que no se puede decidir.

En los primeros meses de instituto, Manda, Eñaut y yo nos buscábamos en el pasillo aprovechando el par de minutos que dejaba el profesor entre clase y clase. Pero, poco a poco, nos fuimos distanciando. Los fines de semana no solía salir mucho y cuando quedábamos, la situación se repetía. Empezaba a sentirme incómodo. No por ellos, ni mucho menos, pero quedaban con gente del barrio mayor que nosotros que no me gustaba. Yo sabía lo que pensaban de mi padre porque se habían encargado de dejármelo claro. También se movían por zonas de Donosti y de Hernani donde no me sentía bienvenido: bares y *gaztetxes* donde sonaba la música que les gustaba, pero el ambiente era demasiado para mí, muy cargado, muy politizado. A mis catorce años ya era consciente de muchas cosas. Pedro Simón escribe que crecer no tiene que ver con mirar más lejos y desde más arriba, sino con hacerlo con más desconfianza. Y, por desgracia, yo ya había empezado a mirar así a mi entorno, cada vez con menos confianza. Detestaba que me reconocieran. Me sentía cada vez más observado, o quizá simplemente había empezado a ser más consciente de ello. Oír en la calle que era el hijo de Txiki Benegas para mí era una amenaza, todavía no era un motivo de orgullo, y cada vez lo oía más alto, aunque disimulara. Otra característica que nos diferencia de los niños, la capacidad para disimular y no exteriorizar. Lo hablé en alguna ocasión con mis amigos, pero supongo que a ellos les faltaba perspectiva para entenderlo y a mí, para saber explicarlo bien. No era una situación fácil de comprender. Dejamos de quedar paulatinamente y nos fuimos alejando.

Aquella experiencia agridulce me acercó más y más a los gemelos. Conectamos hasta hacernos íntimos amigos, y ellos, junto con mi primo Javier, fueron las personas más importantes de mi adolescencia. Compartimos la época de las *primeras veces* por excelencia, cuando más fotos se guardan en el álbum de la memoria.

Mi primer concierto fue con ellos. Esa experiencia para cualquier

adolescente del mundo es inolvidable. Es tan apabullante la cantidad de emociones que se generan que sales flotando sin comprender bien qué ha sucedido. Eso me pasó a mí. Fue un 14 de mayo de 1992, tenía quince años y salí de allí en una nave espacial. Estuve dos días orbitando alrededor de la Tierra intentando asimilar qué había pasado. Tuve la suerte de ver en directo a U2 en el velódromo de Anoeta, con quince mil personas durante la gira de interiores del *Achtung Baby*. La descarga de luz y sonido que me llevé me dejó absolutamente volado.

Cuando se apagaron las luces y el velódromo rugió, sentí una mezcla de miedo, nervios y una excitación que nunca había vivido. Pero cuando comenzó a sonar «Zoo Station», con Bono subido en una de las torres de pantallas y la potencia de sonido empezó a empujarme el pecho, salí de mi cuerpo y comencé a levitar.

Todavía no era muy fan de U2. Había escuchado sobre todo ese último disco y algo de *The Joshua Tree*, gracias a los Arrieta, que me los pasaron en clase, pero después de aquel concierto me fui comprando todos los discos poco a poco.

Recuerdo que en la intro de «Where the Streets Have No Name», Dani, que estaba muy fuerte, me subió en sus hombros, y después de cuarenta y seis años de muchas experiencias vividas puedo confirmar que está en mi top 5. Ver desde ahí arriba a las quince mil personas absolutamente fuera de sí, saltando, bailando, llorando, abrazadas, las cegadoras iluminándonos, la potencia del sonido elevándonos a todos y la pedazo de intro de esa canción emocionante como pocas, acabó conmigo. Fue brutal. Hay pocas cosas que tengan la fuerza y el impacto de un primer concierto, pero cuando además, en mi opinión, es una de las mejores bandas de la historia en una de las mejores giras de la historia, es insuperable.

La música había comenzado a formar parte de mi día a día gracias a los gemelos y al trapicheo que nos traíamos en Primero A, pero el concierto de U2 en el velódromo me cambió la vida. En muy poco tiempo pasé de no interesarme la música a no poder vivir sin ella.

Escuché por primera vez el sonido de una guitarra clásica en las manos de mi querido abuelo materno Vicente Urabayen en Lezáun, donde nos reuníamos abuelos, tíos y primos casi todos los fines de semana. Me encantaba aquella sensación de libertad en la calle, sin horarios ni normas. Volvíamos a casa solo para alimentarnos, descansar o limpiar alguna herida. Siento nostalgia de aquella tranquilidad del pueblo, su ritmo, su silencio roto por los cencerros de las vacas, el claxon de la furgoneta del panadero o el sonido de la flauta de pan del afilador; quedarme hipnotizado viendo pasar los tractores por la cuesta de casa hasta que desaparecían en la curva; subir al bar con mi primo Javier a que nos dieran las chapas de los botellines, rellenarlas con cera, poner en ellas la cara de nuestros ciclistas favoritos, pintar con una tiza un circuito en el suelo y jugar a la Vuelta a España; saludar a todo el que nos cruzábamos; hacer cabañas en un bosque cercano, sentarnos dentro y pasar horas charlando. También tuve que salir corriendo porque una vaca de media casta se me arrancó y me persiguió un buen trecho, o aquella vez en que mi madre me socorrió al sacarme de la boca una caca de cabra que había cogido del suelo pensando que era una aceituna negra. La verdad es que siempre he sido de buen comer.

Lezáun se encuentra a unos ochocientos metros de altitud y aquella Nochebuena había nevado mucho. Después de la cena, mis primos y yo nos habíamos colocado alrededor de la chimenea abducidos por el fuego y arrojando de cuando en cuando alguna hoja de periódico impreso en color para ver la llama coloreada. Entonces el abuelo sacó la guitarra, la templó, como decía él, y se puso a cantar «Allá en el rancho grande» de Jorge Negrete. Mi abuela y todos mis tíos le siguieron. Al principio, los primos nos mirábamos un poco desconcertados, como me miran mis hijos ahora si hago algo que no se esperan, pero ver a toda la familia cantando al ritmo del abuelo resultó toda una experiencia. Después de «Allá en el rancho grande» vinieron muchas más canciones tradicionales. Buen repertorio el de la familia

Urabayen. Y qué felicidad compartir ese momento tan bonito en torno a una guitarra y una chimenea mientras la nieve que se acumulaba en el alféizar de la ventana nos miraba con envidia.

A partir de aquella noche mágica, ver tocar la guitarra a mi abuelo, a mi madre o a alguno de mis tíos en las reuniones familiares pasó a ser habitual. Me gustaba mucho que lo hicieran, pero todavía no despertaba nada en mí como para animarme a tocarla yo.

Un buen día, sería el año 91, esa misma guitarra apareció en casa. Mi hermana había empezado a ir por las tardes a una asociación de tiempo libre para niños donde le enseñaban a tocar, y se la pidió prestada al abuelo. El interés no le duró mucho tiempo, pero la guitarra se quedó a vivir con nosotros. Y entonces ocurrió: me fijé en ella. No hay nada como el encuentro fortuito de un instrumento abandonado con un joven aburrido. Esas relaciones suelen ser para siempre porque son de verdad. Los instrumentos tienen un magnetismo especial cuando no se imponen, cuando esperan pacientes a que tú des el primer paso. Al menos así lo sentí yo: me acerqué a ella y la descubrí poco a poco. Primero, solo la cogía, tocaba una sola cuerda e intentaba sacar alguna melodía. Con el tiempo aprendí algún acorde, algún ritmo. Sonaba fatal, pero no me importaba. Cada vez dedicaba más tiempo a practicar, me evadía de todo lo demás.

Una noche en que mis padres se fueron a cenar, me quedé tocando horas y horas hasta que volvieron, ya de madrugada. No podía parar. Tenía una idea en la cabeza y necesitaba sacarla. La sensación era idéntica a la de estar leyendo un libro y ser incapaz de soltarlo. El tiempo vuela, eres consciente de que al día siguiente tienes que madrugar, pero no importa porque necesitas avanzar, saber qué pasa. Cuando alcanzas ese estado de inmersión, ya no hay vuelta atrás: los libros te acompañarán el resto de tu vida. Y lo mismo me sucedió con la guitarra.

Muy cerca de casa, a la vuelta de la esquina, había una tienda fantástica de instrumentos y discos llamada Bengoa. Vendían, además,

partituras y libros en tablatura, que es un sistema de notación musical que indica la posición de las notas, más sencillo de leer que una partitura. Tenían muchos libros de los grupos de moda. Me compré varios y recuerdo especialmente el *Use Your Illusion* de Guns N' Roses, el *Ten* de Pearl Jam o el *The Joshua Tree* de U2. Lentamente, aquello que tocaba empezaba a sonar como lo que hacían esos grupos. Qué sensación tan increíble. Una vez que consigues reproducir los riffs de tus bandas favoritas estás atrapado.

Aunque mis padres veían cómo disfrutaba con la guitarra, no me propusieron ir a clases. Creo que fue un acierto. Convertir eso que había surgido de manera natural y espontánea en algo académico, disciplinado y serio habría sido un error. Existen muchos factores difíciles de manejar: puedes no tener química con el profesor o que un buen día no te apetezca ir a clase. Es complicado desligar esas emociones del instrumento, que acaba pagando los platos rotos. La formación da buenos frutos cuando la relación con el instrumento ya está consolidada y es indestructible. Imponer esa conexión antes de tiempo puede alejarte de la música para siempre.

Nosotros nunca hemos necesitado leer una partitura. Componemos, grabamos e interpretamos nuestras canciones y para ello tenemos nuestro propio lenguaje musical. Uno que nos ha servido para comunicarnos con los mejores músicos y productores durante casi treinta años. Nosotros empezamos a estudiar cuando ya vivíamos de la música. La formación es importante, pero una vez que te has enamorado.

Nuestro instituto estaba controlado por Ikasle Abertzaleak, organización estudiantil vinculada a HB, el brazo político de ETA. Ellos imponían los paros, las huelgas y tomaban las decisiones importantes. Pegaban carteles con mensajes de apoyo a la banda terrorista y fotos de presos en algunas paredes del centro. No eran muchos, pero sí hacían mucho ruido. Sus convicciones, su fanatismo y su militancia les hacían ser muy activos. Su retórica y sus formas eran muy agresivas. El tono en sus mensajes e incluso la tipografía de sus carteles, tan concreta y estudiada, infundían temor. Daban miedo y les gustaba que así fuera.

Por suerte, en mi clase no había ningún radical. Abundaban más en la línea de euskera. No tardé en distinguir a los duros. Y ellos a mí, claro. Los había de dos tipos: los exaltados, a los que se les hinchaba la vena en cuanto abrían la boca, y los tranquilos, que preferían mantenerse en un discreto segundo plano. Los que mandaban eran los segundos. Algún año fui delegado de clase y me tocó vérmelas con ellos en las reuniones. Siempre llegaban con propuestas de paros o huelgas motivadas por alguna detención, para protestar por torturas o excesos policiales o simplemente dirigidas a apoyar alguno de sus objetivos políticos. Teníamos que compartirlas con el resto de los alumnos y votar. Me daba mucha rabia cuando en mi clase salía alguna adelante, ya que nada de aquello tenía que ver con nosotros. ¿Por qué nos íbamos a casa cuando habían detenido a un presunto terrorista y no por la víctima a la que acababa de quitarle la vida? Conocía a mis compañeros y sabía que no compartían el motivo de la reivindicación. Era consciente de que muchos de los votos a favor y, sobre todo, de las abstenciones se daban para perder esa clase o volver antes a casa, ya que los paros solían hacerse a las doce del mediodía.

En este sentido, uno de los momentos más amargos de aquella etapa fue el día siguiente al atentado contra Irene Villa y su madre, una funcionaria a la que colocaron una bomba lapa en los bajos del coche y que detonó cuando llevaba a su hija de doce años al colegio. Aquel día

tomamos nosotros la iniciativa y trasladamos a la dirección una propuesta: había que parar el instituto. En medio de la anestesia colectiva en la que caminábamos, aquello había sido insoportable. Todos estábamos impactados en mi clase. El instituto Usandizaga no podía mirar a otro lado y hacer como si no hubiera pasado nada después de que hubiéramos visto en aquellas terribles imágenes, que por lo menos a mí me acompañan todavía hoy, a una madre y a su hija mutiladas sobre el asfalto de una carretera por una bomba de ETA en Madrid.

Cuando entramos en el despacho de la directora, la bronca ya estaba montada. Un chaval de Nuevas Generaciones, las juventudes del PP, había llegado antes y lo estaban rodeando. Aparecimos otro delegado y yo, se abrió el grupo y empezaron las discusiones cruzadas. Éramos muchos en una habitación pequeña. La directora intentaba mediar, pero había mucha tensión y apareció el odio, la mirada del fanático, los ojos inyectados en sangre del violento. El odio no como algo personal contra nosotros, sino hacia lo que representábamos. Éramos el enemigo. Y al enemigo se le aniquila.

Aquella rabia contra nosotros no nacía del hecho de que hubiéramos propuesto un paro por el incalificable atentado de ETA contra una madre y su hija. Los gritos, los insultos, la violencia como forma de vida interiorizada en cada gesto, en el tono de voz, en la forma de argumentar, en el desprecio por lo que había pasado, se debían a que sabían que su mejor arma era generar miedo a través de la violencia, y la usaban siempre que tenían la ocasión. En el fondo estaban sacando esa bilis porque ese era su espacio de poder y no querían perderlo, no iban a permitir que se hiciera algo en contra de su voluntad. No importaba el porqué de la movilización, sino el quién la planteaba. Y aquella mañana el instituto decidió parar a pesar de ellos. La propuesta de paro fue aprobada.

Entraron más profesores en el despacho de la directora y la cosa no pasó a mayores, pero la tensión se extendía a los pasillos. Volvimos a clase y a las doce salimos a las escaleras de la entrada. El grupo más radical se quedó en un lateral esperando a que termináramos la

concentración con su habitual repertorio de miradas y gestos amenazantes. Al concluir los cinco minutos de silencio, en las mismas escaleras del instituto, se me acercó uno de ellos y me dijo:

—¡Que se joda, hacía DNIs para el Estado!

—¿DNIs para el Estado? ¿En serio? —le contesté sorprendido.

—Sí, ¡que se joda!

La verdad es que no me esperaba algo así. Me quedé mirándolo completamente descolocado porque había escuchado justificaciones peregrinas de todo tipo, pero me pareció que esa alcanzaba otra dimensión. Me resistía a creer que pudiera venir de mi sociedad, de mi entorno, de mi instituto. A mis quince años, aún era incapaz de imaginar que el odio y el fanatismo deshumanizaran hasta el punto de que, después de lo que todos habíamos visto por televisión, alguien necesitara escupirme eso a la cara recién terminada la manifestación.

Aquel día descubrí varias cosas. La primera, la prepotencia e impunidad con las que se mueve quien se sabe portador de la violencia; la confianza que le da el saber que genera miedo y que le lleva a retar y provocar en un entorno que no le favorece, en clara inferioridad numérica. La segunda fue la constatación de que el odio necesita imponerse siempre. No puede mantener la distancia ni sentirse vencido, necesita combatir y anular. Aquel tipo vino hasta donde yo me encontraba, todavía rodeado de compañeros, para soltarme esa barbaridad porque le quemaba dentro. No solo no le conmovió el sufrimiento de Irene Villa y de su madre, es que lo justificó porque «hacía DNIs para Estado». Es un ejemplo insuperable de cómo los infectados por el fanatismo desconectan emocionalmente del lado humano y dejan de sentir empatía por los «otros», por el «enemigo».

En el colegio había tenido un compañero repetidor, de esos que a los trece años ya están un poco de vuelta de todo, que se declaraba abiertamente simpatizante de ETA. El típico que expresaba sus filias y fobias a través de camisetas y pegatinas en su carpeta. Quizá por la seguridad que le daba ese año extra, se hacía el gracioso y no se

cortaba a la hora de hacer algún comentario sobre mi padre medio en broma, pero dejando muy claro lo que pensaba. Aunque me incomodaba, no me acosaba ni me intimidaba; era una situación con la que podía lidiar sin ponerme a la defensiva, y supongo que eso le descolocaba. No me lo puso fácil, pero tampoco me hizo la vida imposible. En el fondo, creo que no le caía mal.

Volví a cruzarme con él tiempo después, ya terminado el colegio. Iba caminando por la plaza de Easo y lo saludé con un gesto muy vasco que consiste en levantar un poco la cara hacia arriba diciendo «agur». Me miró de un modo que me dejó helado: no abrió la boca ni movió un músculo de la cara, pero sus ojos tiraban a matar. Había una gran desproporción entre ese momento y el punto donde lo habíamos dejado en el cole. El juego había terminado. Yo aparté la mirada, no me esperaba aquello. Habíamos sido compañeros de pupitre durante una temporada y llegamos a tener cierta complicidad. Nos reíamos, hacíamos trabajos juntos y jamás critiqué sus pegatinas ni respondí a sus provocaciones. ¿Qué había pasado para que de pronto me odiara así?

Supongo que el fanatismo que circulaba por sus venas en el colegio había acabado por envenenar su corazón adulto y comenzaba a aplicar la doctrina del terror contra aquellos que no pensaban como él. Dejé de ser su compañero de clase para convertirme exclusivamente en el hijo de Txiki Benegas. Un lunes cualquiera volviendo a casa del instituto, con mucha hambre y la mochila cargada de libros, descubrí que el odio hacia mi padre se podía heredar.

La siguiente vez que nos vimos le sostuve la mirada. Me parecía tan injusto… En cierta medida, él generaba en mí ese desasosiego que buscaba. Cuando lo reconocía a lo lejos sentía despertar el miedo en mi cuerpo, pero no estaba dispuesto a dejarme someter ni a cederle ese espacio vital en la calle. Tampoco iba a permitir que se me notara. Me ayudaba pensar que era él el que se odiaba a sí mismo cuando actuaba así. Encontré el valor en la tranquilidad de mi conciencia. Supongo que él, en la fe ciega del fanático. Desde aquel día, cada vez que nos volvíamos a cruzar, como si de una justa medieval se tratara, nos

desafiábamos desde lejos con el arma más devastadora después de la palabra, la mirada. Apuntando los dos al corazón, avanzábamos de frente hasta que nos sobrepasábamos. Después y sin volver la vista atrás, cada uno continuaba por su camino palpándose las heridas hasta el próximo duelo. Era muy desagradable.

La conquista de aquella concentración en el instituto fue agridulce para mí porque me di cuenta de que apenas salimos al patio la mitad del alumnado. ¿Por qué no estábamos todos fuera manifestando nuestra repulsa? ¿Qué sucedía para que tantos compañeros del instituto no sintieran un mínimo de empatía, un pellizco ético de compromiso y solidaridad con las víctimas de aquella salvajada? Muchos aprovecharon para irse a casa. Es incuestionable que el miedo, ese eje sobre el que giraba nuestra adolescencia, era en gran parte el responsable de aquella desbandada. Al día siguiente había que volver al instituto y siempre apuntaban la matrícula de los que nos manifestábamos. Pero intuía que existían otros factores que no conseguía descifrar, porque el atentado de Irene Villa no fue uno más.

A los pocos días, un compañero me avisó de que habían pintado en una pared del baño «Benegas» dentro de una diana. Bajé a verlo y me impresionó mucho descubrir mi apellido en un punto de mira. Sentí la adrenalina tomando el control y volvió la vergüenza. No quería ser el protagonista de nada ni que hablaran de mí en el instituto. Me preocupaba que los que entraban en el baño me identificaran con la pintada o que alguien se distanciara de mí por miedo a que también le señalaran. Solo quería que la borraran de inmediato. Ni siquiera me interesaba saber quién la había hecho. Me daba igual. No pensaba que fueran a matarme, pero sí lograron su objetivo: me quedé tocado. En un adolescente, el miedo y la vergüenza bien mezclados son un potente inhibidor. Quizá hubiera sido mejor no verlo y protegerme. No lo sé. Avisé a un profesor y lo borraron rápidamente. No trascendió en el instituto o por lo menos esa es la sensación que tuve. La cuestión es que ya tenía una imagen más para mi álbum del terror.

María fue mi primer amor. Despertó en mí un mundo de emociones que ni imaginaba que existieran. Nos parecíamos más bien poco, quizá por eso me gustaba tanto. Era extrovertida, sofisticada, divertida, guapa y más alta que yo. Circulaba por la vida a una velocidad muy diferente a la mía y no solo porque tuviera moto. Era una chica popular, muy querida y con ventaja en asuntos amorosos, pues ya había tenido algún novio mayor que ella. Tenía la sensación de que estaba en la otra orilla, de que era inalcanzable para mí, pero me fascinaba. Yo no era más que un pichón. Muy buen chaval, majo, educado… pero un pichón que poco podía hacer frente a los halcones que volaban a su alrededor. A mis dieciséis, era el típico pereza que funcionaba bien como amigo, confidente, hombro sobre el que llorar y poco más.

María se cruzó en mi camino por pura casualidad. David y Daniel eran sus vecinos de balcón y me la presentaron. En cambio, mi exagerado interés por quedarme a dormir en casa de los gemelos, eso ya no fue tan casual. Ellos la avisaban y, en plena noche, cruzaba desde su balcón al nuestro. Recuerdo la primera vez que lo hizo. La emoción que sentí cuando tocó la ventana y entró para estar con nosotros no cabe en un disco doble. Se sentó a lo indio en la cama de David, que estaba pegada a la mía, y comenzó a hablar. Hablaba mucho. Me encantaba que hablara mucho. Resultaba hipnótico. No podía dejar de mirarla. No sé si volvemos a mirar igual que cuando nos enamoramos por primera vez. Mientras la escuchaba, notaba cómo me subía una emoción incontenible que se me desparramaba por las comisuras de la boca. La confianza entre ellos era absoluta, se conocían desde niños y contaron infinidad de anécdotas suyas de cuando eran pequeños. Nos reímos mucho. Era la felicidad total. Me hubiera quedado a vivir en aquella habitación para siempre.

María activó algo que me llevó por primera vez a ponerme delante de un papel en blanco. Fue poesía. Bueno, lo pretendía. Aquellos ripios y el tono cursi eran demoledores, pero había empezado a sentir algo tan

inmenso y desbordante que necesité sacarlo fuera. Antes de conocerla, nunca había experimentado ese impulso de expresar mis sentimientos. Ella fue mi inspiración para empezar a escribir.

María y yo habíamos comenzado a quedar algunas tardes como amigos, y un día, en la calle Easo, a la altura del bar La Habana, nos cruzamos con una de sus mejores amigas y su novio. Los tres eran alumnos del colegio Alemán; ellas estaban en la misma clase y él en un curso inferior. Pasaron un rato poniéndose al día, charlando del fin de semana y de gente que yo no conocía. Xabi me pareció muy divertido, me cayó bien. Quién me iba a decir a mí que con aquel tipo de camisa azul metida por dentro, pantalón de pinzas, flaco, con rizos y fumador iba a compartir mi vida y no con la chica que tenía al lado y que tanto me gustaba. Menos mal que en ese momento nadie me puso en el dilema de elegir entre María y Xabi San Martín, porque me temo que la historia hubiera sido bien diferente.

Yo estaba cortado porque tenía la sensación de que se me notaba un montón que estaba colado por ella. Me encontraba en esa posición vulnerable y frágil de quien intenta conquistar a alguien. Estábamos, además, frente a una pareja de novios, amigos de ella, y yo imaginaba que me miraban como preguntándose: ¿de verdad que este es el pollo con el que sale María? Me sentía incapaz de disimular mis sentimientos. La única que parecía no darse cuenta era ella, o al menos eso fue lo que me dijo cuando por fin me declaré.

Había pasado un año y medio quedando con ella un par de veces por semana, ejerciendo de mejor amigo, escuchando sus historias con los chicos que le gustaban, incluso tragándome alguna relación suya, cuando empezamos a salir. Gané por agotamiento. Aquella tarde fui el tipo más feliz del mundo. Era verano, acababa de cumplir los diecisiete y levitaba de alegría. Fui directo a la playa, los gemelos tenían que saberlo. Ellos siempre me advirtieron de que María era maravillosa pero que no era para mí, y nunca les hice caso. ¿Cómo iba a hacerlo? Yo no podía ceder el mando a mi parte racional cuando mi corazón bombeaba a una velocidad frenética. Era sencillamente imposible contener el caudal de amor que corría por mis venas. Ningún

torniquete hubiera detenido aquello después de tanto tiempo buscándolo. Estaba perdido. Sin remedio. Supongo que estrellarse es parte del aprendizaje.

Tardé pocos meses en experimentar lo que era sufrir de verdad por amor. Yo me había entregado del todo, no existía nada más importante en el mundo, y ella estaba a todo menos a mí. Tenía la sensación de ser el preámbulo de lo que de verdad le apetecía; como si su vida empezara después de estar conmigo. Salir con ella resultó más doloroso que ser su mejor amigo. Durante aquellos meses veía en la pantalla bajar las piezas de mi Tetris emocional, pero no sabía encajarlas. Me costaba entender lo que pasaba. Con ella llené mi corazón hasta los topes y con ella se me vació. No hubo ninguna mala intención por su parte, sencillamente no lo tenía claro y yo estaba muy enamorado. Aquello estaba muy descompensado.

En primero de carrera, cuando llevábamos un año juntos, María se fue a estudiar a Alemania y yo me puse a ahorrar para ir a visitarla. Hablábamos por teléfono y parecía que el plan avanzaba, hasta que un día, a los pocos meses, me dijo que pensaba que sería mejor que no fuera. Me transmitió una serie de excusas que no comprendí muy bien, aunque el mensaje esencial sí lo capté: no quería verme. Yo estaba loco por ir, pero no podía ser. La distancia suele llevarse por delante al que menos ilusionado está. Me acosté muy triste aquella noche, pero al día siguiente me levanté más cabreado que triste y me fui a Zubia, una tienda de instrumentos enfrente de casa. Me gasté todo lo que había ahorrado para el viaje en un pedal de distorsión de Boss para saturar el sonido de la guitarra y hacerlo más cañero. Así vengué mi orgullo herido, transformando mi desilusión en un pedal que todavía conservo.

Más adelante ella volvió a Donostia para ver a sus padres, quedamos en casa y lo dejamos definitivamente. Ambos estábamos de acuerdo en que aquello no tenía sentido. Yo seguía muy enamorado, pero lo había pasado tan mal que mi parte racional se impuso sobre mis sentimientos. Esta vez sí. Necesitaba protegerme.

Cuando se marchó, me puse a llorar sin consuelo. Era un llanto que me contraía el estómago, que me retorcía por dentro, como si fueran

arcadas de tristeza que necesitara vomitar. No he vuelto a llorar así por amor.

Tenía que compartir mi dolor con alguien y pensé en mi amigo Álvaro. Éramos casi vecinos, vivíamos a tres minutos a pie. Ya había anochecido cuando salí de casa con la cara hundida en el pecho. Intentaba disimular, pero iba muy herido. Toqué el timbre. Álvaro bajó y cuando abrió la puerta del portal volví a derrumbarme. Me cogió, me abrazó y nos dirigimos hacia la playa, que estaba a escasos cien metros. Él me rodeaba con su brazo mientras yo enterraba mi cabeza en su pecho. Morgan, su perro querido que aparece en el videoclip de «Soñaré», completaba la escena. La playa de La Concha nos recibió con los brazos abiertos y todas sus farolas encendidas. La de maniobras de reanimación y corazones rotos a los que esta playa habrá atendido. Y allí estaba el mío por primera vez. Sospecho que no hay un solo donostiarra que no haya ahogado sus penas de amor en sus aguas. Había marea baja, dimos un paseo por la arena y me fui tranquilizando. Álvaro también conocía a María y había seguido de cerca nuestra historia. No fue necesario explicar nada. Los latidos de mi corazón se acompasaron con la cadencia de las olas y mis pulsaciones se calmaron. Aun así, estaba deshecho. Qué fuerza tiene la primera versión de cualquier experiencia, de ahí ese gran dilema que plantea Xabi en «Rosas» de si el amor verdadero es tan solo el primero. La intensidad de la primera vez es tan grande que por eso muchos se quedan colgados de ella y se pasan el resto de su vida buscando aquella sensación.

Ese sentimiento tan poderoso, directo e irreflexivo tiene mucho en común con la composición de las primeras canciones. Nacen igual: directas del corazón al papel, en línea recta. No hay distancia, no hay temores, no hay consecuencias, no hay un público esperando algo de ti, no compites con tu anterior trabajo; tan solo es sentir y dejarse llevar. Inevitablemente, tanto en el amor como en la música, esa frescura se pierde. La sucesión de experiencias y perspectiva que da el paso del tiempo nos convierte en otras personas. Por eso creo que, desde el punto de vista creativo, es un error seguir buscando aquello por maravilloso que sea su recuerdo porque, sencillamente, no es verdad.

Ya no somos los mismos.

Es normal, incluso me atrevería a decir que un buen síntoma, que con el discurrir de los años y la complejidad de la vida adulta, las canciones tengan más ángulos, sean menos directas y requieran de una mayor atención para conectar. Del mismo modo, al primer amor lo sustituirá en algún momento un compañero de viaje. Después de la poderosa ola que es la pasión aprecias mejor la belleza del mar en calma, del cariño, de los cuidados, del afecto. Así sucede también con la música: una canción que te trata bien te acompaña siempre.

Aunque fue mi primera versión del amor y el desamor, no me eché la culpa. Mi autoestima no se resintió. Y me prometí que en el futuro lo haría siempre igual: iría de cara, con los sentimientos por delante, y si alguien quería utilizarlos para contemporizar o hacerme daño, eso me serviría para entender el camino a seguir. María no solo fue una chica extraordinaria a la que le tengo un cariño inagotable, sino, sobre todo, una gran lección de vida en la que me sentí orgulloso de mi honestidad, lealtad y sinceridad. Cuando digerí el disgusto descubrí que gracias a ella me había enamorado un poco más de mí. Ahí queda eso.

A Álvaro lo conocí en el verano del 91cuando nos presentaron unas amigas en común delante de El Moro, el último bar de San Bartolomé, una calle céntrica de San Sebastián repleta de garitos de principio a fin que llamábamos «la Zona» o «el Centro». Muchos de mi generación empezamos a salir por allí; a descubrir lo bueno y lo malo de la noche, sus peligros y sus oportunidades. Aprendí a autolimitarme, o más bien a comprender las consecuencias de dejarme ir, a identificarme entre tantos como yo, a elegir con quién sí y con quién no, a aceptar ese chupito porque todos lo tomaban, a decir que no a ese porro o a compartir el subidón con los colegas cuando ponían esa canción que tanto nos gustaba.

El ambiente se concentraba en esa calle y los primeros años prácticamente no salíamos de allí hasta la hora de ir a Bataplán, una discoteca situada en la misma bahía donde, por qué no decirlo, hemos

ayudado a echar la persiana ya de día más de una vez. Bueno, ayudar… o al menos no molestar mucho, que en ocasiones también es una ayuda.

La Zona era perfecta para encontrarte con amigos y conocidos sin quedar previamente. Faltaban muchos años para los teléfonos móviles y sabíamos quién era más probable que estuviera jugando al Tetris en el bar El Cine (María), tomándose un chupito en el Rash o el Yabba Dabba (Álvaro), comprando tabaco en el SB (Xabi) o moviendo la cabeza con The Offspring en el Twicken (el resto de los colegas).

Recuerdo ir de camino con los gemelos y mi primo hacia allí, escuchar de fondo el runrún del gentío y comenzar a sentir cómo revoloteaban en mi estómago las adolescentes mariposas cargadísimas de hormonas. Nos gustaba empezar y terminar la noche en El Moro. Era nuestro bar favorito. Tenía una sola planta y los aseos estaban en la parte de arriba. Se accedía a ellos por una escalera de madera que daba mucho juego. Desde ahí teníamos buena perspectiva para ver quién entraba o salía y, además, aprovechábamos el movimiento que congregaban los baños. Esa cola es un lugar de encuentro y de grandes conversaciones que surgen de manera espontánea entre personas con el mismo problema, mear, y eso inevitablemente genera complicidades. Una conversación en la cola del baño es como un amor de verano: intenso y con fecha límite.

El Moro acabó siendo prácticamente nuestra casa. Lo llevaba Fermín, un tipo maravilloso al que le encantaba viajar. Generoso, muy currante y con una capacidad asombrosa para relacionarse con la gente, el bar destilaba su personalidad por los cuatro costados. Sus gustos musicales eran muy heterogéneos y en El Moro sonaba de todo. Supo crear un ambiente de confianza donde nos encontramos muy a gusto, de ahí nuestra inquebrantable fidelidad. Además, siempre estábamos los mismos y eso nos daba seguridad.

En El Moro nació mi amistad con Álvaro Fuentes. Él era un año mayor y tenía bastante más calle que yo. Puede decirse que fue mi anfitrión en aquellas primeras noches. Álvaro conocía a Fermín y no era raro verle pinchar dentro de la barra desde «Boys Don’t Cry» de The Cure, pasando por «Here Comes Your Man» de The Pixies, «Where the

Streets Have No Name» de U2 o «Welcome to the Jungle» de Guns N' Roses. Poco a poco fuimos haciéndonos fuertes en ese bar hasta el punto de que nuestro primer concierto, todavía sin Amaia, lo hicimos allí, aunque para eso todavía quedaban unos años.

En el Centro estaba tranquilo. Era un ambiente en el que no me sentía amenazado. Con la perspectiva del tiempo, me parece increíble el modo en que habíamos interiorizado que los viernes no se podía ir a la parte vieja de San Sebastián antes de las dos de la madrugada, porque iba a haber jaleo. En aquellos años, prácticamente todos los fines de semana, eran habituales las provocaciones de diferente intensidad o la quema de autobuses y contenedores que desataban una batalla campal contra la Ertzaintza. La zona cero era el Boulevard, un amplio paseo ajardinado que termina en el río Urumea y conecta el barrio de Gros con la parte vieja de la ciudad. Entre nosotros lo comentábamos con total naturalidad. Estamos hablando de situaciones gravísimas que modificaban nuestros horarios, nuestros lugares de encuentro y nuestros ritmos y que asumíamos y normalizábamos como parte del paisaje.

Después de liarla, los violentos se refugiaban en sus bares para brindar por el patriótico acto bélico realizado. En «lo viejo», la estética estaba totalmente impuesta por los radicales: pintadas ensalzando a ETA con una tipología muy particular, guirnaldas de lado a lado de la calle con mensajes a favor de los terroristas, dianas, carteles en las paredes, fotos de presos, huchas dentro de los bares para colaborar con «la causa». Esa zona de la ciudad les pertenecía y te lo hacían saber. Allí no me sentía cómodo. Lo pasaba mal cuando me cruzaba en sus estrechas calles con grupos de *borrokas*. Tenía miedo de que me reconocieran.

Durante el rodaje de *Patria* pasé por casualidad un día en que estaban grabando en el Boulevard una secuencia donde los radicales bloqueaban un autobús con contenedores y sacaban a la gente de su interior entre gritos y amenazas porque iban a quemarlo. Habían

pasado treinta años desde la última vez que presencié una escena así y, además, esta era de ficción, pero dio igual. Lo viví con la misma tensión, la misma angustia y el mismo miedo que entonces. La simple imagen del autobús de aquella época, de menor tamaño y de líneas más rectas, me hizo viajar en el tiempo y revivir imágenes. Me dejó muy mal cuerpo. Me impresionó volver a ser consciente de que aquello había ocurrido aquí. No estaban recreando una escena de una calle cualquiera de Kabul; era el Boulevard de Donostia. Era aquí, porque pasó aquí. Muy triste. En mi cabeza se proyectaron de nuevo todas esas imágenes cargadas de violencia extrema a las que cualquier donostiarra de cierta edad se ha enfrentado en algún momento de su vida: el ruido de las sirenas y sus luces, las furgonetas de los antidisturbios llegando a toda velocidad, el olor a plástico quemado y el rastro que deja en la acera, el humo denso y negro, los disparos de las pelotas de goma de los antidisturbios que, aún templadas, nos hemos encontrado en algún portal de la parte vieja, el sonido tan particular de las botellas de cristal al estrellarse contra el suelo, las carreras de la gente que, asustada, huía de allí. Desarrollamos la intuición suficiente para leer los movimientos que antecedían a la batalla y, a pesar de todo, no creo que exista donostiarra que no haya tenido que salir corriendo o refugiarse en algún bar porque el jaleo le pilló despistado.

Creía haber olvidado aquella atmósfera de violencia, pero el rodaje de *Patria* me llevó de vuelta a aquellas sensaciones con la velocidad y la precisión con las que el primer acorde de tu canción favorita te conduce hasta los recuerdos que tiene asociados. Me emocioné con una nitidez que me asustó.

Es evidente que me encontraba más tranquilo alejado de todo aquello. El Centro era una zona mucho más lúdica y desideologizada. El ambiente era festivo, nada combativo. No había una estética radical impregnando cada esquina y en los bares sonaba música de todo tipo. Nuestra preocupación fundamental consistía en administrar bien el poco dinero con el que salíamos, no perder de vista a las amigas de la chica que te gustaba o cuidar de algún colega que se hubiera venido arriba bebiéndose un *katxi* de tinto con kiwi. No obstante, de vez en

cuando se dejaban caer por allí grupos radicales que pintaban las paredes con espráis. Vestidos con chándal y encapuchados, se movían muy rápido y perfectamente coordinados para que ninguno se quedara atrás. No buscaban el enfrentamiento. Llegaban y desaparecían en pocos minutos dejando en una calle llena de alegría un rastro de oscuridad.

Desde el Centro hasta la parte vieja había menos de un kilómetro, escasos diez minutos andando, por lo que nos enterábamos rápidamente de cualquier altercado. De mi memoria recupero con mucha tristeza el 19 de enero de 1993, víspera del día grande de San Sebastián, en la puerta de El Moro. Una compañera del instituto llegó con la noticia de que acababan de asesinar a José Antonio Santamaría, amigo de mis padres. No me lo podía creer. Me quedé impactado. Lo recordaba guapo y atlético jugando al squash con mi padre en los bajos del KU de Ibiza en verano, compartiendo anécdotas después en la sauna, sonriendo, lleno de vida. Era un buen tipo. No podía ser que lo hubieran matado. Me marché nervioso para casa y allí me lo confirmó mi madre. Estaba de nuevo sola. Mi padre se encontraba en Madrid. Nos quedamos viendo la tele en silencio. En el piso de arriba había una cena de amigos, brindando y celebrando el día grande de San Sebastián al ritmo de la música de Sarriegui, cuyas marchas se acompañan con el redoblar de tambores y barriles. De repente, los tambores dejaron de sonar, las risas se apagaron y el habitual tono de voz elevado de un grupo de amigos celebrando dio paso al silencio absoluto. No hubo más brindis en el 6.º D. La fiesta había terminado.

Sin embargo, este gesto de empatía no se contagió al resto de las calles de San Sebastián, donde la fiesta continuó como si no hubiera pasado nada, demostrando el colapso moral de una sociedad enferma. Nagore, hija de Santamaría, dijo: «Nunca olvidaré que mientras nuestras vidas se rompían seguían los tambores». Odón Elorza, entonces alcalde de San Sebastián, reconoció años más tarde que se había equivocado. Prevaleció el argumento de que ETA no podía imponer su agenda y marcar el ritmo de una sociedad. El estruendo de la fiesta que no se detuvo impidió que llegara a la calle el quejido de una familia

destrozada a la que la ciudad debió abrazar y acompañar en su dolor.

El mismo día del atentado, sobre las siete de la tarde, Santamaría había llamado a casa y hablado con mi hermana Teresa, que estaba sola en ese momento. Teresa apuntó «Santa» en el cuaderno donde anotábamos las llamadas. Estaba preocupado, por eso quiso hablar con mi padre. Sentía la presión. Varios medios escritos afines al mundo radical y también alguno de tirada nacional en su sección vasca lo habían señalado con calumnias. Así es como en ocasiones funcionaba: la prensa señalaba y ETA ejecutaba. Pienso que la responsabilidad de quien señala a sabiendas de que hay una organización terrorista detrás que utiliza esa información para justificar sus asesinatos puede llegar a ser mayor que la del que ejecuta. En el delirio de la búsqueda de la pureza nacional, ellos decidían quién sí y quién no se ajustaba a sus cánones del buen vasco, lo juzgaban y, si lo consideraban culpable, lo ejecutaban.

Aquella fue la primera vez que acompañé a mis padres al entierro de un amigo suyo asesinado. Qué duro. Qué tristeza, qué ganas de llorar que contuve no sé cómo ni por qué. Tenía el estómago encogido y el corazón hecho añicos viendo a su familia y a su pobre madre llorar sin consuelo. Fue desgarrador. El dolor se podía escuchar, se podía tocar, se apoyaba en mis hombros y me hundía hacia abajo, me inclinaba la cabeza hacia el suelo. Aunque ya había acompañado a mi padre en varios aniversarios por el asesinato de Enrique Casas y había podido sentir la tristeza y el dolor ya sereno por contenido de su familia, esta era la primera vez que asistía a un entierro con el dolor en su máxima expresión, en carne viva, sin filtrar, con la rabia golpeando los pechos, con los puños y los dientes apretados, con la tristeza bajando por las calles del cementerio y encharcando nuestros zapatos. Tenía dieciséis años y hubo momentos en los que necesité mirar para otro lado, al suelo, cerrar los ojos, no escuchar; incluso, huir de allí. Las imágenes del sufrimiento de la familia se me hacían insoportables. Cada vez tenía más ganas de llorar, pero había algo que tiraba de mí para no hacerlo, aunque por dentro estuviera lloviendo a mares. Supongo que era una mezcla de vergüenza y ese nocivo discurso de la fortaleza relacionada

con no exteriorizar los sentimientos. Aquel día me hubiera gustado llorar a Santa hasta no poder más.

Fui uno de tantos jóvenes que no sabían qué hacer con su vida al acabar el instituto. No lo tenía nada claro, pero en la familia había tradición por el derecho y me dejé llevar por la inercia. La verdad es que era una canción recurrente en labios de mi madre, que ponía mucho énfasis en el estribillo: los brillantes currículums académicos de mi padre y de mi *aitona*. Su orgullo estaba justificado ya que, a los veintiuno, mi padre ya era licenciado en derecho con dos cursos de económicas, mientras que el *aitona* consiguió licenciarse a los dieciocho, en solo tres años. Ambas metas estaban lejos de ser mejoradas por mí, pero la marca a batir estaba ahí. En el momento de la decisión no fui consciente de que aquel estribillo fuera a pesarme de aquella manera, pero reconozco que cuando los resultados empezaron a no llegar, la cancioncilla se me hizo muy cansina.

Unos cuantos amigos, los gemelos entre ellos, se matricularon en derecho en la Universidad del País Vasco, y allí me presenté. El primer día de facultad me pasó una de las mejores cosas que me han sucedido en la vida. Entré en clase con mi timidez, mis gafas de pasta marrones rotas por tres partes y remendadas con celo. Me senté solo en el extremo de una fila hacia la mitad del aula. Mientras la gente iba entrando en el barracón, en el extremo opuesto se situó un chico alto y flacucho al que no conocía. Entre nosotros dos fueron colocándose amigos en común hasta que por fin nos presentaron. Era Haritz Garde. Así nos conocimos. Me pareció un tipo tímido que transpiraba bondad. Siempre he pensado que si alguna vez alguien le escribiera una canción a Haritz tendría que ser un silencio que permitiera escuchar su corazón latir, porque ningún otro suena igual. (Asumo la cursilería, pero como dice el maestro Sabina, en este relato que no pretende ser ni poesía ni alta literatura, la cursilería puede encontrar su acomodo).

Formamos un buen grupo. Todos éramos cafeteros, jugadores de mus y de conversación fácil. Entre los que completaron aquella fila estaban Jaime, Albertito, Iñaki, Joseba y Luis Meyer. En aquel verano había

empezado a tener relación con Luis y otros compañeros de colegio de María, pero no fue hasta la universidad donde nos conocimos más a fondo. Conectamos mucho. Era listo y provocador, nos reíamos un montón. Teníamos una gran sintonía, compartíamos la misma mirada en los temas que nos importaban. Él también estaba empezando con la guitarra y quedamos varias veces en su casa para tocar juntos. A veces nos acompañaba Álvaro. Cogíamos su «escarabajo» naranja y nos íbamos los tres a la falda del monte Igueldo a disfrutar de las vistas y a fumar. Yo nunca he fumado, pero alrededor de aquel humo, en ocasiones espeso, y con la guitarra de mi abuelo Vicente viví momentos que recordaré siempre.

Comenzamos el curso muy formales, pero poco a poco nos relajamos y dejamos de ir a clase. Al principio pedíamos los apuntes a algún compañero o los comprábamos en la fotocopiadora hasta que nos empezamos a gastar ese dinero en maquetas y material para el grupo, y después ya ni eso.

En los parciales de febrero tuve mala suerte: suspendí todo. Pero en los finales de junio la suerte se volvió a cebar conmigo y volví a suspender todo. El clásico pleno. Conseguí recuperar Derecho Romano y Constitucional en septiembre, y ahí empezó mi doble vida a lo Jean-Claude Romand en *El adversario*, el libro de Emmanuel Carrère. Mentí a mis padres sobre los aprobados y añadí alguna asignatura más. El segundo año seguí declarando aprobados que no tenía y se me hizo bola, así que acudí a Xabi para ver si había alguna manera de solucionar el problema en el que me había metido sin terminar como Jean-Claude: teniendo que acabar con la vida de mis padres. La cuestión es que se nos ocurrió falsificar las notas. Brillante. Y muy en línea con el personaje de Carrère… Xabi, que siempre ha tenido una buena relación con la informática, me dijo que él era capaz de descargarse el membrete de la UPV. Una tarde me fui a su casa y lo hicimos. Después nos dirigimos a la de Luis, que tenía una impresora especial, y cerramos la operación. Quedó impecable. Solo faltaba un pequeño detalle: tenía que controlar la correspondencia que llegaba a casa para interceptar las notas reales. Conseguí convencer a la chica

que trabajaba en el portal y que era la encargada de buzonear todas las cartas que llegaban para que me guardara las de la facultad.

Era imposible que en casa se dieran cuenta de la falsificación. Sobre todo porque era lo último que mis padres se imaginaban que yo podía hacer. A los pocos meses viví situaciones tan injustas como aprobar más asignaturas de las que podía contar en casa, es decir, un septiembre magnífico con cuatro aprobados de los que solo pude presumir de dos, ya que los otros dos ya me los había «aprobado» Xabi.

Una noche me encontraba ya metido en la cama leyendo cuando mi madre abrió la puerta de repente. Me dijo que había estado en un acto con mi profesor de Derecho Natural, una de las asignaturas que falsifiqué. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo, respiré hondo y me quedé esperando al tren tumbado en las vías. Hubo un silencio y pensé: «Aquí viene y es un mercancías cargado hasta los topes», pero empezó a hablar de que también había estado con tal y con cual, que había conocido a no sé quién y que había sido muy interesante. No me dijo nada. Cerró la puerta y me quedé todavía un rato más en shock con el libro en las manos. Nunca se lo conté a mis padres, y mi madre estará enterándose ahora. O eso pienso, porque todos los padres saben (sabemos) más de lo que sus (nuestros) hijos creen.

La cafetería de derecho era la mejor de todo el campus. Pasamos mucho tiempo allí, quizá demasiado, puede ser. La recuerdo grande, con muchas mesas, también con mucho humo. Había aprendido a jugar al mus en Lezáun, con el abuelo, pero en la cafetería me gradué con honores. Llegamos a participar en algún torneo. Allí se congregaban alumnos de todas las facultades, tenía mucha vida. Íbamos llegando durante la mañana y acabábamos formando un grupo grande juntando mesas y sillas. Aunque Xabi estudiaba empresariales, se dejaba caer por allí con Santi, otro buen amigo. Nos reíamos mucho, había momentos de carcajadas con espasmos abdominales, de esas en que acabas llorando y cuando lo recuerdas por la noche te vuelves a reír solo en la cena.

La política no quedaba al margen. Desde el principio estuvo muy presente entre nosotros, y aunque teníamos mucha sintonía, nos

enredábamos en los matices. Nos convertimos en especialistas en grandes discusiones sobre el 1 %, estando de acuerdo en el 99 % restante. Esto es algo que nos llevamos al grupo tiempo después y que seguimos manteniendo: la tradición de discutir por ese dichoso 1 %. Somos incorregibles.

Al igual que en el instituto, Ikasle Abertzaleak tenía el control de la facultad. Aunque resultaba más fácil diluirme y pasar desapercibido entre tantos alumnos, no llegué a ir tranquilo. Tampoco me encontré allí a nadie que tuviera fichado y supiera que me conocía. Identifiqué enseguida a los grupos con los que debía tener cuidado, la mayoría concentrados en la línea en euskera, y evité cruzarme con ellos.

Sin embargo, eludir su presencia abrumadora en los espacios comunes de todos era ya otro cantar. Las paredes estaban decoradas con su cartelería habitual e incluso en un par de ocasiones entraron a gritos haciendo *performances* de detenciones queriendo transmitir la violencia, la desproporción y la traición de la policía autonómica cuando dispersaba sus algaradas. La primera vez que presenciamos una de estas actuaciones, nos llevamos un buen susto hasta que comprendimos qué sucedía. Pese a todo, en medio de ese ambiente gris y pesado, tan cargado políticamente, las pequeñas grandes historias de la vida también se abrían camino. La amistad y el amor siempre encuentran la puerta entornada aun en los contextos más difíciles.

Teníamos fichadas a un par de chicas que nos gustaban. Una de ellas, Elena, no solía frecuentar la cafetería. Era de las de ir a clase, por lo que si quería verla tenía que ir a los barracones, pero allí era muy difícil entablar una conversación natural si no había algún amigo en común. Además, seguía siendo el mismo pichón guipuzcoano sin ninguna pegada. Todavía no tenía forjada una visión feminista del cortejo y la seducción, pero por mi forma de ser nunca he sido invasivo ni agresivo en estas lides, más bien todo lo contrario. La cuestión es que Elena me gustaba, pero no la conocía, ni veía fácil cómo llegar a ella. Entonces se me ocurrió un plan en el que tenían que ser cómplices mis compañeros.

Hacía aproximadamente un año, en pleno subidón con María, que yo

había escrito un poema (o lo que yo pensaba que era un poema). Compuse 26 versos con su rima asonante y su métrica, todos octosílabos. Los recuerdo con cariño porque en ellos dejé toda mi ingenuidad y mi amor por María, pero, madre mía, qué rimas forzadas y qué lugares comunes. Trataba sobre la envidia que sentía la luna por una estrella recién llegada al firmamento. Se me ocurrió empezar a mandar a Elena mensajes relacionados con el poema sin que supiera quién los enviaba. Este comenzaba con dos preguntas. La primera era:

¿Sabe la luna que no es
en la noche quien más brilla?

Lo escribí en un papel y se lo pasé a Luis, que se había puesto a propósito delante de mí, y este se lo pasó a otro amigo para que le llegara a Elena. Primer mensaje enviado. Estaba muy nervioso. Ella lo recibió, lo leyó y se giró para saber quién lo había mandado, pero el equipo funcionó a la perfección. Disimulamos de maravilla fijando la atención en el profesor más que en todo lo que llevábamos de curso. Parecíamos verdaderos empollones. La clase terminó y nos fuimos a casa. Me parecía importante que los mensajes llegaran espaciados, no a diario, por lo que esperé unos días hasta enviar el segundo:

¿Sabe la luna que no es
por la que más se suspira?

El mismo proceso y la misma reacción por su parte y por la nuestra, impecables. Repetimos la operación varias veces con los versos que seguían —y que voy a dejar de compartir porque me supera la vergüenza— y continué mandando mensajes enigmáticos que desarrollaban la historia de la estrella y la luna. Ella preguntaba a la fila de atrás si sabían quién los enviaba y le respondían que ni idea. Éramos trescientos alumnos en clase.

Para mi sorpresa, un día uno de los mensajes volvió con una contestación en la que no se interesaba por mi identidad, sino que

quería saber más sobre la historia. Había entrado en el juego. Podía haberme pedido que parara y que dejara de mandarle más notas, pero seguimos intercambiándonos mensajes un par de semanas más hasta que un día llegué a clase y me encontré escrito bien grande en la pizarra:

LUNA BUSCA SU SATÉLITE

Me quedé muerto, ahora tenía que presentarme, hasta aquí habíamos llegado. Me junté con Haritz, Luis y los demás, que me dijeron lo que ya sabía: tenía que ir donde ella. Recuerdo al profesor de turno antes de comenzar la clase detenerse frente a la pizarra y quedarse leyendo el mensaje unos segundos antes de borrarlo. Me pasé toda la hora muy nervioso pensando cómo hacerlo. Al terminar, me acerqué donde todavía estaba sentada y le dije: «Hola, Elena, soy Pablo, tu satélite».

Fuimos a tomar un café y me contó que tenía novio, que trabajaba como modelo (era muy alta, me sacaba una cabeza), pero que no le gustaba mucho y que por eso quería estudiar derecho. Era una chica muy simpática, con mucha luz y de la que guardo un bonito recuerdo. Me encantó la naturalidad con la que llevó el juego de los mensajes. Después de un café muy divertido recordando el último mes, ahí terminó todo.

Bueno, todo no; «La estrella y la luna» sería una de las doce canciones y el último single de nuestro primer disco *Dile al sol*. Aunque para eso todavía quedaban un par de años.

Todas las mañanas iba a la facultad en un Peugeot 205 rojo de segunda mano de mis tíos Javier y Silvia. Mi madre tenía una plaza de aparcamiento en el Buen Pastor. Le pertenecía a ella porque cuando se construyó el parking y sortearon las plazas, dieron su apellido «Urabayen» en lugar de «Benegas», no solo por seguridad sino para que nadie pensara que si salía la «B» en el sorteo se trataba de un chanchullo. Total que, efectivamente, el sorteo comenzó en la «B» y nos hubiera tocado. Tiempo después nos avisaron de que el turno había alcanzado la «U» y entonces sí se hizo con la plaza. Esta es tan solo una pequeña anécdota de la pulcritud con la que mi familia ha actuado siempre.

Yo era perfectamente consciente tanto de que el coche estaba en un aparcamiento vigilado como de que era imposible que yo fuera objetivo de ETA, lo que no impedía que muchas mañanas sintiera la necesidad de agacharme y mirar los bajos. Los fantasmas no se dejan coger. Desde que me metía en el ascensor del aparcamiento comenzaba un autodiálogo acerca de si debía mirar o no. Las veces que el miedo se imponía terminaba en el suelo comprobándolo. Gabriel Chevallier en *El miedo*, un libro sobrecogedor que narra de manera realista y cruda la experiencia de los soldados en el frente durante la Primera Guerra Mundial, escribe que «el miedo deja al hombre la facultad de juzgarse. Este se ve en el grado extremo de la ignominia y no puede levantarse, justificarse a sus propios ojos». En cierta medida, así me sentía yo tras confirmar que no había nada, profundamente humillado y avergonzado por el hecho de creer que podía ser un objetivo de la banda terrorista. Como si al agacharme a mirar hubiera arrastrado mi autoestima por el suelo y no hubiera estado a la altura. Casi hubiera preferido encontrarme algo alguna vez.

El miedo me afectaba, me hacía perder la perspectiva y sobredimensionar algunas situaciones. Vivía en estado de alerta permanente. Aprendí a ir por delante, a intentar anticiparme a

situaciones de posible riesgo. Iba por la calle mirando al final de la manzana para reaccionar ante algún peligro que pudiera llegar de frente. O miraba al suelo para que no me reconocieran. A menudo cambié de acera o le dije a la persona con la que iba «vamos por aquí», porque había visto algo que no me gustaba. Evitaba calles y ambientes donde no me sintiera cómodo. Siempre alerta.

El entramado del odio empezaba a dejar sus huellas sobre mí. Todas esas situaciones vividas en el cole y el instituto, las pintadas, las miradas acusadoras por la calle, los insultos, las amenazas directas hacia mi padre, los asesinatos, los secuestros, fueron poco a poco consiguiendo que me sintiera inseguro y que condicionara mis hábitos de vida, mis pensamientos y mis emociones. La «violencia de persecución», término que describe los efectos que tienen esas acciones intimidatorias de distinta intensidad sobre sus víctimas, estaba dando sus frutos conmigo: tenía miedo. Pero hubo un lugar al que no consiguieron llegar: nunca sentí odio. Sí mucha rabia y mucho asco, pero nunca les deseé ningún mal. Nunca consiguieron que yo sintiera lo mismo que ellos sentían por mí. Ese mundo necesitaba un enemigo con el que confrontar y en mí no lo encontraron, pues yo nunca quise acabar con ellos.

Tampoco lo lograron con la inmensa mayoría de los vascos. Esa es una de las victorias más rotundas que conseguimos como sociedad. No consiguieron una reacción violenta por parte de las personas que no pensaban como ellos. Por eso no hay ningún sentimiento de venganza ni de revancha, porque el odio que pudieron sembrar a través de los asesinatos, la extorsión o las amenazas no creció en este lado. Creo que ese es el principal motivo por el que una sociedad plural, abierta y tremendamente generosa como es la vasca está pudiendo reinsertar a ese mundo radical, porque el odio solo tuvo una dirección.

Hay un cómic maravilloso de Alfonso Zapico protagonizado por mi amigo Edu Madina y Fermín Muguruza titulado *Los puentes de Moscú*, en el que ambos personajes entablan una conversación casi dos décadas después de que ETA intentara acabar con la vida del primero. Siempre me ha gustado cruzar el puente hacia los que piensan diferente, me

siento cómodo allí, escuchando, tratando de entender. No sé si lo llevaba en la sangre —mi padre se pasó toda la vida intentando acercar posturas entre diferentes— o sencillamente fue un mecanismo de supervivencia adquirido, pero a lo largo del tiempo desarrollé la capacidad de dialogar con personas que se situaban inequívocamente enfrente. A muchos les dejaba fuera de juego el que no me pusiera a la defensiva, el que no me encendiera o que no defendiera supuestos honores mancillados. Supongo que en algún momento llegué a la conclusión de que si tenía que partirme la cara con todos los que se metían conmigo por quién era mi padre, no llegaría a la universidad. En ocasiones me dije que era falta de valor, que a ese o a aquel le tenía que haber puesto en su sitio con algo más que la palabra, pero reconozco que ahora, con otra edad y otra perspectiva, me enorgullezco de lo que hice. El otro camino solo habría traído disgustos y rabia acumulada. Además, no comparto esa parte violenta del estereotipo masculino por la que una ofensa hay que resolverla a puñetazos y el honor defenderlo con sangre. Tengo muy clara la diferencia entre la dignidad, entendida como una ética propia, y el honor, concebido a través de un imaginario social. La dignidad no siento que la haya perdido nunca y el honor no me interesa absolutamente nada.

No me considero un tipo sectario y esa mirada sin prejuicios debo agradecérsela a mis padres. Me gané el respeto de algunos hablando y comprendiendo también que dentro del drama de lo que nos tocó vivir existían muchos ángulos y gente joven con las zapatillas desgastadas como yo por experiencias completamente diferentes a la mía y que, desde un punto de vista exclusivamente humano, sentía que tenía que escuchar sin juzgar. Supongo que algunos se acercaron a mí con muchas reservas, pero creo que los que se atrevieron a profundizar se encontraron con una persona con la que se podía hablar de cualquier tema. Y no me refiero solo a simpatizantes de la izquierda *abertzale*, sino también a militantes de Nuevas Generaciones del PP, de los que me encontraba lejos ideológicamente, pero con los que me encantaba departir y compartir opiniones, casi siempre incidiendo en lo que nos unía e intentando manejar con mano izquierda los puntos que nos

alejaban. En ocasiones, cuando desmontas el prejuicio de tu interlocutor, se inflaciona su percepción de ti y se genera un nuevo marco de conversación.

Una de tantas noches de sábado en las que salimos por el Centro, cuando todavía María y yo solo éramos amigos, me presentó a un conocido suyo que se llamaba Imanol. No sé cómo se enteró de quién era mi padre y enseguida empezamos a hablar de política. Es algo que me sucedía a menudo y, de hecho, aún hoy me sigue pasando. Entonces y ahora lo asumo con naturalidad porque hablar de política me encanta. Imanol era militante de la izquierda *abertzale*, aunque por su actitud, su tono y su forma de vestir no parecía venir de ese mundo, o al menos de su parte más radical. Resultaba sencillo hablar con él. Fuimos cogiendo confianza e incluso cierto afecto. Hablábamos abiertamente de todo y siempre con respeto. Intercambiábamos opiniones con la sensibilidad suficiente para ponernos en el lugar del otro. Durante años nunca me sentí incómodo o agredido en una conversación con él hasta una noche en una fiesta universitaria, la de Ingenieros, que solía celebrarse en el Young Play, una discoteca que estaba en Hernani, a diez kilómetros de Donostia. Era la típica fiesta en la que los alumnos de último curso buscan recaudar dinero para hacer un viaje de fin de estudios. Era de las primeras que íbamos y había un ambientazo. Cientos de universitarios exaltados y sobreexcitados compartiendo confidencias, bailes y *katxis* de lo que fuera mientras sonaba «María» de Ricky Martin. Imanol y yo estábamos en una de las barras, hablando de nuestro tema favorito, y no recuerdo bien de dónde venía la conversación, pero en un momento determinado le pregunté directamente:

—¿Tú estarías de acuerdo con que mataran a mi padre?

—Sí. Si fuera necesario, sí —me contestó con un gesto incómodo, pero con cierta seguridad sobreactuada.

Xabi y Luis habían estado entrando y saliendo de la conversación, pero en ese momento Luis escuchó la respuesta, miró a Xabi y le dijo:

—¿Has escuchado lo que ha dicho? —Y dirigiéndose directamente a Imanol, visiblemente indignado—: Pero ¿qué estás diciendo? ¿Tú sabes

lo que acabas de decir?

Y se lanzó a por él. Xabi lo agarró y yo me puse en medio. Imanol no respondió. Entre los dos y algún amigo más conseguimos llevarnos a Luis y que se calmara, mientras Imanol seguía solo en la barra, aparentemente tranquilo. La fiesta a nuestro alrededor mantenía su pulso inalterable. Nadie se enteró.

No sé por qué le hice esa pregunta tan directa ni por qué esperé una respuesta diferente. En su mentalidad bélica y de lucha armada necesaria como medio para alcanzar un fin, no podía ser otra. Aun así, me resultó emocionalmente difícil asimilar ese bofetón de realidad, ese grado de deshumanización y de falta de empatía tan enorme. Pese a todas las conversaciones de aquellos años, su respuesta me demostraba que la distancia emocional entre él y yo era insalvable. Reconstruía en mi cabeza la secuencia de los hechos y se me ocurrían mil formas de esquivar la pregunta, de no comprometerse, de sugerirlo, de rechazar la conversación o de no contestar, pero lo hizo, nítidamente. ¿Cómo era posible que asumiera mi mal como necesario? Me recordó al modo en que los dirigentes nazis tanto en Núremberg como en el juicio en Jerusalén contra Eichmann invertían cínicamente la situación para explicar lo duro que era para ellos el papel asignado en aras de la trascendental misión encomendada. Es curioso cómo una y otra vez los victimarios asumen su labor no como algo que deseen llevar a cabo, sino como un mal necesario. Sin embargo, aquello no provenía de alguno de esos tipos de los que tenía la certeza de que si a mi padre le hubiera ocurrido algo, habrían brindado con *kalimotxo* y nos hubieran hecho llegar su alegría y desprecio como tantas veces hicieron (no les bastaba con matar a un hijo o a un marido, necesitaban humillar después a la familia con pintadas en su domicilio o llamadas telefónicas), sino que me lo decía alguien con quien tenía cierta amistad, con el que había intercambiado confidencias y compartido muchas noches de sábado hablando. Aunque pudiera llegar a imaginarlo, escucharlo me dolió.

No sé si lo pensaba o lo sentía de verdad, si yo le coloqué en un callejón sin salida innecesario y él, por coherencia con su

argumentario, respondió así. No me quedaron ganas de averiguarlo, y aunque volví a encontrarme con él muchas más veces, nuestra relación quedó reducida a una cordialidad superficial. Nunca más hablamos de tú a tú. Estoy convencido de que me tenía aprecio, de que le caía bien, siempre se paraba conmigo para hablar. Él me había contado su historia y yo la mía, biografías heredadas en las que no habíamos participado. Pero yo jamás habría contemplado el que le pasara algo a un ser querido suyo como un mal necesario para acabar con el terrorismo de ETA. En su modelo de la sociedad, mi padre no tenía cabida, pero en el mío, su familiar sí, por encima de cualquier ideal o reivindicación y antes que ninguna patria o frontera. Ahí se abría la distancia insalvable entre nosotros.

Hace mucho que no le veo, no sé dónde se situará ahora ideológicamente ni en qué cuerda de tender de su conciencia estaré yo, si es que alguna vez ha puesto a secar aquella conversación. Me gusta pensar que en algún momento se dio cuenta de que aquel camino era una vía muerta de dolor y sufrimiento innecesarios.

Las conversaciones que tuve con personas de ese mundo me ayudaron a entender el drama humano que existía en muchas de las familias que estaban detrás de ETA. Es compatible sentir empatía con alguien que te cuenta cómo la policía entró de madrugada en su casa, los gritos, la tensión, el miedo que sintió al ver cómo se llevaban detenido a un ser querido, con estar radicalmente en contra de lo que pudo haber hecho su familiar y comprender la detención. De la misma manera, considero que es un error caer en los relatos equidistantes que comparan sufrimientos porque lo que está claro es que quien marcó, condicionó y distorsionó la vida del conjunto de la sociedad vasca fueron el terrorismo de ETA y quienes lo apoyaron. Casi treinta años después de aquella conversación sigo pensando lo mismo, porque nada vale una vida.

La política se respiraba en casa más en el humo del tabaco que fumaba mi padre que por lo que nos hablaba de ella. Cuando llegaba el sábado después de haber estado toda la semana en Madrid, lo que le apetecía era desconectar, descansar, ver algo de fútbol y leer. No contaba sus problemas ni sus decisiones a la familia. Lo encontrábamos más o menos preocupado y, sobre todo, cansado de la intensidad de la semana.

Con el paso del tiempo comenzó a compartir conmigo opiniones, reflexiones y artículos. Me escuchaba con atención y en ocasiones me hacía caso. Eso me encantaba y, al mismo tiempo, me hacía sentir cierta responsabilidad. Siempre me fascinó la paciencia que tenía para escuchar incluso las reflexiones más básicas, de barra de bar, como las mías, sobre temas que él había estudiado y trabajado en profundidad. Más adelante descubrí que esa capacidad de razonar y debatir sin arrollar, de implicar a los otros en la conversación haciéndoles sentir parte central de la misma, es un denominador común en cierto estilo de políticos. Ese dejarte «jugar a la política» a su mismo nivel no lo he visto solo en nombres de la generación de mi padre, sino que lo he encontrado también en los mejores de la mía. Me admira cómo escuchan Borja Sémper o Edu Madina y cómo hacen que te sientas escuchado.

Antes de cumplir los dieciocho años empecé a ir los viernes a la casa del pueblo, sede del Partido Socialista en Donostia. Fui por curiosidad e iniciativa propia. En casa no había ningún interés en que lo hiciera, más bien todo lo contrario. Allí me encontré con un grupo de jóvenes muy heterogéneo, de diferentes edades y con un potente denominador común: la necesidad de hacer algo por los que sufren. En la sala donde nos reuníamos se respiraba compromiso, valores y una forma de entender la política, la sociedad y la vida que me reconfortaba. Era un lugar tranquilo en el que nos sentíamos seguros compartiendo ideas porque no nos iban a agredir ni a insultar, como sí podía pasarnos en la

calle, en el instituto o la universidad. La casa del pueblo de la calle Prim se convirtió en una especie de refugio para mí. Allí también era el hijo de Txiki Benegas, pero de una forma muy diferente. Me sentía querido y respetado y hasta me enorgullecía cuando hablaban de él. Me encantaba ver el brillo en los ojos de compañeros o militantes que contaban alguna anécdota con el *aita*. A diferencia de otros espacios, sus miradas no me señalaban ni me anulaban, sino que me abrazaban y me daban confianza.

En la memoria de aquellas tardes me reencuentro con Maite Pagazaurtundúa, hermana de Joseba —que años después sería asesinado por ETA— y su infinita paciencia conmigo cuando en una sala pequeña de la casa del pueblo me daba clases de euskera (se me daba muy mal), o con Odón Elorza, ya alcalde de Donostia, siempre tan cariñoso conmigo. También con las hermanas Arritxu y Mónica Marañón, que fueron mis madrinas y ejercían de anfitrionas aquellos viernes en los que me cruzaba con unos jóvenes Denis Itxaso o Enrique Ramos.

A través de Juventudes accedí a organizaciones pacifistas como Gesto por la Paz o Denon Artean (escisión de esta última) y, aunque no estaba afiliado, empecé a acudir a actos y manifestaciones organizados por ellos en los que se rechazaba el terrorismo de ETA. Me atraía el compromiso y la actividad que desarrollaban las organizaciones pacifistas que, en aquella época, tenían poco respaldo social. La actividad política me suscitaba algunas dudas, sobre todo por lo que vivía en casa. Era perfectamente consciente del sacrificio y la entrega que suponía. En cambio, me sentía útil apoyando a las organizaciones pacifistas e intentaba acudir a todas las manifestaciones, paros o minutos de silencio de los que tenía conocimiento, tanto en la calle como en la universidad.

El 23 de enero de 1995, ETA asesinó al teniente de alcalde en el ayuntamiento de San Sebastián, Gregorio Ordóñez, mientras comía con María San Gil y otros colaboradores en el bar La Cepa, en la parte vieja

de la ciudad. Al día siguiente del atentado, a las ocho de la mañana, me acerqué a la capilla ardiente, que estaba en el consistorio. A la salida me entrevistó Iñaki Gabilondo para la SER. No recuerdo nada de lo que dije, solo que me costaba articular palabra. Salí muy impresionado del salón de plenos del ayuntamiento. Allí estaban algunos compañeros de la facultad, como Borja Sémper, Ramón Gómez, Juan Azpiazu o Diego Apalategui. Había mucho dolor. Estaban destrozados, desolados y en shock. Habían asesinado a su amigo y referente político, a su líder. Estaban asustados, con la mirada perdida, intentando asimilar el sinsentido y ubicarse. El ambiente era de mucha tristeza y decaimiento y también de cierto bloqueo. El golpe había sido durísimo. Allí mismo me encontré con Arritxu y Mónica Marañón y, viendo cómo estaban nuestros amigos del PP, decidimos asumir la iniciativa de organizar alguna respuesta desde la UPV.

La vida universitaria de Donostia no podía seguir como si no hubiera pasado nada, mirando hacia otro lado como tantas otras veces. Ya en la facultad de Derecho me junté con varios compañeros de clase entre los que estaban Haritz, Álvaro y Luis, así como amigos de otras facultades, Xabi entre ellos. Estábamos muy afectados pero convencidos de que teníamos que hacer algo, responder, reaccionar. Una simple concentración enfrente de la facultad, como todas las semanas, no nos parecía suficiente. La respuesta tenía que ser mayor e implicar a todo el campus. Decidimos convocar una marcha que recorriera la bahía de La Concha hasta el ayuntamiento. Concretamos el lugar, la hora de salida y nos repartimos las facultades. Nos dividimos por parejas para ir de clase en clase anunciando la manifestación. No éramos más que unos chavales de dieciocho años, pero con convicciones muy fuertes que retroalimentábamos entre nosotros y que nos dieron el valor para afrontar aquello. Irrumpir en las aulas en mitad de una clase para exponer nuestro plan infundía mucho respeto. No teníamos ni idea de lo que nos íbamos a encontrar, de si nos escucharían o nos echarían de malas formas porque nadie había intentado antes parar la UPV de manera espontánea e improvisada para manifestarnos en contra de un atentado. Hasta ese día, lo habitual en el campus era que los militantes

de Ikasle Abertzaleak interrumpieran las clases con el descaro y el desparpajo del que se siente dueño de la facultad para denunciar alguna detención de miembros de ETA. Esto era lo normal, a lo que estábamos acostumbrados el resto de los alumnos. Y por eso tuvimos que armarnos de valor e ir de dos en dos anunciando la marcha y convocando a estudiantes y profesores.

Diez días antes del asesinato de Gregorio Ordóñez, ETA había atentado en Bilbao contra el policía Rafael Leiva, que murió, y su compañero Domingo Durán, que quedó tetrapléjico y falleció ocho años después. En la huida detuvieron, aún con la pistola caliente, a Jorge González, miembro de Ikasle Abertzaleak y presidente del Consejo de Estudiantes de Derecho de la UPV. Es decir, compañero nuestro en la facultad. Aquello nos impresionó y cambió nuestra perspectiva. Hasta aquel momento pensábamos que los que asesinaban estaban huidos o escondidos y que eran absolutos desconocidos. Pero no, ya podíamos ponerles cara. La detención de Jorge González suponía la confirmación de que estaban entre nosotros; en clase, en la cafetería o haciendo cola para comprar los apuntes en la fotocopiadora. No era gente extraña oculta en lugares inaccesibles. Ni tampoco eran inofensivos charlatanes que soltaban sus soflamas o llenaban las paredes con cartelería. Eran alumnos dispuestos a matar, y convivíamos con ellos.

Álvaro, Xabi, Haritz, Luis y algún compañero más no nos quedamos de brazos cruzados y redactamos en la cafetería una breve nota en la que pedíamos el rechazo de la comunidad universitaria ante la actuación criminal de uno de sus alumnos. Realizamos varias copias a mano y las fuimos pegando en diferentes puntos de la facultad de Derecho. Al día siguiente, cuando llegamos a clase, nos contaron que un grupo de cinco o seis miembros de Ikasle Abertzaleak fueron clase por clase interrogando a nuestros compañeros con actitudes matonas y agresivas por los autores de esos carteles. Nos buscaron por toda la facultad y no para darnos la enhorabuena, precisamente.

El ambiente con el que nos recibieron en las aulas fue frío, silencioso. No había respuesta de ningún tipo, en ninguna dirección. Nadie transmitía nada, tampoco hubo preguntas ni dudas. Se limitaban a escuchar. Nos miraban midiendo qué hacer. Los profesores también. Como siempre, el miedo, ese elefante en la habitación, estaba presente.

Arritxu y Mónica compraron los materiales para la pancarta. Desplegamos el plástico, cogí un rotulador y me eché al suelo para escribir en letras mayúsculas una frase que se le había ocurrido a un estudiante de filosofía: «Sin tolerancia ¿qué nos queda?». Mientras la escribía, desde el piso superior del hall de entrada de la facultad de Derecho empezaron a caer colillas encendidas. No me lo podía creer. Querían quemar el plástico. Siempre esa necesidad totalitaria de imponer, de frenar nuestra respuesta y de no perder espacios de poder. Aquel día habíamos ocupado el hall de entrada, la facultad de Derecho era nuestra y eso escocía. Yo seguía de rodillas sobre la pancarta con el rotulador en la mano y recuerdo tener a Borja Sémper al lado, cuando miramos hacia arriba para ver quién había sido. No se escondieron, mantuvieron la mirada desafiante con la superioridad del que está acostumbrado a intimidar. Borja les dijo algo, pero ni contestaron ni se inmutaron. Siguieron con su provocadora media sonrisa. Aquellos profesionales del terror y la coacción que tenían el monopolio de la reivindicación no soportaban ver que aquel día se lo habíamos arrebatado pacíficamente.

Fue muy emocionante ver la respuesta unánime del campus. Se pararon las clases y los alumnos salieron a protestar masivamente. También algunos profesores. No teníamos ninguna experiencia e íbamos tomando decisiones sobre la marcha. Hice unos cortes en la pancarta totalmente indiscriminados y sin ningún criterio porque me sonaba que así evitaría el efecto vela. Recuerdo estar preocupado por el ritmo que llevábamos, si era lento, rápido, si íbamos muy juntos, si había cortes, si ocupábamos toda la carretera, por que la pancarta estuviera estirada. Hicimos todo el recorrido en silencio y escoltados por la policía, que controló el tráfico hasta el ayuntamiento, donde nos

recibió el alcalde Odón Elorza. Nos permitieron colgar en el balcón principal la pancarta. Cuando salimos y vimos a los estudiantes de la UPV llenando los jardines de Alderdi Eder sentí una gran emoción. El aplauso final fue sobrecogedor. Formar parte de esa juventud, acusada de frívola y pasota, que había dado una lección a ETA en la universidad y en la calle es uno de los momentos más conmovedores que he vivido. Lo habíamos conseguido y lo habíamos hecho nosotros.

Desde aquella movilización en repulsa por el asesinato de Gregorio Ordóñez mi actividad política en la facultad se hizo más intensa. Ikasle Abertzaleak tenía el control de la universidad y me motivaba intentar cambiar eso desde dentro. Fui como número cuatro en una lista de Estudiantes Socialistas en las elecciones para la junta de la facultad. No iba a salir, pero era consciente de que hacía falta gente para completarla.

Siempre he admirado a los cientos de personas anónimas que durante las décadas del terror ayudaron, exclusivamente por convicción y valores democráticos, a completar las listas del PP y el PSE en pueblos y municipios del País Vasco. No iban a ser elegidos ni a obtener ningún beneficio personal por ello, sino todo lo contrario: formar parte de esas listas les colocaba automáticamente en el punto de mira de ETA, los llevaba a la «muerte civil» en sus pueblos bajo el desprecio, el aislamiento o el acoso de sus vecinos. Se expusieron a ello, a vivir con miedo, para que los demás pudiéramos votar si era nuestra opción. Un pequeño gran gesto que ha pasado desapercibido para mucha gente, pero sin el que no hubiera sido posible la celebración de elecciones en muchos pueblos y ciudades. Esa es la grandeza de la pequeña política. Mi agradecimiento, respeto y admiración hacia todos los que formaron parte de esas listas.

Los padres de los gemelos tenían un garaje enorme debajo de su casa al que nos gustaba escaparnos cuando los viernes y los sábados ya no daban más de sí. Había un momento de la noche que nos saturaba y preferíamos estar a nuestro aire, lejos del ruido y de la obligación de tener que ligar. El garaje era perfecto para eso: además de dos coches, había una gran despensa que asaltábamos cuando llegábamos caninos después de haberlo dado todo en la gran noche donostiarra. Tenían un futbolín de madera clásico al que le echamos muchas horas y nos deparó grandes momentos, pero también muchos piques. Jugábamos al mus, al ajedrez y, sobre todo, hablábamos mucho. Con dieciocho años el repertorio es inagotable. No pocas veces nos hemos encontrado de golpe con ese sol insolente y nada empático al abrir la puerta del garaje por la mañana.

Al mítico concierto de U2 le siguieron los de Metallica, Pearl Jam, Peter Gabriel, Mecano… Íbamos a todos los que podíamos. A Dani siempre le ha gustado cantar y David solía fijarse en los baterías. Un día les propuse quedar en el garaje y hacer un ensayo. Por aquel entonces ya era capaz de tocar alguna de las canciones que nos gustaban de esos grupos y hacer de base sobre la que ir sumando instrumentos. Con unos cubos de plástico y alguna caja de cartón montamos una batería. Llevé la guitarra del abuelo y le dimos a mi primo otra española que estaba por ahí para que hiciera el bajo. Recuerdo que lo primero que intenté enseñarle fue el icónico bajo de «Stand by Me» de Ben E. King, que se repite en bucle y resulta muy fácil de acompañar con la guitarra, pero la primera canción que tocamos fue «With or Without You» de U2, también con una línea de bajo muy sencilla. Aunque aquella versión tuvo que ser de traca, nuestra sensación fue increíble. Conseguimos hacer sonar una base para que Dani cantara y que la canción fuera reconocible. Se nos pasó la tarde sin enterarnos entre risas y equivocaciones que multiplicaban los ataques de risa. Fue maravilloso.

Se convirtió en el plan ideal para las siempre difíciles tardes de domingo, y una de ellas invitamos a Álvaro a que se sumara. Luis también acabó viniendo. Poco a poco fuimos ampliando el repertorio y compusimos un par de canciones originales. Llegamos incluso a grabar un videoclip con una cámara que tenían mis padres en un claro síntoma de empezar a morir de éxito antes de existir. David y sobre todo Daniel andaban cortitos de vergüenza, así que llevaron el peso de la interpretación. Nos atrevimos con «Exit» de U2 disfrazados de ellos. Qué desahogados.

No hacía mucho que unos amigos acababan de formar una banda que se llamaba Oh Glaucón. Eran Asier Delgado (voz y guitarra), Álvaro Manrique (guitarra solista), Ander Leoz (bajo) y Willy (batería), con la particularidad de que compartía batería con Haritz, que había empezado a tocar con ellos hacía muy poco. Nos contaron que ensayaban en CEAM, un espacio de locales preparados para grupos en el barrio de Egua. Este lugar tenía dos cosas buenas: la primera era que nos dejaban los instrumentos —nosotros no teníamos nada salvo un par de guitarras clásicas— y la segunda, que las cabinas estaban material y acústicamente acondicionadas, de modo que no molestábamos a nadie. No había vecinos que pudieran quejarse; uno de los mayores problemas que tienen todos los grupos, y no solo cuando empiezan.

CEAM pertenecía a una pareja encantadora: Aintzane y Jose. Yo a él le sonaba de algo y cuando nos conocimos me preguntó:

—Pablo, tú ibas al colegio público Amara, ¿no?

—Sí.

—¿Y te acuerdas de una profesora que se llamaba Pilar?

—Sí, claro, la Potos.

—Pues es mi madre.

Eso es comenzar una relación con buen pie. He de decir que en aquel tiempo no hubo ninguna venganza por su parte, todo lo contrario, mientras que por la mía hubo muchos intentos de reparación sobreactuando mi complicidad con él y mis afectos hacia doña Pilar.

Por fin podíamos ensayar con una batería real y con un equipo de voces, con micros. Enchufar una guitarra eléctrica a un amplificador y

distorsionarlo. Sentir la presión de los vatios de potencia del ampli de bajo en el pecho. Tocar con volumen. Era una pasada, no tenía nada que ver con el sonido del garaje de los gemelos. En CEAM vivimos la sensación única de hacer sonar nuestra canción preferida y emocionarnos juntos. Esa catarsis colectiva que genera la sustancia adictiva que te engancha y que seguimos necesitando a día de hoy. Eran, sin lugar a dudas, las dos mejores horas de la semana. Apurábamos el tiempo hasta el último segundo. Salíamos eufóricos y sobreexcitados de allí. Era el paraíso.

Aprendimos muchas cosas en aquellos locales. Por ejemplo, que había que afinar el bajo y las guitarras, algo que hasta la fecha no nos había parecido relevante. También dimos algún disgusto. Recuerdo una mañana en la que, tocando «Exit», David se emocionó tanto con la batería y le dio tan fuerte a los platos en la parte final de la canción, que uno salió volando con tan mala suerte que cayó de canto sobre un cable, lo partió y cortó la corriente. Se hicieron el silencio y la oscuridad de golpe. Dejamos a todos los locales sin electricidad y probablemente a toda la manzana. Cuando Aintzane y Jose vieron lo que había pasado no daban crédito y nos pidieron educadamente que intentáramos controlar nuestro entusiasmo. Otro día —también David — partió el asiento de la batería, algo que es realmente difícil de conseguir. Lo peor es que sugirió arreglarlo con aironfix, una especie de vinilo autoadhesivo para forrar libros. Después de aquello, él mismo, en un acto de vergüenza torera, decidió abandonar el grupo. Nadie salió en su busca, no hubo rescate. Se lo agradecimos nosotros y toda la comunidad CEAM. Tanto Dani como mi primo Javi no tardaron mucho en seguir su mismo camino.

Después de nuestros ensayos anárquicos, caóticos y desafinados solíamos quedarnos a ver los de Oh Glaucón, que los hacían en el local de enfrente. Nos sentábamos en el suelo y los mirábamos embobados. Además de que tocaban muy bien, se notaba que tenían sentido de grupo. Sabían cuál era el lugar de cada uno para que la canción caminara. Tenían tempo, *feeling*, sonido, empastaban, armonizaban voces, respetaban los espacios y, por supuesto, afinaban los

instrumentos. Ellos hacían versiones de Metallica, Pearl Jam o The Black Crows que sonaban a gloria. Nos daban muchísima envidia porque parecían un grupo top, una banda de verdad. De hecho, ya habían dado algún concierto en Donostia y la provincia. En cierto modo nos marcaron el camino que había que recorrer para echar a andar un grupo de música y aprendimos mucho de ellos. Sin lugar a dudas, Asier Delgado, Álvaro Manrique, Ander Leoz y Willy fueron nuestros padrinos en todo esto.

Tras el impacto de todo lo vivido en los días posteriores al asesinato de Gregorio Ordóñez, un viernes cualquiera en la casa del pueblo alguien me propuso asistir a una reunión que iba a tener lugar en un pequeño local situado en una céntrica calle del barrio de Gros en San Sebastián. Se trataba de la sede de Denon Artean. La indignación social que había despertado dicho asesinato contenía una prometedora energía que podía canalizarse para hacer llegar un mensaje al mundo radical y dejar claro que ellos no eran el camino de nada.

Cuando llegué, el ambiente era tranquilo y fluían conversaciones cruzadas, distendidas, mientras aparecían todos los convocados. Esa tarde nos reunimos unas diez personas, entre las que yo era el más joven. A algunas de ellas ya las conocía, como a Olivia Bandrés o Cristina Cuesta, cuyo padre había sido asesinado por los Comandos Autónomos Anticapitalistas en 1982. Iñaki García era también víctima de ETA. Y Gurutze Galparsoro que, junto a Cristina, fue una de las impulsoras de esta acción. Además de mucho dolor compartido, contaban con gran experiencia en la organización de actos contra el terrorismo.

Fueron un par de reuniones muy interesantes donde se debatió el fondo y la organización de la concentración. La idea consistía en manifestarnos frente a la sede de HB en la calle Urbieta y pedir, de forma pacífica y silenciosa, que cesaran en su apoyo a ETA. Se nos ocurrió dejar de lado la clásica pancarta de formato grande sostenida por varias personas y sustituirla por carteles individuales en los que se leyera «Basta ya» o «Aski da», en euskera. El lema no era nuevo, se había utilizado ya en una manifestación de Gesto por la Paz en los años ochenta. Lo que marcaba la diferencia era que la manifestación interpelase directamente a HB en su sede, y que cada uno de los participantes defendiera su cartel, asumiendo nuestra posición individual frente a ETA. El gesto cosechó su impacto, del mismo modo que años más tarde lo harían las manos blancas en respuesta por el

asesinato de Francisco Tomás y Valiente.

Aquella manifestación no era una más. Las convicciones de los asistentes tenían que ser muy sólidas. Si ya era complicado convocar a la ciudadanía en los distintos actos contra ETA por el lógico miedo a ser visto y reconocido, que conseguía disuadir a muchos, esta, que iba a ser frente a la sede de HB, imponía aún más. Aquella mañana me levanté nervioso, con el estómago encogido y sin ganas de desayunar. Me duché y llamé a Xabi para quedar. Metí en una mochila los más de cien carteles que yo mismo había escrito y después fotocopiado en unos folios tamaño A3 y que, por cierto, pesaban una barbaridad. A pesar de ser febrero, hacía muy buen día. Amaneció con sol en un mes en el que, aunque brille mucho, nunca dará calor suficiente para templar los corazones de tantas víctimas de ETA.

Llegaron Haritz, Álvaro y Luis, entre otros a los que había ido informando de la manifestación en semanas previas. Saqué los carteles y fui repartiéndolos entre la gente. Entonces, mi madre me advirtió: «Escóndete un poco, que te están viendo los de enfrente». En el balcón de la sede había dos tipos con cámaras grabándolo todo y sacando fotos para amedrentarnos; quién sabe si algo más. Nos colocamos al otro lado de la carretera y enseguida comenzamos a notar movimiento en torno al portal de su sede. Aparecieron simpatizantes suyos de todas partes que llenaron la calle en un suspiro y desplegaron un par de pancartas. También llevaban decenas de ikurriñas, como si la bandera autonómica les perteneciera solo a ellos. El nacionalismo apoderándose siempre de los símbolos de todos y utilizándolos para su causa. En el balcón de la sede habían colgado otra gran ikurriña con un crespón negro que no creo que fuera por Gregorio Ordóñez.

A las doce, en silencio y todos a la vez, levantamos nuestros carteles y comenzó la protesta. También comenzó su repertorio de insultos y amenazas. Nos mantuvimos firmes, con las miradas puestas en ellos y los carteles bien altos, pero la situación imponía. Los cánticos rebotaban en las fachadas de la calle Urbieta, sonaban como un ejército. La mezcla de las banderas en movimiento, los gritos de guerra y las miradas de odio daban miedo. Ellos también habían preparado

este día. Su parafernalia, su activismo, su cotidianidad con el enfrentamiento, sus trucos de intimidación… Eran soldados entrenados y se notaba. No iban a dejarse ganar esta batalla.

Se les veía cómodos respondiendo a nuestra petición de «Basta ya». A todos menos a Imanol. Ahí estaba, justo delante de mí, sujetando uno de los extremos de una pancarta. No había vuelto a verlo desde la fiesta de Ingenieros. Evitaba mirarme. Finalmente me hizo un gesto subiendo las cejas y los hombros e inclinando la cabeza como diciendo: tengo que estar aquí, es lo que hay.

Nosotros manteníamos una actitud seria y tensa. No nos movíamos, no decíamos nada. Aguantábamos los carteles y aguantábamos el diluvio de insultos y amenazas. Nos gritaban «Zuek ere txakurrak zarete» (vosotros también sois perros), comparándonos con las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, «Gora ETA militarra» (Viva ETA militar), «Gu ETAkin, ETA, Gurekin», (Nosotros con ETA, ETA con nosotros) y «Alde hemendik Espainarealdera» (largaos a España) mientras ondeaban las banderas y seguían haciéndonos fotos desde el balcón. Me fijé en Imanol, que estaba incómodo y repetía las cantinelas por inercia. Era una situación rarísima, como si estuviera viéndole en una obra de teatro. Estaba interpretando un papel. Sabía cómo pensaba, pero también cómo actuaba, y aquel día le obligaron a ir a «defender» su sede.

La concentración se alargó más de los diez minutos previstos. Decidimos retirarnos porque permanecer allí solo podía tensar más la situación y originar algún altercado. En esos momentos es difícil recoger e irte, pero es necesario. Por la rabia que transmitían nos había quedado claro que lo que habíamos hecho no les había sentado nada bien. Al final hubo empujones, enfrentamientos cara a cara y un periodista agredido.

Recuerdo llegar a casa y sentarme en el sofá desfondado. Habían sido días de muchos nervios y responsabilidad. La tensión acumulada y el estrés del momento se transformaron en un bajonazo no solo físico sino también anímico. Todo era muy triste. No había nada que celebrar, solo que no hubiera pasado nada grave. Y que habíamos conseguido reunir a

algunos cientos de personas dispuestas a hacer frente de manera pacífica en la calle al sinsentido de ETA. La manifestación no abrió telediarios ni fue portada de ningún periódico, aunque sí lo recogieron en páginas interiores.

Un amigo que no tenía ninguna relación con la izquierda *abertzale* se acercó a la manifestación porque se lo pedí y, días más tarde, me preguntó si creíamos que íbamos a conseguir algo por ese camino. La situación que se creó no le había gustado. Me transmitió que no merecía la pena echar más leña al fuego, que era mejor dejar las cosas tranquilas. Esta mirada también existía entre los que rechazaban a ETA. La tensión que se produjo en la calle se convertía en un argumento que facilitaba la digestión de la incomodidad que suponía no acudir a las manifestaciones. Tuve que escuchar muchas veces esos «para qué», «no va a cambiar nada» o el clásico «ni unos ni otros» que sirvieron como excusa para no comprometerse y quedarse en casa mientras su ciudad seguía desangrándose.

A los pocos días, Denon Artean decidió que había sido una acción puntual y que no tenía intención de volver a hacer nada con el mismo espíritu. Sin embargo, nosotros sí vimos algo positivo en aquella manera de protestar saliéndose de la ortodoxia de las manifestaciones pacíficas y queríamos seguir. Nuestra juventud y las ganas de hacer cosas diferentes nos empujaban en aquella dirección. Había un espacio que podíamos ocupar y hacerlo propio. Hablé con Cristina Cuesta y no se opuso a que continuáramos.

Una tarde nos juntamos en la planta de abajo del Splash, un bar del centro de San Sebastián, unos doce amigos entre los que estaban Xabi, Álvaro, Haritz y Luis. Queríamos constituir una plataforma ciudadana, sin vínculo alguno con ningún partido político, donde cupieran la mayoría de los ciudadanos y con un único objetivo: pedir a ETA que dejara de matar y a HB que cesara en su apoyo. Partiendo de todo tipo de ideologías y sensibilidades, los puntos que redactamos para nuestros estatutos eran muy sencillos. La situación política ya era muy compleja y no buscábamos meternos en ningún jardín, solo queríamos pedir a ETA que parara este delirio diciéndoles «Basta ya». Y ese fue el nombre

que le pusimos a la plataforma.

Éramos conscientes de la cantidad de ángulos que confluían en aquel contexto de marzo del 95. Uno de ellos fue la identificación de los cuerpos de Lasa y Zabala, que habían sido asesinados por los GAL en el 83. A principios de los ochenta, el país venía de una dictadura en la que los automatismos totalitarios de los distintos aparatos del Estado habían seguido actuando hasta bien entrada la década. La impunidad de la que habían gozado las torturas y el terrorismo de Estado al comienzo de la democracia no hicieron más que agravar y alargar la terrible situación, pero a mediados de los noventa era ya evidente que quienes alteraban nuestro día a día, quienes nos hacían vivir con angustia y salir con miedo a la calle, eran ETA y los que la sustentaban. Mientras que el Estado fue avanzando en el proceso de asentar la democracia, siendo cada vez más garantista y escrupuloso con el cumplimiento de la ley y los derechos humanos, ETA hizo el recorrido inverso a través de la implementación de la ponencia Oldartzen, mediante la que buscaron la «socialización del sufrimiento» ampliando sus objetivos a políticos, periodistas, empresarios y civiles, volviéndose más despiadada si cabe.

Tras aprobar el texto fundacional resumido en varios puntos muy sencillos, la plataforma Basta Ya echó a andar. Íbamos a todas las manifestaciones y concentraciones en San Sebastián, pero ahora además teníamos la posibilidad de convocar a medios de comunicación, a partidos políticos, a agentes sociales y ciudadanos, así como promover iniciativas bajo un nombre y con una voz propios.

La primera convocatoria fue en la parte vieja, en lo que ellos consideraban su territorio. Son calles muy estrechas, fáciles de bloquear, por lo que las manifestaciones contra ETA no pasaban nunca por allí. Ideamos un recorrido corto que pasara por la calle 31 de Agosto, donde ETA había asesinado a tres personas: a José Antonio Santamaría, a José Manuel Olarte y a Gregorio Ordóñez. Además de llevar los carteles con «Basta ya/Aski da», (esta vez rotulados por Xabi, que tiene mucha mejor letra que yo), depositaríamos flores delante de los tres lugares donde fueron asesinados. Los días previos recogimos

firmas en apoyo a la manifestación por el centro de San Sebastián y pedimos compromiso de asistencia. Pegamos carteles por la ciudad. Lo hicimos de noche para no tener ninguna situación desagradable, aunque no evitamos que un par de chavales en una moto nos llamaran «hijos de puta» y salieran a toda velocidad. Mandamos la convocatoria a medios y conseguimos reunir a unas mil personas, entre ellos el alcalde Odón Elorza y Consuelo Ordóñez, hermana de Gregorio. El momento más triste y emocionante se produjo cuando Consuelo dejó sus flores delante de La Cepa, el bar donde asesinaron a su hermano. Mi madre, mi hermana y yo homenajeamos también a José Antonio Santamaría con un ramo de flores delante de la sociedad Gaztelupe donde lo mataron. En la basílica de Santa María guardamos cinco minutos de respetuoso silencio y nos disolvimos.

Días más tarde nos juntamos en la facultad y comentamos lo orgullosos que estábamos. Habíamos organizado, desde cero, un acto de rechazo al terrorismo y en memoria de las víctimas al que había asistido mucha gente. Fue un encuentro bonito y emocionante con el que conseguimos arropar, en cierto modo, a la hermana de Gregorio Ordóñez. Haber podido compartir su reciente dolor con ella nos llenó de emoción. Nos sentimos parte activa de la lucha ciudadana contra ETA. Lo recogieron bastantes medios y el *aita* me dio la enhorabuena por lo que habíamos logrado. También me pidió que tuviera cuidado.

Hace unos meses, desayunando en casa de Edu Madina después de una noche inolvidable con sus amigos, me preguntó: «¿Tú dejarías a tus hijos hacer lo que nuestros padres nos permitieron hacer contra ETA?». Me quedé pensando mientras removía el café que me acababa de preparar. Nunca me lo había planteado. Le respondí con sinceridad que no lo sabía. Magnífica pregunta para poner a prueba la solidez de nuestras convicciones actuales colocando a nuestros hijos en primera línea, aunque sea en pro de una causa tan noble como aquella. «No hace falta que vayas tú, ya están otros; para qué te vas a meter en líos si no hay nada que hacer; no tiene solución…» Buscaríamos el modo de

desactivar la necesidad de justicia y libertad que los jóvenes sienten muchas veces de manera natural. Supongo que los protegeríamos por encima del bien común, aunque la historia nos haya demostrado que cuando el totalitarismo triunfa, aquellos que miraron para otro lado o no le hicieron frente lo sufrirán también tarde o temprano. Nuestros hijos lo sufrirían.

Una vez escuché a mi padre decir en una conversación telefónica: «Como toquen a uno de mis hijos, me voy a por ellos». No es que no estuvieran preocupados por nosotros, sino que los valores de nuestros padres en este sentido eran muy fuertes. No se me ocurre mayor acto de generosidad y de amor a una sociedad que el de dejar que tu hijo intente cambiar las cosas aun a riesgo de su integridad física o su vida. El precio que pagaron algunos padres fue altísimo, morir en vida.

«La fiesta de Arturo» dio título al verano del 95 y será siempre un lugar de reencuentro entre nosotros cuando la nostalgia acuda al rescate de nuestra vejez. Nada más terminar el curso, con un buen carro de suspensos en general y con un pleno en particular, se nos ocurrió montar una fiesta para celebrar nuestro éxito académico. No podía ser una fiesta cualquiera, tenía que ser la mejor de la historia.

Los abuelos de Arturo, un amigo de otra facultad, tenían una villa en el monte Igueldo, que en ese momento estaba deshabitada. Era un lugar privilegiado, con unas vistas de la bahía y de la ciudad espectaculares, aunque eso nos importara bastante poco en aquella época. Era una zona residencial, muy tranquila. Hasta la noche de autos.

La música es el latido de cualquier fiesta y en aquella ocasión se nos ocurrió que tenía que ser en directo. Oh Glaucón ya estaba lanzado y nosotros podíamos defendernos. La idea nos entusiasmó tanto que surgió una nueva banda solo para la fiesta: Los Descendientes del Toro, un grupo folk que duró lo que duran dos peces de hielo… o una fiesta en Igueldo. En este grupo aparece por primera vez Xabi con su teclado.

En casa de los San Martín se respiraba música. Eduardo, su padre, tocaba la guitarra clásica, y su hermano Paul cantaba y tocaba el piano en uno de los grupos que más nos gustaban de aquella escena local donostiarra: The Roadrunners, con el gran Peio Nerecán. Para entonces Xabi había ganado ya un par de concursos de música electrónica en la revista PCM*anía*, pero esta era su primera experiencia en una banda.

Tras la salida ordenada y poco traumática de los gemelos y mi primo, Álvaro, Luis y yo volvimos a quedarnos solos en los ensayos. Álvaro había empezado a tocar el bajo y podía cantar, mientras que Luis tocaba la guitarra y también se defendía cantando, pero necesitábamos un batería. Por suerte, Oh Glaucón tenía dos, así que hablamos con ellos y nos prestaron generosamente a Haritz, que participó encantado en nuestros ensayos. Resuelto el problema principal, al fin teníamos banda para tocar en la fiesta. El cartel del «festival» estaba compuesto

por Los Descendientes del Toro, que abrían plaza; después íbamos nosotros, sin nombre todavía, y cerraba el cabeza de cartel, Oh Glaucón.

Nos preparamos a conciencia durante varios días. Lo de la comida y la bebida era lo de menos, porque eso ya nos lo sabíamos. El reto era conseguir tocar fuera de nuestros locales de ensayo en CEAM, donde íbamos a mesa puesta y todo funcionaba. Para poder sonar en una casa, teníamos que cumplir ciertos requisitos técnicos.

Llegó el gran día y mientras la mayoría se ocupaba de la intendencia en la cocina, los «artistas» nos dedicamos a montar nuestros equipos. El salón era precioso, muy grande, de techos altos y suelo de madera (de esa que cruje, tan bonita de día pero tan chivata por la noche); las paredes de color blanco paso del tiempo, sin cuadros pero con las marcas de haberlos tenido, y con un gran ventanal con visillos por el que entraba toda la luz de aquella tarde de verano. Era el marco ideal para montar el set que compartiríamos los tres grupos. Dejamos el ventanal a nuestra espalda y montamos la batería, los amplis de guitarras y bajo y un pequeño equipo de voces que tenía Oh Glaucón. La verdad es que casi todo era de ellos. También «la Paca», la batería que compartían Haritz y Willy y que años más tarde moriría en acto de servicio. Es la que acaba flotando en el mar de La Concha en el videoclip de «Soñaré». Willy se enteró al ver el vídeo. Willy contento.

Bajo la batuta de los Glaucones montamos todo y pudimos probar y ajustar el sonido. Era el momento de hidratarse e intentar relajarnos.

Nos juntamos unos cincuenta entre amigos y conocidos. Se fueron sentando tranquilamente en el suelo del salón con su bebida. El momento había llegado. Se sentía la expectación. La presión que mete un público de cincuenta personas a un metro de ti, donde distingues la cara de cada uno, puede ser mayor que la de un estadio con cincuenta mil. El estadio ruge y eso es lo que aprieta y asusta, pero en un recinto pequeño las miradas desnudan y vuelven más vulnerable. Estábamos muy nerviosos.

Aún era de día cuando empezaron a sonar las primeras melodías folk de Los Descendientes del Toro, que se lanzaron con versiones de The

Pogues y grupos del estilo. Sin batería, empezaron a sonar las guitarras españolas, un violín y una flauta de las del cole de toda la vida que tocaba Iñaki y a la que le pusieron un micro sin enchufar adrede porque sus compañeros decían que sonaba muy mal. Qué cabrones. Ya bien entrada la noche, entre risas y con más de un cubata encima, le confesaron su particular *unplugged*, que encajó como un señor. La verdad es que Los Descendientes lo hicieron genial. Se atrevieron incluso con una canción original escrita para la ocasión que todavía hoy recordamos y que fue el hit de la noche. Se alzaron con el premio al grupo revelación.

Tras ellos nos tocaba a nosotros. Era nuestro momento. Yo estaba muy nervioso. Nos colgamos los instrumentos y empezamos a tocar. Arrancamos con la versión de «Knocking on Heaven's Door» de Guns N' Roses, «Elderly Woman» de Pearl Jam, «One» de U2, y la cosa fue cogiendo temperatura con «Smells Like Teen Spirit» de Nirvana y «Rearviewmirror» de Pearl Jam. La gente empezó a levantarse del suelo, a bailar y cantar. Ya no estaban pendientes de nosotros, estaban dejándose llevar por nuestra música. Vivimos por primera vez esa sensación de conectar con el público y recibir sus emociones, su euforia, su alegría. Cuando ocurre es como un vendaval de aire fresco que se lleva tus nervios y miedos para que puedas enfocarte en lo importante: disfrutar con tus compañeros de eso que está ocurriendo, que es mágico. Habíamos ensayado para aquel momento y habíamos conseguido levantar a la gente y que desconectara de su día a día, que se abandonara, en un sentido místico, con nuestra música. Fue un subidón maravilloso y una gran sensación de alegría compartida con mis amigos. Por un momento te conviertes en protagonista de la fiesta. Estás en las conversaciones, en las felicitaciones, en los abrazos… porque éramos parte de aquella emoción colectiva. Me sentí lleno, eufórico, pleno. Y lo celebramos como si no hubiera un mañana, vaya que si lo celebramos.

Nosotros habíamos caldeado el ambiente y faltaba el plato fuerte. La noche se había quedado perfecta para Oh Glaucón, que tenía un repertorio más cañero. Fueron de menos a más, pero aquello empezó a

descontrolarse. Empezamos a formar los típicos corros de los conciertos heavies donde saltan y se empujan unos a otros. Y ahí estábamos todos en un claro ejercicio de embrutecimiento colectivo.

El pobre Arturo llevaba un rato intentando bajar la temperatura de aquello. Insistía en el volumen y en que nos calmáramos, pero la fiera se había escapado de la jaula. Iba de un lado a otro con la esperanza de encontrar a alguien medio sereno, receptivo o sensato que le escuchara, pero la sensatez se había vestido del rojo de los vasos de plástico y levitaba sobre el humo de los fumables.

Arturo se volvió invisible y la poca autoridad que le quedaba se esfumó definitivamente con el riff de «For Whom the Bell Tolls» de Metallica. Se desató la locura. Ya no había vuelta atrás. Raúl, que no era el más ligero de la fiesta precisamente, se subió a un aparador y saltó al vacío como una auténtica estrella del rock en un etílico acto de fe y confianza en el resto de los amigos que, con las facultades motrices y los reflejos seriamente mermados, no solo evitamos que se rompiera la crisma contra el suelo, sino que lo llevamos en volandas por todo el salón. Salió tan bien, fue tan épico, que todos desfilamos por el aparador de los abuelos de Arturo. Oh Glaucón tocaba cada vez un poco más alto y más fuerte, como si aquella noche estuviéramos vomitando toda la tensión de aquel primer año de facultad. Sin lugar a dudas, la fiesta se nos había ido de las manos y pasó lo que tenía que pasar.

De pronto sonó el timbre de la puerta de casa. Era la policía. Varios coches patrulla, con las luces diciendo «aquí estamos», se presentaron en la villa. La fiesta había terminado. Se hizo el silencio y nos pidieron que desalojáramos la casa. Siempre hemos sospechado que fue el propio Arturo quien llamó, totalmente sobrepasado por los acontecimientos. Tantos años después no lo ha confesado todavía, pero lo cierto es que no había otra manera de reconducir la situación. En cualquier caso, fue tremendamente efectivo y, en el fondo, un gran acto de amistad. Hace falta mucho valor para apagar la luz de un fiestón histórico, evitando así algún accidente (estaba al caer), o que simplemente nos lleváramos la villa por delante. Bien hecho, Arturo.

Mi abuelo Vicente siempre me decía: «Si de noche has bebido, el otro siempre tiene razón». Hicimos el salvaje sin discusión, pero siempre recordaremos con orgullo que nuestro comportamiento desalojando la casa fue modélico. Ninguno se puso chulo ni discutió, y eso que, entre la borrachera, la euforia y nuestros diecinueve años, alguno podía haber metido la pata. Aceptamos con deportividad sus argumentos, bastante sensatos (eran las cuatro de la madrugada y se nos debía oír desde el otro lado de la ciudad), y nos fuimos de allí.

En un contexto de violencia como el que vivíamos, nuestra relación con las fuerzas de seguridad era de respeto. Queríamos dejar claro que estábamos de su parte, aunque hubo una ocasión en la que no fue recíproco, no sentimos a la Ertzaintza de nuestro lado. Todos los jueves de aquel verano íbamos a las ocho de la tarde a la Paloma de la Paz, una escultura de Néstor Basterretxea situada frente al estadio de Anoeta, para pedir la liberación del empresario José María Aldaya, secuestrado por ETA. Allí se concentraban su familia y los trabajadores de Alditrans, su empresa de paquetería. Además de asesinar al que pensaba diferente, la banda utilizaba la extorsión para sufragar mediante el «impuesto revolucionario» los gastos necesarios para mantener su infraestructura. José María Aldaya se negó a pagar para seguir alimentando al monstruo. Estuvo secuestrado 341 días.

HB comenzó a hacernos contramanifestaciones. Al principio se colocaban a cierta distancia, pero semana a semana fueron acercándose hasta que llegó un día en el que teníamos su pancarta, sus gritos y sus insultos prácticamente encima. Formaba parte de su estrategia: controlar la calle y asustarnos para que no nos manifestáramos. Uno de aquellos jueves la chispa prendió y se produjeron varias agresiones. Se rompieron las líneas y empezaron los golpes, los empujones y las peleas. Parecía una batalla campal. Comenzaron a tirarnos piedras y otros objetos. Justo a nuestro lado vimos rebotar en el suelo una cabeza de martillo que recogimos y guardamos como prueba. Fue una situación realmente angustiosa. En medio de aquel desconcierto vimos

varias furgonetas de antidisturbios al otro lado de la rotonda. No podíamos comprender que no hicieran nada. ¿Quién protegía nuestro derecho a manifestarnos con garantías y seguridad? ¿Tenía que pasar algo más grave para que intervinieran? Estábamos muy cabreados. Nos sentimos tan desamparados y desprotegidos que nos fuimos a la comisaría de la Ertzaintza en el Antiguo, al otro lado de la ciudad, a pedir explicaciones. Con amabilidad nos contaron que, tras analizar los riesgos de una carga policial, creyeron que su actividad podría haber causado males mayores porque había niños y personas de edad. Lo entendimos. Nos dimos cuenta una vez más de que las cosas suelen ser más complicadas de lo que parece. A partir de aquel jueves la Ertzaintza comenzó a situarse entre las dos manifestaciones como medida preventiva. Muchas terminaron en cargas contra ellos.

Aquel verano del 95 nuestro plan diario consistía en estudiar por las mañanas —a todos nos quedaron asignaturas para septiembre— e ir a la playa de Ondarreta por la tarde. Quedábamos después de comer en «la reina», que es una estatua de la reina María Cristina que mira al mar regentando los jardines que dan al paseo y vigilando nuestros eternos baños. Íbamos en bici y las dejábamos candadas en el mismo paseo. Solíamos juntarnos un grupo numeroso de amigos y buscábamos como referencia a las chicas que nos gustaban para colocarnos a una distancia prudencial. Colocábamos nuestras toallas y nos íbamos al agua. Algún partido de fútbol, varias manos de mus y discusiones de alto nivel intelectual como, por ejemplo, si era mejor el Frigopié o el Drácula, que siempre fue mi preferido. Así pasábamos las tardes.

En una de aquellas conversaciones con los miembros de Oh Glaucón surgió la posibilidad de compartir un local de ensayo que habían encontrado en el barrio de Amara y que nos permitiría ensayar todo el tiempo que quisiéramos. Hasta ese momento solo disponíamos de las dos horas semanales en CEAM y, de vez en cuando, en la casa de alguno. Lo nuestro todavía estaba lejos de ser un grupo. Álvaro, Luis y yo le poníamos ganas, pero no teníamos batería ni cantante y el

alquiler que nos ofrecieron los Glaucones se nos iba de presupuesto. Entonces Xabi nos escuchó y se ofreció para tocar el teclado y sumarse a los gastos. Aquello nos pareció genial. Más allá de lo musical, la relación que teníamos con Xabi era muy buena, así que no fue casualidad que quisiera unirse a nosotros. Completar la banda fue la gran excusa para pasar más tiempo juntos, que era lo que en el fondo buscábamos.

Quedamos una tarde para llevar las cosas y allí apareció Xabi con su Yamaha DX7 de quinta mano debajo del brazo que, aunque no le gustaba mucho, era lo único que podía pagar. El local era un sótano, un espacio pequeño (como todos los locales de ensayo) de paredes y luces muy blancas de ese blanco que al rato acaba por provocarte dolor de cabeza. Tampoco tenía ventilación. Exacto, de esa falta de ventilación que al rato también termina provocándote dolor de cabeza. Y es entonces cuando aparece el batería y empieza a aporrear los platos. Así es como funciona un grupo. Las paredes del local estaban limpias, no contaban con ningún tipo de amortiguación acústica. Era muy frío, no estaba acondicionado para músicos, pero nos daba todo igual. Podíamos ensayar cuando quisiéramos y el tiempo que nos apeteciera, así que aceptamos compartir local con Oh Glaucón.

Como he mencionado antes, las mañanas eran para estudiar. Nos veíamos en el Koldo Mitxelena, un centro cultural con una extensa biblioteca en la que, conforme se acercaban las fechas de los exámenes, había que hacer una buena cola a las ocho de la mañana para coger sitio. Allí nos juntábamos medio Donosti a estudiar. Como yo vivía a tres minutos, solía llegar el primero y el resto se iban acoplando, por no decir colando, antes de que abrieran las puertas para, inmediatamente después de coger sitio, en un gran ejercicio de madurez, responsabilidad y consideración hacia los demás, irnos a tomar un café que podía durar hasta la hora de comer. Tuvimos que enfrentar varias veces la embarazosa situación de volver a las dos horas y encontrarnos a otro estudiante ocupando el sitio y nuestros libros apartados en una esquina. Qué vergüenza.

Solíamos ir al Udaberri y al Pokhara, bares situados al lado del

Koldo. Éramos una fuente de riqueza constante para los establecimientos de la zona porque con un café podíamos estar toda la mañana, pero qué tertulias, qué maravilla. El ingenio se agudiza en los periodos de procrastinación. Hablábamos y hablábamos de lo que fuera con una solemnidad y una capacidad de categorizar dignas de nuestros diecinueve años. La política era un tema habitual. Discusiones eternas donde teníamos solución para todo. En aquella época, la política y las chicas eran nuestros temas recurrentes, pero el grupo empezaba a ganar espacio en nuestras conversaciones.

En uno de aquellos cafés infinitos donde los cigarros caían sin piedad y la postura en la silla de madera comenzaba a no tener solución, Haritz nos dijo, contra todo pronóstico, que había decidido dejar a los Glaucones y venirse con nosotros. Oh Glaucón tenía muy buena pinta; empezaban a dar sus conciertos, sonaban de maravilla y tenían canciones propias. Muchas veces fantaseamos con esta posibilidad, pero no nos veíamos dignos de Haritz. Fue la primera gran alegría como grupo. No nos lo esperábamos. No solo porque no supiéramos tocar y él viniera de un grupo muy bueno, es que no teníamos ni vocalista. Era como bajarse de un tren en marcha y subirse a una vagoneta manual todavía parada en mitad de las vías.

Oh Glaucón contaba con dos baterías y en algún momento tendría que llegar la decisión, pero lo que llevó a Haritz a decantarse por nosotros fue la relación que creamos aquel primer año de carrera, uno muy intenso en el que compartimos aulas y cafetería, salidas los fines de semana y la organización de Basta Ya… Creamos un vínculo muy fuerte. Él dio prioridad al buen ambiente dentro y fuera del local y conectó también con nuestra visión más lúdica del grupo, frente a Oh Glaucón, que iban más en serio.

La banda estaba casi completa salvo por un pequeño detalle: nos faltaba cantante, casi nada.

El verano mantenía su pulso y entre los cafés de la mañana y la crema solar de la tarde empezaba a colarse el sueño de dar nuestro primer concierto. Seguíamos sin voz y sin nombre para el grupo, pero después de la experiencia en la casa de Arturo queríamos volver a sentir aquello, nos habíamos quedado colgados de esa emoción.

Empezamos a darle vueltas y a pensar cómo y dónde podía ser. Si había un bar donde nos sintiéramos como en casa ese era El Moro y una persona que nos diera confianza, sin lugar a dudas, ese era Fermín. Una tarde de julio después de la playa nos fuimos para allí. Dejamos las bicis fuera y entramos con las mochilas, en chancletas y con el bañador todavía mojado, oliendo a crema y salitre, pero con la ilusión brillando en nuestros ojos. Fermín acababa de abrir y nos recibió como siempre, con una sonrisa y su clásico: «¿Qué pasa, chavales?».

Él ya sabía que tocábamos y que estábamos montando un grupo de música, alguna noche ya le habíamos dado la chapa con eso y le propusimos la idea. Nos contó que no solía hacer conciertos en el bar porque había tenido ya algún problema con los vecinos por el volumen del sonido, pero le vimos dudar y seguimos apretando. Además de que confiaba en nosotros en el sentido de que no se la íbamos a liar, nuestro entusiasmo debió ser muy persuasivo y contagioso y al final no fue capaz de decirnos que no. Solo nos pidió que fuera pronto y que controláramos el volumen. Nosotros nos ocuparíamos de todo lo necesario para que aquello sonara. Por supuesto, ni se nos ocurrió hablar de dinero; nuestra recompensa era volver a vivir el subidón de la fiesta de Arturo.

Nos pusimos de acuerdo con la fecha: sería el domingo 16 de julio. Teníamos algo más de una semana para prepararnos. Tomamos como base el repertorio de aquel día que, ahora con Xabi y su Yamaha DX7, podíamos completar con canciones como «Light My Fire» de los Doors o «New Year's Day» de U2.

Nuestro primer concierto se nutría de versiones de los grupos que

admirábamos. Todavía no habíamos dado el paso de escribir nuestras propias canciones, aunque se nos ocurrió una idea un tanto gamberra para terminar que consistía en que Álvaro improvisaba sobre una base instrumental muy suave, contenida, una especie de oda a las madres, poniendo en valor todo lo que hacían por nosotros, y en un momento determinado rompíamos el ambiente aporreando nuestros instrumentos, con ruido disonante, mucho barullo de batería y Álvaro gritando como poseído «tu vieja, tu vieja» hasta que parábamos en seco. Un auténtico disparate. Fue nuestro primer hit y se titulaba, como no podía ser de otra manera, «Tu vieja». Nos la llegaron a pedir más que cualquier versión de esas a las que dedicamos tanto tiempo y buscamos con precisión cada arreglo para que sonara fantástica.

No teníamos cantante y no tenía pinta de que pudiéramos resolverlo antes del concierto. Así que le pedimos a Asier Delgado, vocalista de Oh Glaucón, que cantara con nosotros. Nos dijo que sin problema y entre Álvaro y Luis completamos las voces solistas.

Esa semana nuestra vida giró por completo alrededor de aquel concierto. No existía chica —ni por supuesto examen—capaz de competir con las emociones de aquellos días. Era la ilusión más pura y auténtica porque no había más pretensión que la de disfrutar con los colegas tocando en directo. Teníamos algo en nuestras vidas que nos llenaba y que conseguía transportarnos a un lugar sin problemas, sin sensación de responsabilidad, sin ataduras; donde tocar juntos «nos colocaba», en el sentido más tóxico del término, llevándonos a un bienestar absoluto, de paz total. Si la galerna veraniega más destructiva de la historia se hubiera llevado los toldos de las tres playas de Donostia y la barandilla del paseo de La Concha, nosotros no nos hubiéramos enterado, absortos como estábamos con el acorde que venía después del primer estribillo de esta o aquella canción. No existía la realidad fuera del local.

La experiencia de tocar con tus amigos es una de las sensaciones más potentes y adictivas que existen. Por eso el día que no te apetece ir a ensayar —que siempre llega— es tan complicado de asimilar. Se resquebrajan los cimientos, la esencia de lo que haces, porque pasar de

aquella pasión absoluta, sin pretensiones, a la profesionalidad, con sus automatismos, rutinas y objetivos, es un proceso difícil. Cuando hubieras renunciado a todo por ello, cuando era lo que más te llenaba en el mundo, llega un día en el que no te apetece ir a ensayar. Y te preguntas: ¿qué me pasa? Con el tiempo comprendes que hasta el mejor trabajo del mundo tiene partes que no llenan aunque forman un todo. Pero todavía quedaba mucho parar sentir eso.

El día más especial de nuestra vida hasta ese momento amaneció con un solazo de esos que sirven para abrir cualquier estrofa de canción. Hacía mucho calor y humedad. Desde que nos levantamos sentimos los nervios de los acontecimientos importantes. Habíamos quedado con Fermín temprano por la tarde para empezar a montar y probar sonido. Nos fuimos al local y entre el Ford Fiesta color oro de Haritz, «El Golden» para los amigos, el escarabajo de Luis y mi Peugeot 205 conseguimos llevar, no sin dificultades, todo el backline a El Moro. Fermín nos sugirió que nos colocáramos al fondo del bar, un espacio rodeado de cristal, con los techos muy bajos, empezamos a montar la batería y en torno a ella nos fuimos colocando los demás. Surgieron los típicos imprevistos de cómo hacer llegar la corriente a todos los amplis y el teclado o pasar los cables que eran cortos por detrás de la batería para no pisarlos, que no se acoplara el micro o conseguir que medio nos escucháramos todos cuando Garde hiciera sonar a la Paca, pero los fuimos resolviendo poco a poco.

Estábamos listos. Nos quedamos allí esperando con Fermín a que empezara a llegar la gente. No hicimos carteles para anunciarnos porque, entre otras cosas, no teníamos nombre. El bar empezó a llenarse con amigos y familiares. No cabía nadie más. Hacía mucho calor y más humedad, pero nos daba igual, estábamos muy nerviosos. El momento había llegado. Fermín, como gran anfitrión, cogió el micro para dar las gracias a todos por haber venido y desde dentro de la barra nos presentó como «Los sin nombre». Fue una improvisación sobre la marcha, lo que no ha impedido que nos hayamos pasado media vida explicando en entrevistas que nunca nos hemos llamado así.

Arrancamos el concierto y yo personalmente estaba atacado de los

nervios, de esos que te entrecortan la respiración y te agarrotan los dedos. La diferencia cuando ya tienes experiencia es que consigues controlarlos y no interfieren en la digitación, el pulso o la respiración, pero en aquel primer concierto a mí me interferían en todo lo susceptible de ser interferido. La gente se encontraba a escaso medio metro de nosotros, de pie y muy animada; debía tener cuidado de no darles con la pala de la guitarra. El ambiente era de absoluta confianza y muy familiar. Entre canciones siempre había algún comentario de algún amigo, y nosotros interactuábamos mucho con el público. Eso ayudó a descargar la tensión.

Sin nombre y con un cantante prestado, no hace falta señalar que aún no controlábamos muchos aspectos de un concierto que, aunque no se vean, son importantes: el comienzo y el final, el orden del repertorio, la puesta en escena, los tiempos entre canciones, los discursos… Nuestra inconsciencia no alcanzaba a tener esas cosas en cuenta. No reparábamos en nada más que en acertar con el acorde que venía después del que habíamos metido. Fue una pasada. No nos hubiéramos ido nunca de allí, hubiéramos estado tocando toda la vida. Hubo tanta gente y hacía tanto calor que empezó a condensarse la humedad y a caer gotas del techo. Fermín nos hizo un gesto de que fuéramos terminando. Tocamos «Tu vieja», dejamos los instrumentos y salimos a saludar a los amigos y familiares. Qué maravilla, cuánta felicidad. La gente se fue marchando y nos quedamos con el bar ya cerrado celebrando con Fermín y disfrutando de aquello, saboreándolo. Fue muy bonito.

Después de un concierto me gusta salir al escenario ya sin público. Es una sensación muy especial. No me pasa con nada más. Me gusta volver a mi posición y, desde ahí, sentirlo de nuevo. Desde ese lugar acabo de vivir una de las experiencias más intensas que existen. Es algo extraño porque es una mezcla entre la plenitud del éxito y el vacío de la entrega. Me siento eufórico en lo emocional pero agotado en lo físico. Desde mi posición ya sin guitarra, ni pedales, ni sombrero, la

escena me llena de nostalgia al ver las butacas vacías y plegadas, el confeti por el suelo, pétalos de rosas, restos de alguna bebida, los trabajadores del local limpiando por filas, los operarios recogiendo, trozos del repertorio aún pegados al suelo arrancados para los fans, alguna púa todavía sin dueño, los cables recogidos y mis guitarras en su baúl descansando para el siguiente show. Apenas una hora antes, el mismo recinto era una olla a presión que rugía sin parar al ritmo de nuestras historias. Como si fuera un bumerán que lanzamos en forma de canciones y volviera cargado con las emociones del público. Cuando eres consciente de ello y sientes la responsabilidad que conlleva, ese bumerán vuelve con mucha fuerza y mucho peso.

El espacio en el escenario cambia sin nosotros ni nuestros instrumentos, siempre me parece más pequeño. Las luces ya no se mueven, están planas, funcionales, luz de trabajo, cuando acababan de ser las mejores aliadas vistiendo y desvistiendo nuestras canciones a un ritmo frenético si el tema lo requería o acariciándolo con la suavidad de la brisa que mueve el flequillo de un niño. El silencio espeso interrumpido por los rodamientos de las ruedas de los flight cases con el material; las órdenes de los técnicos de carga recogiendo el equipo o el aviso de atención porque están bajando la estructura que soporta las luces.

Lo que acaba de ocurrir ya no está, pertenece solo a nuestro recuerdo y el del público, ya no existe fuera de ahí. Como si el cuerpo muriera pero mantuviéramos viva el alma de lo que ha pasado hace un instante. Mañana, en ese recinto, sucederá lo mismo con otro artista, y el alma de ese concierto solo pertenecerá a los que lo hayan vivido. Esa es parte de la magia de un directo, ocurre una vez y se instala en tu memoria para siempre.

En la parte vieja de San Sebastián hay un bar que se llama Txukun y hace unos veintiocho años que lo llevan unos amigos de los *aitas* de Haritz. En una conversación sin intención comentaron que su hijo tocaba la batería en un grupo y que acabábamos de dar un concierto en el centro, que estábamos empezando pero que lo hacíamos muy bien. Los dueños les propusieron que el próximo concierto fuera allí, en su local. ¡Un concierto en el Txukun, qué buena!

Estaban interesados en nosotros. Nos pareció increíble, qué alegría. Pero también sentimos que la cosa era más seria. Esta vez ya no jugaríamos en casa ni tendríamos la confianza de Fermín. La ventaja de ser locales desaparecía y aquello tenía que estar bien hecho. Se imponía parecer una banda, con cantante y con un nombre.

Lo del nombre nos importaba un poco menos, pero necesitábamos un cantante con urgencia. No queríamos abusar de Asier Delgado y, dándole vueltas, se me ocurrió hablar con Aitor Calvo, un amigo conocido por todos, aunque yo había intimado un poco más y sabía que cantaba muy bien. ¿Que por qué lo sabía? Pues porque fue él quien me animó a meterme en la tuna.

Sí, lo confieso: fui tuno y cuanto antes lo cuente, mejor. De los dieciocho a los veinte años, en la tuna de Peritos de San Sebastián, aunque yo fuera estudiante de derecho. Aitor conocía a dos hermanos, Jorge y Chicho Linder, que junto con Carlos, un estudiante de medicina, estaban montando una tuna en Donostia y necesitaban alguien que tocara la guitarra. Quedé con ellos y me lo pasé muy bien. Hicimos un barrido por el cancionero tradicional de la tuna, que tiene un montón de canciones populares preciosas más allá de las cuatro que conoce todo el mundo, y aquello sonaba. Eran universitarios de mi misma generación con ganas de tocar, cantar y, sobre todo, viajar y pasarlo bien. Conecté con ellos enseguida y empezamos a salir por Donosti y a viajar por España y Europa. La tuna no me era ajena del todo porque había oído historias de mi *aitona* José, que fue pandereta

en la tuna de Derecho en Valladolid, por eso cuando lo comenté en casa se recibió con cierta alegría. Yo lo fui durante dos años y cada vez que nos juntábamos lo pasábamos genial. Viajábamos con los instrumentos, un puñado de canciones y lo puesto. Conocí a muchísima gente y, sobre todo, me reí para cuatro vidas. Todavía guardo el traje y la capa con decenas de cintas bordadas y escarapelas. De la memoria de la tuna recupero aquella tarde en la que subimos a casa de mis abuelos María Teresa y Vicente para darles una sorpresa y cantarles un par de canciones. La cara de emoción de mi abuela no se me olvidará nunca. También tocamos en sus bodas de oro. En el verano del 96 convencí a Haritz para que se viniera a probar y acabó siendo el pandereta. Nos solíamos vestir en mi casa para no enfrentarnos por separado al juicio de la calle; hacíamos un parejón.

Hablé con Aitor y le encantó la idea. Vino al local y todo fue muy fácil. No era un tipo tímido, pero había que echarle arrestos. Nunca había cantado con un grupo en un bar. El hecho de conocernos a todos y, sobre todo, saber que aquello era para divertirnos le dio mucha confianza. Lo peor que podía pasar es que alguien se equivocara y el resto nos riéramos con él. Esto relajaba mucho el ambiente y nos quitaba mucha presión a todos. Esa actitud sigue siendo algo que hoy en día no hemos perdido: relativizar los errores y nunca tomárnoslos en serio porque presuponemos un compromiso individual con el grupo que hace que los fallos sean solo fallos y no desinterés, desidia o pasotismo. Nunca hemos discutido por un error, todo lo contrario; recordamos algunos ya históricos que nos siguen haciendo reír cada vez más conforme pasan los años. Le tenemos el máximo respeto al público, por ello siempre hemos intentado hacerlo cada vez mejor, pero nosotros no somos precisión, somos canciones y emociones. Es parte de nuestra esencia y nuestro público lo sabe.

En cuanto al nombre, para este primer concierto ya con cantante oficial decidimos llamarnos Sui Generis. Más tarde descubrimos que ese nombre llevaba cogido nada menos que treinta años y que la banda la lideraba ni más ni menos que Charly García. Fue todo un acierto. No volvimos a usarlo.

Esta vez quisimos abrir el círculo de amigos y familiares, hacer algo más de ruido y promoción, empezar a darnos a conocer. Xabi diseñó un cartel que fuimos pegando por la facultad y los bares que frecuentábamos. En la mayoría nos dejaron pegarlo sin problema, aunque en alguno, con el argumento de que no dejaban a nadie porque si no se les llenaría la puerta y la pared de carteles, nos dijeron que no. Qué corte.

Aitor conocía la mayoría de las canciones y en un par de ensayos con él tuvimos preparado el repertorio. Lo bordó durante el concierto y todo salió muy bien. «Tu vieja» volvió a ser el hit. Pero lo más inolvidable de la noche fue un baile de Mariano, el *aita* de Haritz, con mi madre mientras tocábamos «Light My Fire». Solo diré que si Tarantino los ve en ese momento, repite el casting para *Pulp Fiction*. Lo cierto es que para todos nuestros padres fue siempre muy especial y un motivo de orgullo. Así lo vivieron desde el principio, además de ser una excusa para pasarlo bien y compartir lo que estaban haciendo sus hijos. Tuvieron y siguen teniendo una gran relación entre ellos y fueron fundamentales cuando la cosa empezó a hacerse gigante.

Después de aquellos dos conciertos el cuerpo nos pedía más y nos quedó muy claro que necesitábamos un cantante definitivo. No podíamos seguir dependiendo de la buena voluntad de otros.

Así fue como se me ocurrió poner un anuncio en un corcho que tenía Zubia, la tienda de música, para estas cosas. Los grupos dejaban ahí anuncios para completar bandas o vender instrumentos. En el papel que escribí a mano puse que éramos un grupo de cinco amigos que buscábamos cantante, que hacíamos versiones de U2, Pearl Jam, The Doors y que sobre todo queríamos pasarlo bien. Anoté mi número de teléfono y mi nombre.

No llamó nadie en mucho tiempo, hasta que un buen día cogí el teléfono y un chico preguntó:

—Hola, soy Lolo. ¿Está Paslo?

—¿Perdón? —No entendí por quién preguntaba.

—Sí, que si está Paslo —insistió muy seguro.

—Creo que se ha equivocado. No conozco a ningún Paslo —le dije.

—Pues en el anuncio de Zubia donde buscáis cantante pone este teléfono y el nombre de Paslo…

Entonces caí. Es verdad que mi «b» escrita parece una «s», el palito se me suele quedar corto. Joder, Paslo era yo.

Lo peor de todo es que encima el chico pronunciaba mal la «s», la destrozaba, sacaba el aire por los carrillos del moflete, y la utilizó muchas veces, demasiadas, en apenas un minuto. Fue una conversación surrealista. Me disculpé por no haberme dado cuenta antes y le dije que ya habíamos encontrado cantante pero que muchas gracias por interesarse. Mis amigos se pasaron una buena temporada llamándome Paslo. De hecho, alguno todavía lo hace.

Entre Xabi, Álvaro, Haritz, Luis y yo surgió algo muy fuerte. De manera paralela al grupo nuestra relación se afianzó. Aquel verano, a raíz de los conciertos, del tiempo de ensayo y de la convivencia construimos una relación de confianza muy sólida. Nuestras vidas se entrelazaron con intensidad. Nacidos y criados en Donostia, nuestras familias eran de clase media trabajadora, con contextos sociolaborales bastante parecidos. Culturalmente mirábamos a través de la misma ventana. Había mucha sintonía en nuestra forma de entender la realidad y el grupo la catalizaba. Formar parte de una banda nos ofrecía la posibilidad de pertenecer a algo que estaba por encima de cada uno de nosotros y eso generó casi una hermandad. Hablábamos sin parar y debatíamos de cualquier cosa, pero sobre todo nos reíamos mucho. Nos lo pasábamos muy bien juntos. Entre el grupo, la facultad, Basta Ya y unas cuantas noches de las que nunca mueren nuestra relación se dirigía sin remedio hacia una amistad profunda.

A las pocas semanas de la batalla campal en la Paloma de la Paz, y valorando el nivel de enfrentamiento que seguía habiendo en las concentraciones donde pedíamos la liberación de José María Aldaya, decidieron cambiar el lugar de la manifestación y llevarlo a los jardines que están delante de la catedral del Buen Pastor. Era un lugar menos abierto, más fácil de controlar y con una carretera que hacía de barrera natural. La primera concentración transcurrió tranquila, pero en la siguiente volvimos a tener su contramanifestación al otro lado de la calle San Martín.

En mi memoria del miedo sigue agazapado el que sentía desde que terminaba la concentración hasta que entraba en el portal. Era muy intenso, muy agudo. Al finalizar los cinco minutos de silencio, nos dispersábamos y volvía solo a casa, con mi lazo azul. Vivía a trescientos metros escasos, solo había que cruzar una calzada, pero quería que pasara muy rápido. No quería cruzarme con ninguno de ellos. Al disolverse las dos manifestaciones eran habituales la tensión y algunas agresiones. Iba mirando al suelo pero alerta, con el paso acelerado, y recuerdo que al entrar en el portal y cerrar la puerta sentía una sensación de alivio brutal mezclado con una descarga de adrenalina que como un resorte me hacía subir de cuatro en cuatro los doce escalones que llevaban al ascensor. Era una sensación contradictoria, una especie de oxímoron emocional de euforia y calma, euforia porque no me había pasado nada y calma porque ya estaba en casa. No sé, una sensación muy extraña, pero idéntica a la que sentía unos años atrás cuando cruzaba la puerta de entrada del colegio con aquellos cinco macarras custodiándola.

Nuestra última manifestación de Basta Ya fue para pedir la liberación de José María Aldaya. Llevaba seis meses secuestrado y queríamos hacer algo en la facultad de Derecho. Gesto por la Paz seguía convocando sus concentraciones una vez a la semana entre Derecho e Informática a las que por supuesto nos sumábamos, pero cada vez

íbamos menos estudiantes. Hasta cierto punto era comprensible: había cansancio por una situación que se prolongaba mucho en el tiempo, pero corríamos el peligro de normalizar una anomalía como la de que hubiera una persona privada de libertad por no haber querido pagar el impuesto revolucionario. Para combatir ese estado de somnolencia colectiva podía ser buena idea organizar una marcha de estudiantes desde el campus de Ibaeta hasta la catedral del Buen Pastor, la nueva ubicación de las manifestaciones de la familia y los trabajadores de Alditrans. Esta vez diseñamos el paro y la marcha en nuestro local de ensayo. No era el lugar más cómodo para hacer algo así, pero podíamos estar tranquilos y el tiempo que necesitáramos. Reunimos al resto de los amigos que formábamos Basta Ya y entre cables, amplis y guitarras fuimos dando forma a la acción. Esta vez, además de los carteles individuales que volvimos a fotocopiar, quisimos hacer una pancarta con el lema «Basta ya/Aski da» y aprovechar las «a» finales para hacer con ellas un lazo azul en clara alusión a José María Aldaya. Compramos los rotuladores y el plástico para la pancarta y Xabi lo rotuló.

Citamos a los estudiantes de derecho fuera de la universidad para comenzar la manifestación y recorrer la bahía hasta la catedral del Buen Pastor. Se sumaron unos quinientos estudiantes. Repartimos los carteles, desplegamos la pancarta y arrancamos la marcha hacia el centro de la ciudad. Lo que nos sorprendió, por poco habitual, fue que nos hicieran una contramanifestación durante todo el recorrido. Un grupo de unos cuarenta radicales se colocó detrás de nuestra manifestación con una pancarta que decía «Euskal Herria askatu» (libertad para Euskal Herria). De este modo coartaban a los estudiantes que se quisieran sumar a nuestra convocatoria siguiendo la estrategia marcada por ETA de que tenían que responder a cualquier iniciativa pacífica para no ceder la calle. Estábamos muy preocupados porque nosotros íbamos delante sujetando la pancarta y no sabíamos qué estaba pasando por detrás. Lo que sí distinguíamos desde allí eran sus habituales proclamas de «los asesinos llevan lazo azul» o «ETA mátalos», que siempre me ha parecido durísima. Hicimos el recorrido con muchos nervios y tensión. Hubo gente que al vernos pasar creyó

que la manifestación era de ellos. Al llegar al Buen Pastor se pusieron frente a nosotros y durante los cinco minutos de silencio siguieron con su insoportable repertorio de cánticos e insultos.

Nuestra manifestación tenía todos los permisos y estaba autorizada. Era una manifestación legal. La de ellos no. Nos siguieron durante todo el recorrido en clara actitud intimidatoria, pero nadie intervino ni los disolvieron. Eran cuarenta, no eran doscientos. Era evidente que no nos estaban permitiendo ejercer libremente nuestro derecho. Situaciones como esta nos llevaban a pensar en ocasiones que, según para qué discursos, la tensión en la calle los favorecía. Advertimos con tristeza que estas contras sin permiso y que no respetaban las distancias mínimas se habían convertido en la tónica general y que facilitaban la adopción de esos discursos ambiguos que diluían el compromiso.

El último acto que hicimos como Basta Ya fue entregar la simbólica pancarta de «Sin tolerancia ¿qué nos queda?» que realizamos para la manifestación por el asesinato de Gregorio Ordóñez, y que vistió el balcón principal del ayuntamiento durante varios meses, a la familia y los compañeros de Aldaya en Oiartzun, donde se encontraba Alditrans. Fue un momento muy intenso con el que quisimos dar ánimo y fuerza a los trabajadores y, por supuesto, a su familia. El cansancio de tantos meses y la angustia del día a día se colaban en aquellas miradas de agradecimiento que nos emocionaron a todos.

No volvimos a convocar ninguna acción desde Basta Ya. Unos años más tarde, la plataforma se transformó en otra cosa que no recogía el espíritu con el que la habíamos creado. Nuestro planteamiento no se alineaba con ninguna posición política y nunca pretendió ser un instrumento contra el nacionalismo o el Gobierno central, como ocurrió durante la presidencia de José Luis Rodríguez Zapatero. Solo estaba en contra del terror de ETA. Fernando Savater, al que admiramos profundamente como filósofo y escritor, Agustín Ibarrola o María San Gil, entre otros, tenían mucha más capacidad de organización, comunicación y convocatoria que los chavalillos de primero de carrera. Seguramente desconocieran nuestras pequeñas andanzas y tenían todo el derecho para hacer lo que hicieron, faltaría más. Pero a mí, en

particular, me dolió ver desvirtuada nuestra idea y comprobar cómo se utilizaba para ahondar en la división de la ciudadanía, para profundizar en el «ellos» y el «nosotros», entre nacionalistas y no nacionalistas, entre constitucionalistas y no constitucionalistas. Sobre todo por el contexto de tensión y división política del momento, de polarización, de huida al monte por parte del PNV con el pacto de Lizarra y de la instrumentalización de las víctimas del terrorismo por parte del PP, mientras ETA, en aquel año 2000, asesinaba todos los meses.

Sentí mucha desazón viendo la división de los partidos democráticos en la manifestación por el atentado de Fernando Buesa —otro compañero y amigo de mi padre— y su escolta Jorge Díez. Recuerdo estar con Xabi en la manifestación de Donosti y sentirme muy triste, caminando junto a él en silencio mirando los dos al suelo. O en el funeral por el periodista José Luis López de la Calle, amigo también de la familia. Estos asesinatos en aquel contexto fueron todavía más dolorosos. Nuestro Basta Ya solo hacía responsable de todo aquel sinsentido a ETA y lo demás tenía, por su complejidad, demasiados ángulos e interpretaciones.

Es curioso, pero nos unió nuestro pacifismo militante antes que la pasión por la música. El primer sentimiento de pertenencia a un proyecto común no fue el grupo, sino nuestra plataforma ciudadana Basta Ya. Cuando recuerdo con mis compañeros aquella etapa no podemos evitar sentirnos orgullosos. Mientras que nuestra juventud podría habernos servido como pretexto para centrarnos en otras cuestiones, un grupo de chavales en primero de carrera asumimos que eso de ETA iba con nosotros, que nos interpelaba y nos obligaba a estar con las víctimas, extorsionados y secuestrados, que no podíamos mirar para otro lado mientras aquello ocurría en nuestras calles. Aquel verano del 95 no pocas veces fuimos directos en bañador a las concentraciones. Y aunque algunos jueves resultaba difícil renunciar al maravilloso atardecer en la bahía de La Concha, siempre acabábamos yendo a la concentración por Aldaya. Era un compromiso natural, nada impuesto, ya que sentíamos que nuestra responsabilidad y nuestro deber como ciudadanos pasaban por ir a aquellas concentraciones, más

si cabe cuando empezaron a ser de alta tensión. En esas circunstancias nuestro compromiso era inexcusable, queríamos estar allí con la gente que se la jugaba dando la cara por pedir la liberación de Aldaya, por defender su libertad y por exigir el final de ETA.

Estas experiencias crearon un vínculo muy fuerte entre nosotros. Compartir manifestaciones, sufrir miradas e insultos rabiosos detrás de una pancarta, comprobar que la persona que está a tu lado no se aleja y aguanta contigo el aluvión de odio; sentir su hombro contra el tuyo da valor, pero sobre todo une mucho. Cuando compartes algo tan íntimo como el miedo, esa vulnerabilidad se transforma en un pacto de sangre; el hilo del miedo no se descose. A través de mi relación con ellos, fui consciente de la dimensión del asesinato de un amigo, de un compañero, de eso que mi padre tuvo que vivir tantas veces. Un día les planteé esta misma analogía, les propuse imaginar cómo nuestra vida compartida saltaba por los aires: un día mataban a Haritz, otro a Xabi, a Álvaro… Los funerales y los entierros, sus familias y su vacío. Ver todo eso y reafirmarte en el camino de la paz, de la movilización ciudadana, de los pactos, de la política… Esa es la historia del PSOE y el PP vascos. Por eso me duele en el alma cuando desde mullidas moquetas capitalinas se instrumentaliza el dolor de las víctimas y se ningunea a los que vivieron aquella terrible situación en lugar de agradecérselo eternamente. Me resulta de una vileza insoportable.

Voté por primera vez en las elecciones municipales de 1995 después de quedarme a tan solo nueve días de las europeas del 94. Por cercanía con el domicilio nos tocaba votar a mis padres y a mí en el que había sido mi colegio, el Amara. Nada más entrar me asaltaron muchos recuerdos, el reencuentro con lugares donde has vivido tantas cosas durante tantos años es siempre especial. Hoy en día nunca paso delante del edificio sin pensar que ese era mi cole, y lo hago con frecuencia. Subimos las escaleras y al cruzar la primera puerta vimos al bedel de mi época que se acordaba de mí. Al girar a la derecha y entrar en el patio central, ese en el que había jugado la mayoría de los años de mi

infancia, me pasó algo habitual cuando vuelves a lugares de tu niñez: me sorprendí porque lo recordaba más grande. Había gente por los pasillos, pero tampoco mucha; era a primera hora de la tarde y mi madre, que hacía las veces de interventora en el cole, nos llevó al aula donde estaba nuestra mesa. Nada más entrar se hizo cierto silencio y desde un lateral se levantaron de sus sillas cuatro o cinco personas con camisetas de presos de ETA. Nosotros nos dirigimos a nuestra mesa y cuando llegamos se nos colocaron a escaso medio metro, en un lateral, casi podían tocarnos. Guardaban silencio, pero se respiraba la tensión creciente. Miraban con mucho odio y permanecían quietos, muy pegados a nosotros. La escolta se mantenía a una distancia prudencial sin intervenir. El silencio era atronador. Mi padre sacó el DNI y no entró en la provocación que significaba que los tuviéramos encima. Cuando el presidente de la mesa leyó su apellido empezaron a gritar todos a coro: «Zuek faxistak zarete terroristak» (vosotros, fascistas, sois los terroristas).

Aguantó hasta que encontraron su nombre en los papeles del censo y pudo votar. Esos segundos se me hicieron eternos. Qué nivel de violencia e intimidación. Se me puso un nudo en el estómago. Nunca había vivido una situación así con mi padre. Solo recuerdo, porque lo tengo grabado igual que la torre del reloj de la plaza San Marcos en Venecia, que íbamos los cuatro tranquilamente en una góndola, cuando al cruzarnos con otra en dirección contraria escuchamos: «¡Benegas, hijo de puta!». El insulto rebotó en las paredes de piedra de los edificios que encauzaban el canal y cayó como una bomba de mortero sobre nuestra góndola. Mi padre se giró y le contestó entre camisetas a rayas y sombreros de paja de los gondoleros: «Hijo de puta lo serás tú. Cobarde». La escena me impactó mucho.

En aquel momento, frente a la urna, lo único que yo quería era que no contestara a la provocación, que no entrara al trapo y que nos fuéramos de allí. Pero les dijo algo, que no recuerdo bien porque yo estaba muy nervioso, y se encaró con uno. Los dos escoltas dieron un paso adelante y cogieron a mi padre del brazo para sacarlo de allí. Yo les dije que nos dejaran en paz, pero ni me escucharon, estaban fijos en

mi padre como lobos cuando hacen presa. El *aita*, cuando sintió la escolta, se dejó llevar y salió del aula. Mi madre y yo le seguimos. Acostumbrado como estaba a aquella presión, se encontraba más o menos tranquilo. Le acompañamos a casa para que recogiera la maleta porque tenía que salir para el hotel Ercilla de Bilbao, donde el PSE solía hacer el seguimiento de las elecciones. No hablamos de lo que había pasado. Le di un abrazo, le deseé suerte y se marchó con la escolta. Yo no había podido votar todavía, así que tuve que regresar al cole acompañado por mi madre. Entramos otra vez en el aula y ya no estaban. Habían terminado su misión y se habían ido. Probablemente aquella tarde, birra en mano con los colegas, contarían la escena y recibirían el elogio de los suyos hasta que aparecieran otros relatando una hazaña mayor. Voté y volvimos a casa con muy mal cuerpo.

Cuento esto no porque guarde un gran recuerdo de la primera vez que pude votar, sino para que sirva como recordatorio para aquellos que piensan que durante los años de terror y miedo se votó en libertad en el País Vasco. Pertenezco a la primera generación de vascos que nacimos en democracia, pero con una libertad civil mutilada. El seguimiento, la intimidación y la coacción que se ejercían por parte de ese mundo, sobre todo en los pueblos, para que los ciudadanos «eligieran bien» su papeleta eran tremendos. No cabía duda de que esos numeritos que le montaban a mi padre no iban a conseguir que no acudiera a las urnas o que cambiara su voto, pero sobre otras personas que veían cómo se las gastaban sí podían influir. Eran expertos en generar climas de terror en los que se hace más difícil tomar decisiones. Salvo que tuvieras las cosas muy claras y una voluntad a prueba de bomba, muchos prefirieron quedarse en casa lejos de líos y problemas en lugar de ejercer su derecho al voto bajo intimidación.

Esta escena volví a vivirla muchas más veces, con mayor o menor intensidad. Nunca faltaban voluntarios para increpar a mi padre mientras se acercaba a la urna. Y nunca nadie de los que coincidieron en aquellas votaciones, ya fuera en la mesa, eligiendo su papeleta o simplemente haciendo la cola, salió jamás a defenderlo. Es probable que solo hubiera empeorado la situación, pero el silencio fue la música

que sonaba entre las miradas curiosas de los que allí estaban. Me sorprendía que los que miraban como si la cosa no fuera con ellos no advirtieran la paradoja de que podían votar gracias a que hubo personas que lucharon contra la dictadura y apostaron por la política para que todos disfrutáramos de aquellos derechos y libertades.

Muchas de las imágenes que conservo de mi padre son con escolta. Yo lo conocí así. Para mi hermana y para mí era lo normal. Estábamos habituados a que en cualquier cosa que hiciéramos estuvieran acompañándonos. Mi familia y yo tuvimos muy buena relación y guardamos un gran recuerdo de muchos de ellos. Grandes profesionales, algunos muy jóvenes que crecieron a nuestro lado y cuyo trabajo consistía en proteger a mi padre. Llegó a llevar ocho policías, un coche blindado y dos coches más, uno por delante y otro por detrás. Él entendía la escolta como parte de su trabajo. Lo asumía dentro de la profunda decisión que significa dedicarse al servicio público en un contexto como aquel. Nunca utilizó su situación como algo que le diera prestigio o reconocimiento. Tampoco se quejó ni adoptó una postura victimista que le diera ventaja en ningún debate o discusión. Estaba dentro de la responsabilidad que asumió y formaba parte del precio de la búsqueda de la solución al terrorismo y la consecución de la ansiada paz en su querida Euskadi, a lo que dedicó los mayores esfuerzos de su vida.

Los lunes llegaban muy temprano, sobre las seis y media de la mañana, para recogerle y llevarle al aeropuerto. Mi habitación daba al recibidor y casi siempre me despertaban los golpes de la llave en la cerradura. Las entradas y salidas eran uno de los momentos más delicados y en ocasiones mi padre difería de la opinión de la escolta. No sucedía a menudo, pero alguna vez discutieron intensamente acerca de cómo salir, a qué hora, sobre sus rutinas o ante la necesidad de esperar porque habían visto algo sospechoso, lo que provocaba que mi padre pudiera perder el vuelo. Aquello me ponía muy nervioso y cuando escuchaba cerrarse la puerta, me repetía a mí mismo en el

silencio de mi habitación a oscuras: «Que no pase nada. Que no pase nada. Que no pase nada…», hasta que el sueño me volvía a vencer. Al despertarme al rato para ir clase y comprobar que no había pasado nada, sentía un gran alivio. Me levantaba contento, todo lo contento que uno puede estar cuando madruga. Era una extraña paz somnolienta, pero la recuerdo muy placentera porque todo seguía en orden.

Cuando necesitábamos salir de casa, mi padre avisaba a los escoltas con tiempo para que se prepararan y llegaran a nuestro domicilio. Era una breve llamada de teléfono. Nosotros esperábamos ya listos a que sonara el telefonillo. Abríamos y subían comprobando la escalera hasta el quinto piso. Tocaban la puerta y salíamos al descansillo. A continuación, uno bajaba de nuevo por las escaleras y su compañero lo hacía con nosotros en el ascensor. Luego esperábamos en el portal a que el coche blindado llegara a nuestra altura. Lo teníamos tan normalizado desde pequeños que mi hermana y yo podíamos emplear esa tensa espera para jugar o pegarnos, totalmente al margen de la situación. Cuando veían pasar el coche a través de los barrotes de hierro de la pesada puerta del portal, oíamos un «vamos» y entonces mi padre se dirigía hacia la puerta trasera derecha mientras que nosotros, rodeando el coche por detrás, entrábamos por la izquierda. Habíamos automatizado la coreografía. Siempre rápido y siempre igual. El coche por dentro era claustrofóbico. Los cristales se deformaban por las esquinas y la sensación era la de viajar encerrado en una caja fuerte. Mi padre además fumaba mucho y pasaba muchas horas dentro del coche, así que el olor a tabaco era horroroso. Mi hermana y yo nos mareábamos nada más entrar. Lo odiábamos.

La primera vez que bajé a la calle con mi padre sin escolta yo tenía treinta y siete años. ETA había anunciado el cese definitivo de su actividad dos años antes y aquel mediodía, al salir por el portal, tenía la misma sensación que cuando te dejas algo y no sabes qué es. No era algo liberador, estaba incómodo, inseguro. Habían sido muchos años de ponerme el abrigo del miedo al salir de casa juntos y colgarlo al volver. No compartí ese sentimiento, pero fue raro para mí y estoy convencido

de que para él mucho más. Caminamos apenas diez minutos, de su casa a la mía, y recuerdo con nitidez el recorrido y el ritmo, muy rápido. La inercia de cuando salíamos a la calle con escolta seguía tirando de nosotros. No fue un paseo. Había algo de acto de fe, de salto al vacío, de comprobar que era verdad, que no pasaba nada, que por fin podíamos salir a la calle sin la llamada previa al cuartel de la Policía Nacional y sin todas las medidas de seguridad que había que tomar después. Habíamos decidido salir a la calle y solamente teníamos que hacerlo. Fue muy extraño. Agridulce.

Zubia era una tienda estrecha y alargada, con las paredes llenas de instrumentos, que se encontraba en la calle Easo. La llevaba un tipo encantador, divertido y apasionado de lo suyo. Se llamaba Javi, aunque nosotros nos referíamos a él como «el Coreano» porque siempre que nos interesábamos por algo de mala calidad respondía entre risas que eso era coreano. Iba rapado, con dos pendientes y siempre una sonrisa colgada de los ojos. Era un buen vendedor que se adaptaba a nuestro nivel. Nos explicaba si merecía la pena comprar algo en función de lo que quisiéramos hacer sin aprovecharse de nuestra inexperiencia. Además, nos dedicaba el tiempo que hiciera falta y eso que siendo tan jóvenes éramos de los de probar mucho, meter muchas horas de tienda, marear al personal y comprar poco. Aprendimos un montón con él y sentimos mucho su fallecimiento.

La tienda tenía un escaparate pequeño y yo pasaba delante de él tanto al ir y como al volver del instituto; por la mañana, siempre con sueño y prisa, y a las tres de la tarde con hambre, así que no solía pararme. Hasta que un día la vi: una Les Paul Custom negra, la Black Beauty de Epiphone, filial de Gibson. No había visto nunca una guitarra tan bonita. Observaba la armonía de sus formas con la boca abierta. Y no solo por su belleza incomparable, también por el precio: 100.000 pesetas de entonces, 600 euros de ahora. Ni siquiera la había escuchado sonar, pero me daba igual. Estaba fascinado. Durante mucho tiempo me detuve a diario frente al escaparate a contemplarla, hasta que, ya en la universidad, conseguí reunir el total y comprarla. Iba con el dinero justo. Javi, al darse cuenta de que no había pensado en el estuche, tuvo el bonito gesto de regalármelo. Ya en casa, no podía dejar de mirarla. Estaba con un síndrome de Stendhal de libro. Fue un día muy feliz.

No fue la primera guitarra eléctrica que tuve, pero sí la primera que compré con mis ahorros. Tras descubrir la magia en aquella guitarra familiar que había estado en manos de mi abuelo y de mi hermana, mi padre me regaló por mi diecinueve cumpleaños la típica promoción de

guitarra y ampli para principiantes. Se trataba de una Venson —que imitaba a una Fender Stratocaster blanca y negra— con un amplificador Onix de diez vatios, al que más adelante encargamos la misión de amplificar el teclado de Xabi o la voz de Amaia cuando todavía no teníamos equipo de voces. Es decir, fue brutalmente maltratado. Le dimos toda la caña del mundo y siempre respondió con profesionalidad y actitud impecables. Una mañana nos lo encontramos —literalmente— con el agua al cuello en la primera de las múltiples inundaciones que sufrimos en el local de ensayo que teníamos pegado al estadio de Anoeta. Yo solía llegar el primero y, nada más enfilar la rampa de acceso, me di cuenta de que el pasillo que conducía al local acumulaba un palmo de agua. El espectáculo que encontré al abrir la puerta fue tremendo. ¡Qué impresión ver todo el equipo flotando! El local tenía una caída hacia el lado donde ensayábamos y ahí precisamente era donde guardábamos todo el material. Por suerte, las guitarras estaban en alto, pero en el espacio de la batería, los amplis de guitarra y el bajo cubría hasta la rodilla. El pobre Onix estaba completamente hundido. Me lancé al rescate del material sin descalzarme siquiera. Tuve que tomar decisiones dolorosas en la valoración de daños. Cuando pasé por su lado me dio una pena horrible verlo sumergido, pero me pareció que me miraba como diciendo: «Atiende al resto, que yo estoy bien», así que fue el último en ser rescatado. Era un tipo duro. Lo dejamos secar y volvió a la vida, en perfecto estado de funcionamiento e incluso con un grano especial en el canal saturado. De hecho, continúa en activo. Ahora lo usa un primo mío y sigue respondiendo con sinceridad si se le pregunta, aunque de aquella inundación no ha vuelto a querer hablar. La procesión va por dentro, supongo.

A mi madre no le hizo tanta gracia el regalo de mi padre. Él se pasaba toda la semana en Madrid, por lo que ella sabía que le tocaría la ingrata labor de evitar que el volumen del ampli molestara a los vecinos, además de tener que perseguirme para que estudiara y cumpliera con el resto de las obligaciones en casa.

Siempre agradeceré a mis padres su mirada amplia y generosa. Jamás

me impusieron su forma de ver las cosas. Establecieron sus límites, me protegieron, sentí profundamente su amor incondicional, pero dentro de una relación con mucho espacio, sin un control asfixiante. Me demostraron que les importaba yo, no mis resultados.

Nunca olvidaré el día en que entregué en casa las notas de la primera evaluación de 3.º de BUP. Yo cursaba el bachillerato internacional en el instituto Usandizaga, una modalidad más exigente que la normal. A mis dieciséis años había sacado siempre buenas notas, pero aquella evaluación suspendí seis de ocho asignaturas. Ruina grande. Recuerdo que estábamos sentados a la mesa de la cocina y mi padre —un tipo brillante en lo académico— cogió las notas, las miró en silencio, las cerró, las dejó a su derecha y comenzó a decir lo orgulloso que se sentía de la persona en la que me estaba convirtiendo, a destacar todas las cosas que le gustaban de mí. No me esperaba tal inyección de autoestima, y me dio mucha confianza.

Hay una frase que suele atribuirse al Dr. Henry Jekyll que dice: «Quiéreme cuando menos lo merezca porque será cuando más lo necesite». Él la aplicó en el momento adecuado. Y lo hizo, además de por convicción, porque tenía la distancia necesaria para hacerlo. Debido a sus responsabilidades, no vivió el desgaste diario. No tuvo que marcar las rutinas y los límites que necesitamos de pequeños para poder autolimitarnos de mayores. No estuvo en el cuerpo a cuerpo de las mañanas para levantarnos e ir al cole, ni en el de las noches para lavarnos los dientes e irnos a dormir. Su mirada no estaba manchada del barro de las trincheras, y creo que eso le permitió afrontar estas situaciones con otra perspectiva. Supo verme e interpretarme en momentos clave, no solo por que no acusara ese desgaste de lo cotidiano, sino porque me quería incondicionalmente. Es algo que siempre me transmitió y que siempre sentí. Me llevo bien conmigo mismo y sé que aquella conversación tiene mucho que ver. Así se lo dije unos minutos antes de morir y sé que me escuchó. Él me regaló mi primera guitarra para que hiciera lo que más me gustaba tras haber suspendido todo en primero de carrera. Confiaba en mí.

En octubre del 95 cambiamos de local y volvimos al barrio de Eguia, exactamente a la misma calle de CEAM, pero unos metros más abajo. Estaba dentro de una galería a la que se accedía bajando dos pisos de escaleras sin ascensor. Ideal para subir y bajar amplis de más de treinta kilos, pero nada con lo que nuestra juventud y una ilusión desbordante no pudieran lidiar. Virgen del Carmen es una calle en cuesta pero con mucha vida. Alrededor había varios bares, un súper y justo pegada a la entrada de la galería una tienda de chuches que nos suministraba el azúcar que necesitábamos en los momentos bajos.

Seguíamos compartiendo local con Oh Glaucón. Nuestros horarios eran perfectamente compatibles y no es que no hubiera ningún problema entre nosotros, es que nos encantaba quedarnos a ver sus ensayos y salir después juntos los fines de semana. Éramos amigos. Además, ninguno de los dos grupos podía costear el alquiler por separado.

El local medía aproximadamente cinco metros cuadrados. Teníamos una única bombilla que colgaba de un cable pelado y que cuidábamos como nuestro mayor tesoro. Si se fundía o la rompíamos, no teníamos recambio. Durante los seis años que estuvimos allí no hizo falta. Era nuestra estrella. También había una columna muy incómoda prácticamente en la mitad del espacio, y un baño muy sucio y muy pequeño del que nadie salía siendo el mismo. Era de los de contener la respiración hasta terminar. Aunque habían pasado otros grupos por ese local, no estaba acondicionado acústicamente, así que decidimos pegar en las paredes una especie de mantas para amortiguar el sonido. Usamos una cola industrial y aquella tarde nos agarramos un colocón monumental como consecuencia de la falta de ventilación. Veíamos todo con una nitidez pasmosa hasta que empezamos a marearnos y tuvimos que salir a tomar el aire. Había una pequeña cocina, con unos armarios que solo utilizábamos para guardar la botella de plástico de las multas por llegar tarde, y un frigorífico para enfriar la Coca-Cola y

los destilados que nos tomábamos los viernes después del ensayo. Nuestro único lujo en aquel lugar eran un sofá de dos plazas que cogimos prestado de unos contenedores de basura y una pequeña mesa. Tenía sus incomodidades, pero a cambio nos encajaba económicamente y no molestábamos a nadie. Allí compusimos nuestros dos primeros discos: *Dile al sol* y *El viaje de Copperpot*.

Conocí a Amaia Montero vestido de tuno. Sí, sí, de tuno. Es lo que hay.

Unas amigas nos habían invitado a cenar a varios de la tuna y nos pareció buena idea presentarnos por sorpresa cantando y vestidos de negro con nuestras capas, guitarras y bandurrias. La cena fue en el *txoko* de los padres de una de ellas, Almudena, en Fuenterrabía. Aquella noche descubrí, entre otras cosas, la peligrosísima agua de Valencia, bebida preparada a base de cava, zumo de naranja y lo que venga. A los postres, las amigas de Amaia le pidieron que cantara algo. Ella se negó en un primer momento porque le daba mucha vergüenza, pero las otras insistieron tanto que acabó aceptando con la condición de que apagaran la luz. Empezó a cantar, a oscuras, «Nothing Compares to You». En la intimidad del silencio y la penumbra, con nuestras emociones navegando en el agua de Valencia, la voz de Amaia nos acarició uno por uno. Fue realmente mágico. Nunca había oído cantar así y menos a treinta centímetros de mí. La ovación de la mesa fue sincera y atronadora. A ver quién era el guapo que cogía ahora una bandurria.

Dejamos el *txoko* y nos fuimos a un bar en Irún. Hablé con Amaia un buen rato y me lancé: aquello no podía quedar así. Le expliqué que acababa de formar un grupo con unos amigos, que no teníamos cantante y le pedí que se animara a ensayar con nosotros un día. Ella me contó que siempre le había gustado cantar, que nunca lo había hecho en un grupo y que le encantaría probar. Pedimos papel y boli a un camarero en la barra del bar —como se hacía antiguamente—, apuntó su teléfono y nos prometimos hablar esa semana.

Lo primero que hice al día siguiente fue contarle al resto mi aventura

de la noche anterior. Hasta ese momento no habíamos dado demasiada importancia a la búsqueda de cantante, ni pensado siquiera si queríamos una voz femenina o masculina, nos daba igual. Pero después de haber escuchado a Amaia interpretar a Sinead O'Connor ya no podía dejar de imaginar cómo sonarían las versiones que hacíamos de U2, Nirvana, Janis Joplin, Metallica o Alanis Morissette en su voz.

Con el sí de los demás, unos días más tarde me armé de valor y la llamé. Digo que «me armé de valor» porque en aquella época, con los teléfonos fijos, la posibilidad de que al llamar a una casa desconocida respondieran los padres se convertía en una aventura de riesgo de la que podías salir mal parado. Por suerte no fue el caso, todo lo contrario. Descolgué el teléfono de góndola color perla de casa de mis padres y marqué el número que me había escrito Amaia en el pequeño papel. Me cogió su madre, doña Pilar. Me presenté y le pregunté por su hija. Me dijo que no estaba en casa en ese momento y que llamara otro día. Repetí al día siguiente y tampoco di con ella. Por fin lo conseguí al tercer intento. No fue una conversación muy larga. Recuerdo que ella estaba un tanto apagada, como arrepentida de haberme dado su número. La animé a que viniera a probar, no perdía nada.

Quedamos un 5 de diciembre, víspera del día de la Constitución, en Musical 72, mítica tienda de música de San Sebastián y hasta hoy nuestra casa. La casualidad quiso que Amaia reconociera a Álvaro porque la madre de este era profesora en su colegio, Eskibel. Charlamos un rato bajo la luz del escaparate de Musical 72. Ya de noche, nos subimos al escarabajo naranja de Luis y pusimos rumbo a nuestro pequeño, oscuro y húmedo local de ensayo.

Conectamos los instrumentos, ya entre bromas y risas, y buscamos algún tema que supiéramos todos. Nuestro repertorio era muy limitado, pero dimos con «One» de U2. De pronto, nuestro oscuro y siniestro local se llenó de vida. Las arañas dejaron de tejer sus telas para escuchar aquello. La voz de Amaia caminaba limpia sobre mi torpe arpegio de la primera estrofa mientras el resto alucinaba. Con la cabeza hundida en la guitarra, preocupado por no estropear aquel momento con un inoportuno acorde, empecé a tocar agarrotado, tenso, pero su

voz me elevó a un lugar diferente, donde lo que está bien o mal no importa, solo la emoción. Cuando llegamos al estribillo y entraron los demás se hizo la luz, las grietas del local se cerraron para no dejar escapar ningún detalle de lo que estaba pasando, los amplis sonrieron enseñando sus válvulas, al DX7 de Xabi se le cayó el 7, y la Paca sonaba como una Ludwig. La humedad se evaporó con el calor de su voz, la bombilla se transformó en foco, las arañas se pusieron a aplaudir y el local se convirtió en una carroza; estábamos hechizados. Su voz era el hilo que comenzaba a cosernos, a juntar las piezas del boceto, a darle coherencia, sentido, a dar forma al vestido que estábamos creando. Sonamos como nunca habíamos sonado. Recuerdo una mirada rápida de complicidad con Xabi, de esas de abrir los ojos y subir las cejas donde nos dijimos: «Pero ¡¿qué es esto?!».

Tiempo después, Amaia me confesó que el día de mi primera llamada estaba en casa y que pidió a su madre con un gesto que me dijera que no. También la segunda vez. Si no llego a insistir una tercera, esta historia hubiera sido otra. Por qué pequeños detalles dejan de pasar cosas maravillosas...

Aquello era como ser el novio de la chica más guapa del insti, algo que solo pasaba en las pelis. Lo mejor es que además todo era natural, fácil y divertido. Para nosotros tocar era una excusa para pasar un buen rato juntos y salir luego de fiesta por ahí. En aquella época no pensábamos en otra cosa. Y Amaia encajó perfectamente en esa idea, no había más pretensión que pasarlo bien. La decisión estaba clara, por eso no hizo falta decirle «estás dentro» ni nada parecido. Como si nos conociéramos de toda la vida y de manera natural, volvimos a quedar otro día para seguir ensayando. Amaia también salió encantada aquella tarde, estuvo muy cómoda y con ella todo sonaba genial. Por fin habíamos completado la banda.

Teníamos local, instrumentos suficientes, cantante y mucha ilusión, pero seguíamos sin nombre. Queríamos empezar a tocar en bares y para eso era conveniente llamarnos de alguna forma. De vez en cuando en los ensayos sobrevolábamos el tema, pero no llegábamos a aterrizarlo porque para juntarnos y tocar no nos hacía falta.

Una tarde, después de haber ocupado sitio para estudiar en el Koldo Mitxelena, decidimos sentarnos en el Pokhara y no levantarnos hasta tenerlo. Ese fue el compromiso. La sesión comenzó de esa típica manera tan masculina —y no por ello menos divertida— de soltar un montón de burradas para romper el hielo y que puede terminar a hombros por la puerta grande o en la enfermería. Al grito del «lololó» futbolero llovieron bobadas como «Therapy fallow», por el anuncio de una almohada llamada Therapy pillow; «Sabino y los aranas», que se explica solo, o «Larva», por el escritor. Cuando ya no nos quedaban más carcajadas dentro intentamos afinar un poco más. Era como si necesitáramos reírnos antes de abordar algo en serio.

Mi madre me había contado hacía poco la historia de la disputa entre Gauguin y Van Gogh que se saldó con su oreja cortada. Aunque no recordamos quién formuló el nombre definitivo, después de varias horas, bien por agotamiento, bien porque en el fondo nos daba igual, salimos de aquel bar llamándonos La Oreja de Van Gogh. Parte del espíritu de aquella incipiente etapa era que no le dábamos mucha importancia a lo que hacíamos. No estaba en nuestros planes vivir de la música. Si hubiéramos imaginado por un momento todo lo que vendría después, es probable que no nos hubiéramos llamado así. Ahora lo tenemos muy interiorizado, pero ser abreviado —y conocido— como «La Oreja» no es muy sugerente. Alejo Carpentier en *Los pasos perdidos* escribe que «la marcha por los caminos excepcionales se emprende inconscientemente». Por ahí caminábamos nosotros.

En aquella época San Sebastián tenía una escena local muy potente de grupos y conciertos. Como la legislación no era tan exigente en lo

que respecta a la contaminación acústica y otras cuestiones, podías disfrutar de conciertos todas las semanas en distintos bares de la ciudad. Tocábamos en lugares que no estaban concebidos ni acondicionados para la música en vivo. En apenas tres metros cuadrados nos metíamos seis músicos con tres amplis, una batería, un teclado y un equipo de voces. Muchas veces teníamos que tocar de perfil o solapados para encajar en el espacio y, sobre todo, ser muy cuidadosos con los mástiles para no chocarnos. Cuando empezábamos a sonar —por supuesto, casi siempre sin escenario y a ras del suelo— se montaba tal bronca dentro que costaba distinguir tu instrumento. Cualquier músico o grupo que haya empezado desde abajo sabe perfectamente de lo que hablo, como también sabe que lo asumes porque lo único que quieres es tocar. Nosotros nos ocupábamos de llevar todo el material necesario para sonar a cambio de la bebida. Esa era toda nuestra retribución. Grupos de aquella época con los que compartimos escenario en Donostia fueron nuestros admirados The Roadrunners, The Cave, Erga Omnes, Ill, Exit, Sufludor o Marruma y, por supuesto, Oh Glaucón.

El primer concierto con Amaia tenía que ser en casa, en El Moro. Estábamos deseando tocar en directo con ella. Lo habíamos ensayado mucho y controlaba perfectamente el repertorio. Fermín volvió a prestarnos el bar para nuestro bautismo de fuego, ya como La Oreja de Van Gogh. Nos estrenamos un jueves 18 de julio de 1996, a las ocho de la tarde, y compartimos cartel con Oh Glaucón. Nos hacía mucha ilusión tocar con ellos por primera vez. Xabi diseñó un cartel e hicimos un montón de copias que pegamos por los bares que más frecuentábamos de Donostia, así como en la universidad. Qué belleza de carteles. Nos sentíamos importantes. El Moro se llenó y mucha gente se quedó fuera. Fermín estaba preocupado porque teníamos a la gente encima, literalmente. Fue una pasada. Tocamos sintiendo la banda completa. Ese día dejamos de ser una idea para ser una realidad. Por fin teníamos cara y una referencia. Amaia nos aportó muchas cosas además de personalidad, carácter y una voz maravillosa. Nos inyectó una buena dosis de confianza y seguridad, que empezamos a transmitir

en nuestras actuaciones.

Nos recorrimos casi entera la calle San Bartolomé tocando en vez de tomando chupitos. Nuestro primer concierto sobre un escenario fue en el TKC, bar situado enfrente de El Moro, y salió muy bien. La experiencia de actuar sobre un escenario fue genial: desde arriba podíamos ver hasta el último rincón saltando con nuestras canciones. Fue increíble. El cambio de perspectiva nos encantó. De estar hundidos frente a la primera fila, pasamos a flotar por encima de la gente desde una posición donde tienes el control de todo lo que ocurre. Desde arriba es más fácil leer un concierto e imponer tus tiempos. Por primera vez sentimos que mandábamos nosotros.

Unos metros más arriba estaba el JC. Aquel día Amaia llegó directa desde la comida de su confirmación, sin cambiarse. Repasamos el repertorio en un pequeñísimo almacén sentados en barriles vacíos de cerveza y salimos a tocar. El pequeño escenario era muy limitado y apenas cabíamos los seis sobre la tarima, aunque ya empezábamos a acostumbrarnos y a manejar con soltura las distancias cortas.

También tocamos en El Cine gracias a nuestro amigo Óscar Casbas. Significaba mucho para nosotros dar un concierto allí porque era el bar de referencia de aquella calle, y también el más grande. No solía haber actuaciones con batería y amplis sino más acústicas para evitar tener problemas con los vecinos, pero confió en nosotros y nos dio la oportunidad. Siempre se lo agradeceremos.

Dos años y medio después, fui a tomar algo con mi novia y me encontré con Óscar pinchando. Me saludó y me dijo: «Atento, Pablo, mira qué pasada», y puso nuestro primer single, «El 28», que ya había empezado a sonar en la radio. Al llegar al estribillo bajó el volumen por completo y se quedó la gente cantando. Joder, qué impresión. No me lo esperaba. «¿Has visto? Enhorabuena, tío. Lo habéis conseguido», me dijo con una sonrisa que no se me olvida. De pronto pude constatar lo que estaba pasando con nosotros: que nuestra música empezaba a colarse en momentos cotidianos de la vida de la gente como en una noche de fiesta. Fue muy emocionante.

En El Dionis nos vimos con fuerza para negociar un caché por

primera vez. Mandamos a Xabi y a Luis, nuestros hombres más duros e implacables, a aquel bar de la parte vieja, frente al ayuntamiento. Nos ofrecían 5.000 pesetas y mis compañeros estuvieron muy sólidos reclamando enérgicamente redondear a 6.000 pesetas para que cada uno de nosotros llegase a las 1.000. Lograron su objetivo con una mezcla de pena y firmeza, sin lugar a dudas más de lo primero. Hoy puedo decir con orgullo que nuestro primer caché ascendió a 36 euros.

La noche anterior salimos a cenar y a Amaia se le alargó la sobremesa. Le puede pasar a cualquiera. Pero al día siguiente se levantó sin voz. Nada. Cero. No sabíamos qué hacer. Lo hablamos con el responsable del bar y no sé cómo llegamos a la conclusión de que las yemas de huevo eran el remedio que necesitábamos. La pobre Amaia comió yemas crudas una detrás de otra. Si no fueron seis no se tragó ninguna. Al final la voz se fue calentando y salvamos el concierto. La verdad es que sufrimos mucho, estuvimos muy pendientes de ella. Nos llevamos un buen susto, pero la gente lo disfrutó a tope. Aquel día Amaia demostró de qué pasta estaba hecha: asumió lo de la noche anterior, tiró para adelante y sacó el bolo. En más de setecientos conciertos que dimos con ella siempre fue así.

Otro concierto que resuena en mi memoria de las primeras veces es el de El Muro porque mi padre estaba entre el público. Mi madre y mi hermana no se habían perdido ninguno, pero para él no era tan sencillo hacer algo así en aquella época. Era un bar situado en Sagües, en el barrio de Gros, pequeño, hasta arriba de gente, en el que si la cosa se ponía fea era una ratonera, pero tenía muchas ganas de vernos. Yo no se lo propuse, vino porque quiso, asumiendo la situación. Recuerdo estar más nervioso de lo habitual, pendiente de él. Le encantó Amaia, le encantó su voz y le encantó conocerla. Desde aquella noche entre ellos comenzó una relación muy especial de admiración mutua que duró siempre.

Esos primeros meses hasta el verano se llenaron de ensayos y conciertos. Empezamos a buscar huecos entre semana para quedar y

con ello se multiplicaron las citas. Yo solía llegar el primero, seguido de Haritz. El resto… era una incógnita. Casi treinta años después —y muchos disgustos mediante— Xabi le ha pillado el truco a lo de la puntualidad; Álvaro sigue estable en lo suyo, aunque ha perfeccionado estrategias como la de llegar en hora pero después de olvidarse algo en la habitación del hotel, es decir, creando un espejismo.

Se volvió tan habitual la espera que Haritz y yo adquirimos la costumbre de matar ese tiempo tocando el *Unplugged* de Nirvana, que nos sabíamos de memoria. Apenas nos saludábamos Garde se sentaba en la batería, yo enchufaba mi flamante Epiphone Les Paul Custom y arrancábamos con «About a Girl», «Come as You Are» e íbamos siguiendo el orden del disco hasta que llegaban los demás. En alguna ocasión lo llegamos a tocar entero. Sabíamos qué tema venía a continuación y no necesitábamos ni hablar, bastaba que Haritz marcara el tiempo de la canción con sus baquetas.

La amiga Montero se subió en el coche de la impuntualidad con Álvaro, Xabi y Luis, y además se puso al volante. Para hacer frente al desmadre, decidimos imponer multas a quienes se retrasaran más de quince minutos. Le abrimos la panza a una botella de plástico de un okey de chocolate y nos sirvió como hucha durante una temporada. Fijamos la sanción por llegar tarde en 100 pesetas y llegamos a reunir más de 3.000. Algunos entraban al local ya con las 100 pelas en la mano. Lo apuntábamos en una libreta y a final de mes comprobábamos las infracciones. El récord oficial —más de una hora— lo ostenta Luis, mientras que Amaia desarrolló una mágica regularidad en sus impuntualidades. Había excusas tan increíbles que ahora lamento no haberlas anotado también, porque algunas merecían pasar a la posteridad. Finalmente tuvimos que retirar la medida porque se convirtió en un foco magnífico de broncas que afectaban a los ensayos.

Nuestro tercer local, muy cerca del estadio de Anoeta, tenía una cafetería encima, Isabel, donde desayunábamos todos los días. Quedábamos sobre las nueve de la mañana porque nos gustaba darle cierta rutina de oficina a nuestra labor, alejada de ese ambiente nocturno, botellas de importación escocesas y dominicanas, latas rojas

espachurradas, chapas por el suelo y mucho humo denso como dictan los estereotipos de la bohemia y del rock. Nuestro estilo de vida era otro: nos gustaba llegar frescos y recién duchados a ensayar. Hemos salido y celebrado muchísimo juntos —hemos tenido mucho que celebrar—, pero para componer siempre elegimos un espacio sobrio, serio y disciplinado. No hemos sido un grupo de excesos y esa es una de las claves de que llevemos juntos más de veinticinco años. El otro camino es el que acaba destruyendo a la mayoría de las bandas porque la convivencia se vuelve insoportable y los choques constantes, resquebrajando las relaciones y la confianza. Solo aplicamos el manual del buen rockero en la primera gira, en la que no perdonamos ni un posconcierto. En nuestro mundo no es fácil separar la parte festiva de la profesional porque muchas veces van de la mano. Es una línea muy borrosa que por suerte aprendimos a distinguir pronto.

La cuestión es que aproveché uno de aquellos largos desayunos para advertir, sobre todo a Xabi y a Amaia, de que me iría del ensayo superados los veinte minutos de retraso. Mi paciencia había llegado al límite, pero no le dieron mucha importancia: al día siguiente tuve que cumplir mi palabra. A la media hora de esperarlos, les dije a Haritz y a Álvaro que de mi tiempo disponía solo yo, nadie más, y me fui. Amaia no se lo tomó muy mal, pero Xabi se enfadó bastante. Aquella mañana compusieron la melodía de «Perdida», tercer single de *Lo que te conté mientras te hacías la dormida.* Sabían que tenían algo muy especial, estaban muy emocionados. Me la enseñaron al día siguiente y me pareció una pasada. Ya en aquella época los enfados nos duraban muy poco. Ahora, menos todavía. La línea melódica era muy agradecida para escribir el texto y Amaia me presionó diciéndome que la letra tenía que estar a la altura porque le encantaba. Es habitual que la melodía de una nueva canción se repita en bucle en la pletina del cerebro y en el momento que menos lo esperas te asalte un verso que puede funcionar. Eso fue lo que me ocurrió nada más volver del ensayo. Frente al frigorífico de casa de mis padres, buscando algo de comer, me sobrevino el comienzo del estribillo: «Me dejé llevar por una tontería». Lo de que el hambre agudiza el ingenio subtitula mi cara de

aquel día. «Perdida» es una canción muy especial para mí y el recuerdo más entrañable de tantos años de impuntualidad.

En la Nochebuena de 1995, Denon Artean puso en marcha una iniciativa en solidaridad con José María Aldaya y las demás víctimas del terrorismo, a la que decidí sumarme. Consistía en llevar a cabo un encierro y un ayuno la noche del 24 de diciembre en el albergue La Sirena, en el monte Igueldo. Fue una experiencia emocionalmente exigente. Revisitando aquel momento regresa a mi boca la amargura que me dejó. A mis diecinueve años, estar allí solo, lejos de mi familia y de la guitarra del abuelo, en un ambiente frío y sombrío, de mucha preocupación, en el que la tristeza saltaba de litera en litera y cada conversación terminaba con un suspiro que apagaba la esperanza, se me hizo muy duro. No esperaba que me pesara tanto. Fue un pequeño gesto para abrazar e intentar transmitir algo de calor tanto a la familia de Aldaya como a tantas otras familias que no podrían reunirse con sus seres queridos en Navidad por culpa de ETA.

Entre los cafés y las reflexiones, no dormí ni un minuto. A la mañana siguiente, día de Navidad, y después de asistir a una rueda de prensa que dio el alcalde Odón Elorza, volví a casa con los míos. José María Aldaya no pudo ver a su familia hasta el 18 de abril.

El 17 de enero de 1996, José Antonio Ortega Lara, funcionario de prisiones, fue secuestrado por ETA, quien exigía para su liberación el traslado de los presos a cárceles vascas. Pasó 532 días enterrado vivo en un zulo del que existe una reproducción que puede visitarse en el Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo en Vitoria. La visita es sobrecogedora ya que el espacio está recreado exactamente igual. Al entrar en él e imaginarme casi dos años cautivo allí me sobrevinieron algunas preguntas: ¿qué nivel de deshumanización es necesario para hacer algo así? ¿Y para justificarlo? ¿Qué grado de desconexión emocional puede llevar a una parte de la sociedad a no sentir la mínima compasión para movilizarse en la calle?

Las muestras de rechazo se intensificaron en Donostia. También las contramanifestaciones por parte del mundo radical. Gesto por la Paz recuperó el lazo azul, una iniciativa cuyo origen se remonta al secuestro de Julio Iglesias Zamora en 1993 y que consistía en lucir un lazo azul de manera visible para mostrar el rechazo a ETA y sus acciones.

La decisión de llevarlo añadía un grado más al miedo, ya que en cualquier momento podías sufrir un encontronazo más o menos grave, como el tortazo que se llevó un amigo sin mediar palabra. Las agresiones se transmitían rápidamente entre nosotros y nos desanimaban mucho. Si, por un lado, te reafirmaban en la necesidad de posicionarte, por otro había que sacar adelante las rutinas del día a día con esa sombra persiguiéndote. Yo salía a la calle con el lazo y con mucho miedo. Y eso que Donostia era diferente. La presión en los pueblos se vivía con mayor intensidad.

Dice José Antonio Marina que «somos seres cobardes que aspiramos a ser valientes». Recuerdo el conflicto interno terrible que me provocaba cada mañana: tenía muchas ganas de quitarme el lazo del abrigo y salir tranquilo, pero había algo que me lo impedía. El miedo es una emoción natural y el valor, una respuesta frente a ese miedo. Yo lo encontraba en unos principios éticos a los que intentaba no renunciar, pero no siempre pude y alguna vez me lo quité. Era una lucha constante, emocionalmente agotadora. La mayoría de San Sebastián, como no podía ser de otra manera, estaba en contra de los secuestros de Aldaya y de Ortega Lara, pero muy pocos exteriorizaban su rechazo. Cuando me cruzaba con alguna persona con el lazo azul me sentía reconfortado y me animaba a seguir llevándolo; me daba valor.

«¡Hombre, Pablito! ¿Cómo estás?», me decía Fernando Múgica con esa voz tan personal cada vez que venía a casa y le abría la puerta. Acto seguido, siempre me daba dos besos. Tenía mucha presencia, pisaba escenario con seguridad, llenaba cualquier lugar con su carisma. Lo recuerdo entrando en casa —una de tantas veces— con una especie de

poncho verde oscuro para protegerse de la lluvia en la moto, y decirme con el casco en la mano y las gafas medio empañadas:

—¡Hombre, Pablito! ¡Cómo has crecido! —Y reírse con esa risa tan suya antes de rematar con—: ¡Joder, cada día te pareces más a tu padre!

—Sí, sí, se parece mucho, pero mejorado —le respondía mi madre mientras se reían los dos.

Era divertido, irónico y muy alegre. Arrollador. En una de aquellas visitas, mi madre y él acabaron cantando canciones francesas en la cocina. Yo miraba alucinado el espectáculo de ambas voces empastando de maravilla.

Un martes oscuro, frío, plomizo, lluvioso, de los preferidos por ETA para destrozar vidas, llamaron a casa y descolgó mi madre. Yo acababa de llegar de clase y solo estábamos nosotros dos. Una amiga suya quería avisarnos de que había habido un atentado contra un dirigente socialista en el centro de San Sebastián, aunque no sabía de quién se trataba. Pusimos la tele de inmediato y, como no decían nada, encendimos la radio. Escuchamos que había tenido lugar un tiroteo contra un dirigente socialista que podría ser Fernando Múgica en la calle San Martín. No dijeron más, tampoco si estaba vivo o muerto. A mi madre se le escapó un incontrolado «Nooo, no puede ser. El Poto, el Poto» mientras se movía sin dirección por el salón con las manos en la cabeza, la cara desencajada y su mirada de angustia. Tengo aquellos momentos muy confusos en mi memoria, pero sé que le pregunté:

—*Ama*, ¿vamos?

—Sí, sí, vamos —respondió mientras repetía—: No puede ser, no puede ser…

Nuestra casa estaba a tres minutos a pie del lugar del atentado. Cogimos lo primero que vimos y salimos con el estómago encogido. El ascensor nos pareció demasiado lento, así que nos lanzamos por las escaleras de dos en dos mientras nos poníamos los abrigos. La urgencia por saber nos devoraba. Ya no tendríamos más noticias hasta que llegáramos allí: si se trataba de Fernando, si seguía vivo... Cruzamos la calle Urbieta hasta el Buen Pastor sin que nuestros pies tocaran el

suelo. El corazón galopaba y llegamos sin aliento.

Hay una escena en la serie *Patria* en la que Bittori escucha los disparos y baja corriendo las escaleras de su domicilio porque sabe que han asesinado al Txato, su marido. La secuencia es tremenda, de una angustia insoportable. Cuando la vi, fue como si me agarraran del cuello y, levantándome los pies del suelo, me lanzaran a aquel 6 de febrero de 1996; me quedé paralizado, me di cuenta de que nunca procesé aquel momento bajando los cinco pisos a toda velocidad junto a mi madre. Ese día, frente al televisor, recuperé de golpe las sensaciones que tenía enterradas donde se esconde el material radiactivo de las experiencias tan dolorosas. Me sacudió de golpe la memoria involuntaria con sus emociones intactas porque, como decía Proust, era un recuerdo que venía del olvido. Eran sensaciones vivas encerradas en una cápsula del tiempo que regresaban con una intensidad hiperrealista. Veinticinco años después, rompí a llorar como se lloran los recuerdos con arrugas, sin mover un músculo de la cara y dejando que las lágrimas eligieran su camino hasta empapar el cuello de la camiseta.

Pasamos delante de la catedral y vimos la calle San Martín llena de luces nerviosas de los coches de policía y las ambulancias. La zona estaba cortada y acordonada. Continuamos hasta allí y nos encontramos de frente con Bárbara, la viuda de Enrique Casas, que se dirigía hacia nosotros. En su mirada traía la peor de las noticias: era Fernando y estaba muerto, lo habían asesinado.

Noté la descarga de adrenalina en la boca, en los dientes, y sentí un pitido lejano en los oídos. Tuve la sensación de estar ido. A partir de la confirmación de Bárbara mi recuerdo se vuelve más confuso, y el de mi madre también. Sé que regresamos a casa, pero no lo que hice las siguientes horas. Se me baja el telón de la memoria hasta esa noche, en que fui a la casa del pueblo de Prim a buscar a mi padre recién llegado de Bilbao. Una vez más, estaba de precampaña cuando le atropelló la noticia.

Yo solo quería estar con mi padre, darle un abrazo. La imagen que encontré al abrir la puerta no se me olvidará nunca: había un humo

espeso de tabaco, una niebla baja cargada con el dolor y la rabia de los que allí estaban. La luz del techo, blanca, fría, se difuminaba con el humo y daba al ambiente un tono todavía más tétrico. No tenía ventana ni ventilación, por lo que el aire estaba muy cargado. Mi padre y Enrique Múgica, hermano de Fernando, estaban sentados a una mesa pequeña situada en el centro de la habitación. El *aita* me vio y me dijo en un tono suave: «Pablo, pasa, saluda a Enrique». Me acerqué y le di dos besos, como hacía siempre con Fernando, y después le di otros dos a mi padre.

El silencio mandaba allí. Había mucha tristeza contenida. Sin lágrimas. Eso me llamó la atención. En aquella habitación todos eran conscientes de que, dentro de su compromiso político, esa era una posibilidad real. ETA había golpeado el corazón de aquella familia socialista guipuzcoana, pero los líderes —aunque fueran su hermano y su íntimo amigo, mi padre— debían dar ejemplo, mantenerse fuertes y transmitir al resto del partido que no iban a poder con ellos. Sé lo que significaba Fernando para mi padre y sé cómo su asesinato lo reventó por dentro, pero una vez más era el momento de ejercer el liderazgo que requería la situación, controlar los ánimos y preparar las respuestas. Las lágrimas llegarían en la intimidad de casa. Aquella noche le escuché llorar sin consuelo encerrado en la soledad de su baño.

Al día siguiente, por la mañana, convocamos en la casa del pueblo a las diferentes juventudes de los partidos políticos para consensuar un comunicado de rechazo conjunto y salir en una manifestación antes del entierro, programado para las cinco de la tarde. Vinieron Borja Sémper y Juan Azpiazu (PP); Eneko Goia (PNV y actual alcalde de Donostia); un representante de Ezker Batua (Izquierda Unida), y Arritxu, Mónica y Enrique Ramos (PSE). Fue muy sencillo. De hecho, comentamos con orgullo que mientras los «mayores» no se ponían de acuerdo, nosotros en quince minutos ya teníamos un comunicado de rechazo y un lema para la manifestación. Mientras redactábamos el comunicado, Xabi y Haritz rotularon la pancarta en una sala adyacente con el mismo lema de la manifestación por Gregorio Ordóñez: «Sin tolerancia, ¿qué nos

queda?». Más de mil jóvenes participaron en la manifestación que convocamos en el Buen Pastor, justo al lado de donde lo habían asesinado y donde depositamos flores.

Después acompañé a mi familia al entierro. En el cementerio de Polloe, el dolor y la rabia eran mucho más explícitos que en aquella habitación de la calle Prim. Había muchísima gente y se escuchaban gritos contra ETA y «Viva la libertad». Las lágrimas se mezclaban con la lluvia y el granizo y los paraguas se daban la vuelta con las fuertes rachas de viento. Pero en días como ese, es la tristeza la que cala hasta los huesos y el desasosiego el que humedece la ropa. Al entierro fueron los máximos representantes de los partidos políticos y del Gobierno. Felipe González, Alfonso Guerra y José María Aznar, entre muchos otros.

Resulta sobrecogedor escuchar cómo los compañeros de partido despiden a un amigo caído cantando «La Internacional», himno del movimiento obrero. Hay veces que suena lenta, grave, abatida; otras, en cambio, lleva rabia, el tempo es más alto, suena combativa y transmite «seguimos en pie», pero siempre respetuosa con los demás difuntos del cementerio. Lo he vivido muchísimas veces en Polloe y me resulta emocionalmente demoledora. Aunque luzca el sol, desde que comienzan los primeros versos, a mí se me hace de noche, me invade una gran tristeza. Nunca la he cantado. Siempre he dejado que el coro de voces me envuelva mientras lucho por contener las lágrimas con la mirada fija en mis zapatos. Cuando la escucho, me voy automáticamente a Polloe, a las calles donde he presenciado el dolor más crudo, más atroz. Tanto es así, que mientras abandonaba el cementerio después de haber enterrado a mi padre, me imaginé el dolor de los hijos de sus amigos asesinados por ETA haciendo ese mismo recorrido. Si yo abandonaba el cementerio roto, ¿cómo debía ser su dolor? Me pareció inabarcable, de una dimensión y una hondura que convertían el mío en ordinario.

Diez días antes del atentado iba por la calle Easo con un íntimo amigo a

cenar cualquier cosa antes de quedar con el resto de la cuadrilla y reconocí a Fernando Múgica parado en un semáforo con su moto. Él también me vio, se paró y me dijo:

—¡Hombre, Pablito! ¿Cómo estás?

—Bien, Fernando. Vamos a cenar algo y luego hemos quedado con los amigos —contesté.

—¿Y adónde vais a cenar?

—Comeremos un bocata aquí cerca.

—Tomad, para que cenéis algo mejor que un bocata o para lo que queráis. —Maniobró con su moto subiéndose a la acera, se metió la mano en la chaqueta, sacó la cartera y nos dio un billete de 5.000 pesetas.

Se lo agradecí e intenté negarme, pero él insistió y acabamos aceptando. Nos quedamos los dos alucinados. A esa edad, 5.000 pesetas daban para mucho. Qué alegría, estábamos felices. Mirábamos el billete como si no nos lo creyéramos. La noche no podía empezar mejor. «¡Qué majo!», dijo mi amigo, y nos fuimos a cenar mano a mano a un restaurante chino que había en Reyes Católicos. Se nos hizo raro, como de mayores, pero lo disfrutamos mucho. Nos cambió el ritmo de una noche que nunca olvidaré, la de la última vez que vi a Fernando Múgica.

Al día siguiente del atentado llamé a mi amigo y le pregunté si iba a venir a la manifestación. Me respondió que no. Le recordé, por si no había caído, que el asesinado era Fernando, aquel tipo generoso y extraordinario que nos había regalado una noche especial días atrás. Su respuesta fue que él pasaba de esas «movidas» y que no iría a la manifestación. Ni siquiera intenté convencerle, me lo había dejado claro. Él no tenía dudas y yo no tenía fuerzas. Sentí una desazón muy grande, como si me hubieran echado un cubo de tristeza sobre los hombros. Estaba muy bajo, muy tocado, y su respuesta me hundió más. No era tanto el hecho de acompañarme como de ver que no estaba conmovido, que no compartíamos tristeza ni rabia. Nada. Sabía que para él esas «movidas» estaban por encima de mí y mis sentimientos, pero diez días antes había estado con el asesinado y creí que eso podía

haberle pellizcado el estómago, haber removido algo dentro de él para que diera el paso de venir a la manifestación. Me dejó muy triste. Me sentí solo.

Me queda grande analizar el colapso ético de una sociedad que miraba mayoritariamente hacia otro lado mientras secuestros y asesinatos se sucedían. Me he planteado muchas veces cómo es el proceso por el que la indiferencia frente a la injusticia se convierte en normalidad; que la falta de reacción no suponga moralmente un sinvivir; qué factores te llevan a crear excusas para sentirte cómodo no haciendo nada.

El miedo es un potente inhibidor de la empatía, y el mundo radical lo tenía muy claro. Por eso aumentaron la presión en todos los flancos con asesinatos, secuestros, contramanifestaciones, quema de autobuses y contenedores, el hostigamiento a quienes lucieran el lazo azul y la escenografía de carteles y pintadas en apoyo a la banda terrorista. El miedo es el gran protagonista —aunque no el único— de esta historia.

A lo largo de los años he preguntado a muchos de mis amigos y conocidos por qué no salían a manifestarse por los atentados o para pedir la liberación de las personas secuestradas en momentos como aquel. Muchos admiten que sintieron miedo, tanto a ser señalados como al rechazo social en su entorno. Otros reconocen que no hicieron nada porque les daba exactamente igual: preferían seguir con su vida, no renunciar a salir por ahí, o les daba simplemente pereza. Algunos amigos nacionalistas, en un sincero ejercicio de autocrítica, achacan su falta de implicación a la sensación de que aquello no les interpelaba porque la amenaza de ETA recaía sobre la parte de la sociedad no nacionalista. También me he encontrado con la excusa de que si iban a la manifestación de «unos» tendrían que ir a las de los «otros» y como no estaban de acuerdo del todo con ninguno, no iban a nada. Por último, para muchos la lucha por la independencia del pueblo vasco era una misión tan grande que liberaba de la moral. Frente a tamaña empresa, los códigos éticos se iban borrando como una calcomanía en la piel. Existía algo superior que conseguía que asesinar a alguien por la espalda de un tiro en la nuca en presencia de su hijo no se convirtiera

en insoportable, porque el objetivo era grandioso.

ETA logró dividir a la parte de la sociedad vasca que estaba en contra de sus asesinatos entre los que tenían conciencia de ello y los que no; es decir, los que sentían irremediablemente la necesidad de responder pacíficamente como sociedad a la agresión que suponía el asesinato de un vecino, y aquellos a los que no se les movía nada dentro cuanto esto ocurría aunque estuvieran en contra. Consiguió bloquear el sentimiento de compasión que hace que sintamos el dolor ajeno y nos lleva a ayudar a quien lo sufre. Ese «yo no quiero líos» o «paso de esas movidas» hicieron muy fuerte a la banda terrorista. La indiferencia de esa parte de la sociedad a la que le costó reaccionar en la calle le dio mucho aliento, mucha vida; auspiciada también por algún partido político vasco que jugó a la ambivalencia durante mucho tiempo y que supo sacarle rédito político.

Tengo amigos que se lamentan de no haber hecho nada en su momento y siempre les digo que quedan muchas cosas por hacer. Somos padres de la primera generación de niños que van a crecer sin terrorismo en Euskadi y siento que tenemos la responsabilidad de contarles qué pasó. Por la dignidad de las víctimas y su memoria no podemos dejar que circule el olvido. En una sociedad plural como la vasca, siempre habrá distintos puntos de vista que tienen su origen en diferentes experiencias. La biografía de cada uno es la que es y eso ya no tiene vuelta atrás. Lo que sí está en nuestra mano es el futuro, que, en buena medida, pasa por lo que transmitamos a las próximas generaciones.

El germen de lo que fue ETA no se ha esfumado. El odio al «otro» sigue ahí. Lo sé porque su brisa ya ha acariciado a alguno de mis pequeños y es desolador comprobar cómo todavía hay padres que no han aprendido nada. Nuestros hijos son la generación que puede mantener latente ese odio y seguir transmitiéndolo hasta que vuelva a brotar o, por el contrario, la que comience a enterrarlo.

«Matar a un hombre no será nunca defender una doctrina, será siempre matar a un hombre», le dice Castellio a Calvino en el libro de Zweig. Los valores opuestos al totalitarismo y el asesinato tienen que

estar muy claros en una sociedad. Si no están bien apuntalados, parecerá que exponerse es inútil y será fácil adoptar cualquiera de las posturas cómodas que inevitablemente desembocan en no hacer nada: dejar que otros odien permite que el odio se desarrolle; no desmontar ese odio con argumentos favorece que se siga propagando; no compartir los medios, pero despreciar igualmente a la víctima, es ayudar a que ese odio circule abiertamente. En una sociedad que ha pasado por lo que nosotros hemos pasado, los grandes mensajes humanistas deberían ser el centro sobre el que vertebrar todo lo demás.

Las maquetas son la tarjeta de presentación de cualquier grupo. Necesitábamos una para tocar en los bares, mandarla a las radios y participar en los distintos concursos que había en la ciudad.

Queríamos dejar de lado las versiones y grabar temas originales nuestros. Improvisando en el local había salido alguna idea. Sobre cualquier base armónica que podía venir de un riff de guitarra o unos acordes de teclado, especialmente Xabi y Amaia comenzaban a crear líneas melódicas que íbamos uniendo hasta tener una estructura de canción. Amaia tenía el superpoder de hacer melodías cantando en una especie de idioma que parecía inglés pero que no lo era. En una ocasión, después de un concierto, la felicitaron por su nivel en la lengua de Shakespeare. Es cierto que daba el pego, pero hasta el punto de darle la enhorabuena… no sé si era.

Nadie nos enseñó. Nos movíamos por intuición e imitábamos los esquemas de las canciones de otros grupos que nos gustaban. No teníamos un método, todo era instinto. Conforme avanzábamos en las composiciones, creamos un lenguaje propio para entendernos entre nosotros lejos del lenguaje ortodoxo musical. En ningún momento echamos de menos no saber armonía o leer un pentagrama. Casi treinta años después, seguimos sin necesitarlo. De hecho, es probable que si alguno de nosotros hubiera tenido formación musical, aquellas primeras canciones no destilarían la naturalidad y la frescura que tienen.

«Quisiera» abría la maqueta, compuesta por cuatro temas. Fue mi primera letra y partía de la adaptación de un poema que le escribí a una chica que me gustaba y que nunca llegué a darle. Por suerte, esta canción no llegó a ningún lado y se quedó a dormir para siempre en esa maqueta. Menos mal, la letra era terrible. Las otras tres canciones eran «The Worst Nightmare», «One of These Days» (ambas tendrán un bonito destino, como contaré más adelante) y «Don't Let Them».

Teníamos las canciones, pero no sabíamos dónde grabarlas y —aún

peor— no teníamos dinero. Nos hablaron de un estudio, Rockets and Popets, en la falda del monte Ulía, que podría ajustarse a nuestro presupuesto, que en ese momento era cero. El dueño nos explicó que dos días en el estudio de grabación salían por 40.000 pesetas (240 euros) que, por supuesto, no teníamos. Nuestra única fuente de ingresos entonces era el dinero que nos daban en casa para comprar los apuntes en la fotocopiadora de Derecho. Así que lo empezamos a guardar en un bote común y conseguimos reunir la cifra.

Nunca antes habíamos estado en un estudio y no teníamos ni idea del proceso. Lo desconocíamos todo: no sabíamos si grabar juntos o por separado, tampoco habíamos usado nunca un metrónomo. Al final decidimos grabar todos a la vez. Nos presentamos allí con nuestras mejores galas: Xabi llevó su DX7; Álvaro su Maison color fucsia; Luis una Epiphone Sunburst que se acababa de comprar; Haritz la Paca, y yo fui con mi Epiphone Black Beauty, que cada día me gustaba más. Poco a poco hicimos sonar aquellas canciones en el estudio. Fue una experiencia muy chula ver cómo pasaban esas ideas etéreas a hacerse de carne y hueso. Estábamos locos por llevarnos una copia de la maqueta y escucharla en casa en bucle, pero se nos había olvidado el dinero. Prometimos al dueño pagarle al día siguiente sin falta, pero su respuesta fue contundente: «Sin la pasta no suelto la maqueta». Nos quedamos los seis procesando la frase con la boca abierta, igual que un niño cuando no se espera una negativa.

Cuando por fin pudimos llevárnosla, hice copias para todos en la cadena de doble pletina de mi padre. Recuerdo llegar a casa y ponerla una y otra vez. Escuchar en mi cuarto las canciones, la voz de Amaia, las guitarras, cada instrumento… Todo era nuestro, lo habíamos creado nosotros. No podía dejar de escucharla, me parecían las cuatro mejores canciones del mundo. Me recorría el cuerpo una plenitud desconocida. Aquella maqueta era la constatación de que el grupo era una realidad.

Decidimos mandarla a un concurso promovido y organizado por Los 40 Principales: el Pop-Rock Ciudad de San Sebastián. Si seleccionaban tu maqueta llegabas a la final, que se celebraba durante la Semana Grande en un escenario enorme situado en el paseo Nuevo, al pie del

monte Urgull, con luces, sonido y espacio para tocar a gusto. El premio para el ganador consistía en la grabación de un EP con cuatro canciones.

No nos seleccionaron. Teníamos la autoestima disparada y lo encajamos mal. De hecho, en uno de los conciertos de aquella Semana Grande, Amaia y Xabi se presentaron muy dignos frente a Imanol Alberdi, director de la radio, para pedirle explicaciones. Defendieron con vehemencia que nuestra maqueta estaba compuesta por canciones originales a diferencia del resto, que en su mayoría eran versiones. Imanol estuvo encantador y manejó con mucho cariño a Montero y a San Martín. Con la perspectiva que dan los casi treinta años transcurridos, fue lo mejor que podía habernos pasado: la maqueta era realmente infumable; el hecho de que no nos seleccionaran no hace más que dar prestigio y credibilidad al concurso y a su criterio de selección y, además, su rechazo nos sirvió de motivación extra para presentarnos al año siguiente.

Gaztemaniak era una iniciativa promovida por la Diputación de Guipúzcoa para promocionar la música local a través de conciertos y publicaciones. Al frente estaba Sergio Cruzado, que se fijó en nosotros y nos llamó para participar junto a unos cuantos grupos más de la escena local en una revista que estaban a punto de lanzar. Fue la primera vez que nos hicieron fotos como grupo. Gracias a Gaztemaniak nos surgieron conciertos por la provincia, como el del teatro de Mondragón, del que recordamos una excursión a lo Goonies muy emocionante, casi a oscuras, entre bambalinas buscando escondites, pasadizos y sintiendo la adrenalina de lo prohibido. A la vuelta de ese concierto nos pasó lo que más tarde bautizamos como una «Orejada», que consistía en llegar al local de ensayo y que nadie tuviera llaves. Qué disgusto. A las dos y media de la madrugada tuvimos que esperar a que Haritz se acercara hasta su casa a por las llaves para vaciar su coche de instrumentos.

Otro de aquellos conciertos tuvo lugar en Ordizia. Se trataba de un festival con varios grupos. Nada más llegar nos avisaron de que

empezaríamos más tarde de lo previsto. La actuación siguió retrasándose hasta que, mientras veíamos tocar a Erga Omnes, una banda de allí que nos gustaba mucho, observamos que paraban el concierto para dejar pasar una manifestación en favor de los presos de ETA con sus fotos, sus pancartas y sus antorchas. Eran ya las dos de la madrugada, aún no sabíamos a qué hora saldríamos, teníamos que volver a Donostia y empezamos a sentirnos incómodos en aquel ambiente. Decidimos irnos. Como no encontramos a nadie para dar el aviso, cogimos nuestros coches y nos volvimos a casa. Nadie nos echó en falta.

Un inolvidable día nos avisaron de que Pablo Cabeza, locutor de Radio Euskadi, quería poner «The Worst Nightmare» en su programa. Qué emoción. Sonar en la radio era algo que no esperábamos, sobre todo después del palo del concurso de Los 40 Principales. Era una única tocada en su programa, pero nos hacía una ilusión tremenda, hasta el punto de quedar para escucharlo juntos. Fui recibiendo a mis compañeros en casa y traían caras de día grande. Cuando Pablo Cabeza nos presentó y pinchó la canción se me pusieron los pelos de punta, nos abrazamos y nos pusimos a saltar eufóricos. Qué sensación más bonita la de escuchar el nombre del grupo y sonar por primera vez en la radio. Mi madre preparó unos cócteles para la ocasión y brindamos por nuestra primera vez. Mi habitación se convirtió en una fiesta.

Desde la noche mágica de U2 en el velódromo no paré de ir a ver conciertos; necesitaba volver a sentir aquella sensación. Viajé a Madrid para reencontrarme con la banda irlandesa, y también vi a Michael Jackson, Aerosmith o Extreme. Por Donostia pasaban los mejores artistas nacionales e internacionales y aproveché para escuchar en directo a Metallica, Pearl Jam, R.E.M., Bon Jovi, Roxette, Peter Gabriel, Bryan Adams, Texas, El Último de la Fila o Mecano.

Texas me fascinaban. Me encantaba su sonido y la voz de Sharleen

Spiteri. Conseguí llegar a segunda fila en el velódromo, justo delante de ella y de Ally McErlaine, el guitarrista. No podía dejar de mirarlos, eran reales. Me situé en ese lugar de abandono y sumisión del que contempla algo que admira profundamente. Flotaba fuera de mi cuerpo. No sentía empujones, ni pisotones, ni calor ni sed. Estaba ido, absorto y, en cierta medida, alienado, como si fuera una marioneta que manejaban con los hilos de su música. No me había pasado nunca, ni me volvió a pasar. Supongo que mi juventud fue un factor importante, pero años después me ayudó a entender algunas reacciones de nuestros fans. Yo también estuve ahí.

Quién me iba a decir a mí que cinco años más tarde no solo iba a compartir escenario con Sharleen, Ally y el resto de la banda, sino que estaría charlando con ellos en su camerino mientras me firmaban sus discos y Sharleen se arreglaba el pelo con un secador. Me guardo también una conversación maravillosa con Ally a pie de escenario viendo a Chrissie Hynde, de The Pretenders, con los que también compartíamos cartel en aquella gira de tres conciertos.

Roxette me gustaban mucho, pero ningún amigo quiso venir conmigo, así que decidí ir solo. Como estaba empezando a tocar la guitarra, me pareció una idea magnífica llevar un cuaderno, un boli y unos prismáticos para apuntar los acordes y después poder tocar en casa sus canciones. Llegué con tiempo, me senté tranquilamente en la grada y disfruté de cómo iba entrando la gente, del ambiente, de observar el escenario, los operarios todavía subidos en la estructura ajustando luces, los técnicos chequeando líneas e instrumentos, adivinar qué podía ocurrir durante el show, con qué podían sorprendernos; esas primeras filas todavía sentadas en el suelo, la gente de atrás que aprieta, el calor, el humo, la tensión que va creciendo, el hormigueo en el vientre conforme se acerca la hora… hasta que se apagan las luces, el velódromo de Anoeta cruje y todos viajamos a un lugar al que solo se puede llegar a través de un concierto. Salió la banda y se desató la locura. Empezaron a sonar y me acoplé los prismáticos para poder ver los acordes que hacía Per Gessle, a quien muchos años más tarde barajamos como posible productor de *Cometas*

por el cielo. Mientras ajustaba el enfoque de los prismáticos se me escurrió el boli, rebotó en el suelo y se coló, a cámara lenta, por una rendija de la grada. Imposible recuperarlo. Bien, chaval. Ni siquiera había terminado la primera canción y mi plan se había ido al cuerno. De todas formas, yo creía que los guitarristas usaban los cuatro acordes naturales que me sabía, y cuando empecé a ver que no entendía nada de lo que hacían con la guitarra, guardé los prismáticos, el cuaderno, la decepción, me quedé con algo de autoestima y me dediqué a disfrutar de un conciertazo inolvidable.

Un buen día, en una de esas paredes donde antes se pegaban un montón de carteles de conciertos me topé con uno que tenía una vaca con dos tapones en los oídos asomándose por un agujero. Anunciaba un festival de tres días en Escalarre, en el Pirineo de Lleida. Se trataba de la primera edición del Doctor Music y en él actuaban Blur, Patty Smith, David Bowie, Iggy Pop, Lou Reed, Bad Religion y Sepultura, entre un montón más de artistas. Era un planazo que caló enseguida en el grupo. Tendría lugar en el mes de julio y debíamos hablarlo en casa para que no coincidiera con las vacaciones familiares y para conseguir el dinero. Álvaro y Amaia no pudieron apuntarse, pero Xabi, Luis, Haritz y algún amigo más hicimos las mochilas, metimos los sacos de dormir, cogimos las guitarras, nuestra primera maqueta y nos subimos a un autobús a vivir una gran aventura.

Estábamos sobreexcitados. Era la primera vez que nos íbamos de casa tantos días y, además, a un festival de música. En mitad del viaje se nos ocurrió darle al chófer del autobús nuestra maqueta. Nos sentíamos tan orgullosos de ella que pensamos que nuestra música podía ayudar a sobrellevar al resto de los pasajeros aquel largo viaje. El chófer, muy amable, accedió a ponerla y empezamos a sonar por todo el autobús. Me encantaría contar que no hubo nadie que no cantara nuestras canciones a pleno pulmón. Pero no, no fue así. No sabemos si alguien hizo caso; desde luego, no lo exteriorizó. Y casi con toda seguridad interrumpimos alguna siesta. Pero nos daba igual, estábamos

embelesados con nuestra maqueta. Sonaron las cuatro canciones y allí no pasó nada. Nos parecía increíble que la gente siguiera a lo suyo. Cuando el reverse del aparato volvió al principio comenzamos a sentir cierta vergüenza y consideramos que ya era suficiente. Nos miramos y no hizo falta decir nada más. Se levantó Luis, dio las gracias al conductor y recuperó la cinta. Todavía nos quedaba algo de dignidad. Habría sido peor que hubieran rogado que la quitaran.

Nos pasamos los tres días del festival contándole a todo el mundo que éramos una banda y que teníamos una maqueta. Un mediodía nos acercamos a nuestros vecinos de tienda y les pedimos que pusieran nuestras canciones en su aparato reproductor de cintas, pero rechazaron el ofrecimiento con amabilidad. Entre lo del autobús y aquello nos dimos cuenta de que la ilusión y el entusiasmo que manejábamos no tenían por qué ser los de los demás.

La experiencia fue increíble. Tres días de música y colegas que no olvidaremos nunca y que nos hicieron madurar. Sobre todo porque con Sepultura se nos cayó la pelusilla del bigote.

A mediados de los noventa, las grandes bandas de música eran una referencia para todos nosotros; queríamos ser como ellos. Además de las cosas normales que hacen los jóvenes a esa edad, como estudiar, jugar al fútbol o tomar interminables cafés con los amigos, tener un grupo nos permitía vivir algo diferente, salir de las rutinas y, sobre todo, soñar juntos. El grupo empezaba a ser como un agujero negro de nuestro tiempo, prioridades e ilusiones. No existía nada más. Absorbía toda nuestra atención.

Tocar en una banda nos hacía sentir especiales. No tanto por la parte frívola del éxito o de la fama a nivel local como por la idea de pertenecer a algo que trascendía lo individual. A los dieciocho años apenas hay oportunidades de tener un espacio propio porque todo está supeditado al mundo de los adultos, ya sean tus padres, tus profesores o tus jefes. Nosotros teníamos algo que habíamos construido juntos y eso nos daba la libertad —también la responsabilidad— de asumir

compromisos sobre los pasos que íbamos dando. Las decisiones del grupo nos pertenecían a nosotros seis, y nuestra voz era importante en ese universo que habíamos creado. Pronto fuimos conscientes de que por encima de los nombres propios estaba La Oreja de Van Gogh. El narcisismo o la vanidad, en dosis grandes y a medio plazo, son incompatibles con el bien común. Trascender el yo sin anularlo, es decir, poner el talento individual al servicio del grupo, es una de las grandes lecciones de vida aplicables a otros ámbitos como la familia, los amigos o el trabajo. La generosidad, la empatía, la sensibilidad o la inteligencia emocional que hay que tener con los compañeros en muchas situaciones; la capacidad para distinguir un roce debido al cansancio o la presión y no mezclarlo con nada personal, son aprendizajes muy útiles para el día a día.

A menudo enarbolamos la bandera de lo colectivo y del interés general cuando en nuestra esfera más íntima hacemos todo lo contrario. En un grupo de música, el egoísta pita como una olla exprés. Hay poco espacio para el egoísmo. En una sociedad que vive cada día más en la ficción de la individualidad —como si no necesitáramos a nadie más para salir adelante—, compartir un proyecto de vida así nos reafirma en el camino elegido. Hemos evolucionado tanto como especie por nuestra capacidad de colaboración, de relacionarnos, de entendernos y ayudarnos. Un grupo de música es un gran ejercicio a pequeña escala de todo ello. No se me ocurre mejor antídoto para sobrevivir en una sociedad tan ensimismada y narcisista como la nuestra.

Esta es una certeza a la que no llegamos de golpe y menos aún tan jóvenes. Ha sido un aprendizaje a través de los años y de las experiencias. No hay nada mejor para educar el ego que estar obligado a confrontarlo con otros en pro de un equilibrio colectivo. Nosotros nos dimos cuenta pronto de que éramos mucho más fuertes juntos que por separado. Aunque tuviéramos miradas muy diferentes sobre un tema, intentábamos llegar de manera natural a lugares donde todos nos sintiéramos cómodos, leer por dónde respiraba el sentir mayoritario del grupo y ceder. Nunca hemos tenido que votar para tomar una decisión.

Hemos manoseado hasta el aburrimiento algunas de las cuestiones más importantes. Cuando un grupo pondera y debate tanto como nosotros una decisión es más difícil que se equivoque. Y cuando los cinco estamos convencidos de algo nos sentimos invencibles.

Hay pocas cosas más bonitas que no tener un buen día y que el resto de tus compañeros tiren de ti, te protejan y te arropen. Que incluso se priorice el bienestar de uno de nosotros por encima del resto. Puede parecer una contradicción, pero no lo es en absoluto, porque sigue siendo una decisión del grupo.

El local de ensayo era el refugio ideal en aquellos tiempos de enorme tensión en las calles. Nosotros decidíamos qué dejábamos pasar y a qué le cerrábamos la puerta. Los viernes se convirtieron en el mejor momento de la semana. Comprábamos comida, refrescos y algún que otro destilado y nos íbamos para allá. Encendíamos los amplis, el equipo de voces, afinábamos las guitarras y nos dejábamos llevar. Podíamos pasarnos con cuatro acordes en bucle improvisando durante horas, manejando intensidades, ambientes, cediéndonos el protagonismo sin mirarnos, sintiendo lo que nacía de nosotros. Nos colocábamos siempre en círculo, como si las ideas y la música de cada uno fluyeran hacia el centro para encontrarse con las de los demás, alcanzando momentos de éxtasis total que acariciaban lo místico. Hay cosas que se pierden con la profesionalización, o por lo menos a nosotros nos pasó, y esta fue una de ellas: tocar porque sí, sin querer cruzar la meta, aunque después salieran muchas ideas aprovechables. Aquella sensación de dejarse ir y tocar y tocar era maravillosa, liberadora.

Las pequeñas cosas del día a día se abrían paso entre los escombros de la tristeza y la amargura. En ese contexto de miedo y violencia en el que vivíamos, de manera inconsciente nuestra música empezó a contar que en nuestra ciudad también pasaban otras cosas: que nos enamorábamos y sufríamos por amor, que cogíamos el autobús, que nos contábamos secretos al oído, que teníamos sueños, pesadillas y mirábamos la luna tumbados sobre la arena de la playa de La Concha. No era más que un grito de esperanza para recordarnos que en algún momento las flores volverían a crecer donde ahora llorábamos.

La música nos ayudaba a metabolizar la realidad, nos permitía viajar a otros lugares, ventilar la habitación, drenar la contagiosa y heladora anestesia emocional que había a nuestro alrededor, dejar fluir sentimientos y deshacer nudos, descorrer las cortinas y sentir el sol en la cara. Eso hacía que nos encontráramos bien, en paz, relajados.

El rock radical vasco tenía una gran carga política, era parte de su identidad. Tenían mucha rabia que exteriorizar y apretaban desde la provincia. Además de su alineamiento con la izquierda *abertzale*, hablaban de la situación precaria de la juventud, del paro y de las drogas. Nuestro compromiso no tenía partido político, nuestra militancia era con las emociones, el respeto, la tolerancia o el amor. A lo largo de nuestra carrera nunca hemos dado la espalda a esa preocupación y, de hecho, hemos escrito muchas canciones relacionadas con el terrorismo, pero es probable que, vitalmente, necesitáramos que nuestra música fuera en otra dirección. Es curioso, pero, en general, la música que se hacía en la capital expresaba otras inquietudes. Basta con mirar el tono y el discurso de grupos como Duncan Dhu, La Buena Vida, Alex Ubago, 21 Japonesas, La Dama se Esconde o Family para comprender que en la ciudad más bella del mundo —y en la que se produjo el mayor número de atentados de ETA, con casi un centenar de víctimas— sintiéramos la necesidad de hablar de las pequeñas cosas de la vida, esas que acababan imponiéndose incluso en las situaciones más difíciles.

Se puede protestar en una canción sin hacer canción protesta. En muchos de nuestros temas, detrás de una conversación entre padres e hijos, de una historia de amor o una relación de amistad existe un trasfondo de compromiso o denuncia. Siempre nos ha gustado contar lo que pasa a nuestro alrededor, capturar en una canción esas historias mínimas que contienen la esencia de las grandes cuestiones vitales. Llegar a lo universal a través de lo cotidiano.

La escena musical de Donostia era muy potente en los noventa. Grupos como The Cave, The Roadrunners o los mismos Oh Glaucón que ganaban concursos y nos llevaban ventaja en muchos aspectos, aunque nosotros comenzábamos a tener cierto nombre a nivel local. Tocamos en casi todos los barrios de la ciudad y nuestros conciertos en bares se llenaban. Aún no habíamos conseguido subir nuestro caché de las mil pelas para cada uno, pero eso no era lo importante.

Disfrutábamos mucho juntos ensayando y, sobre todo, componiendo. Las versiones nos habían servido para comprender estructuras y lo que nos motivaba ahora era probar con temas nuestros, empezar a nadar sin manguitos. Y así surgieron nuestras primeras canciones. Dábamos prioridad a la composición de las melodías hasta tener una idea general de canción y entonces construíamos lo demás: la base, el arreglo, las capas, los sonidos, los riffs, las intros… La intención de la producción iba siempre orientada a cuidar y potenciar la melodía; en nuestra opinión, la reina de todos los elementos de una canción pop.

Cuando ya teníamos la estructura, llegaba el momento de la letra. En aquellos primeros y desconocidos pasos del camino me ocupé yo principalmente, aunque Xabi también escribió alguna. Como no siempre era capaz de recordar todos los detalles cuando me ponía a escribir, me hice con un walkman grabadora Sony, que todavía conservo. Me llevaba aquellas melodías en cintas TDK y, ya en casa, escribía el texto sobre ellas.

Dar con el tono que pide una canción es como acercarse a un amigo para darle lo que necesita: un buen consejo, un abrazo o simplemente estar ahí sin molestar. Aunque casi siempre la melodía acaba haciendo suya la letra, hay veces que no funcionan y discuten entre ellas. Así fui comprendiendo que hay melodías muy agradecidas donde la métrica es amable con el letrista y te permite expresarte y disfrutar, y otras mucho más difíciles en las que cuesta mucho más llegar a contar lo que quieres.

Después del escaso eco que tuvo la primera maqueta decidimos grabar una segunda con cuatro canciones. Teníamos ya en mente volver a intentarlo en el concurso Pop-Rock y aunque Amaia seguía improvisando en aquel seudoinglés tan particular, nos parecía importante que las canciones fueran en español. Además, era nuestro idioma materno y en el que mejor nos expresábamos.

Con la primera maqueta dimos prioridad a la música y nos quitamos las letras de encima. Pero en esta nueva fase descubrimos que eran un espacio magnífico para contar historias y transmitir emociones. Es algo habitual en los primeros pasos de un grupo, como también es frecuente

que, con el tiempo, las letras adquieran casi más importancia que la música.

Una de aquellas tardes dimos con otra melodía muy especial a partir de un arpegio de guitarra muy sencillo inspirado en una canción de Pearl Jam y que acabó siendo «Lloran piedras». La primera frase del estribillo, «el atardecer sentado en mis rodillas se come una naranja» —que es lo mejor de la letra—, es un verso que tomé prestado de un poema de mi padre. Cuando se lo conté, le encantó la idea. Le hizo mucha ilusión formar parte de una de nuestras canciones.

Teníamos «Escalera a la luna», «De un viejo cuento» y «Lloran piedras». Nos faltaba un cuarto tema para redondear aquella maqueta y compusimos «Dos cristales», canción que nos abriría más adelante alguna puerta importante. Esta vez fue Xabi quien escribió la letra.

Habíamos oído hablar de un tipo, Iñaki de Lucas, que tenía un estudio en Amara, muy cerca del estadio de Anoeta, y que había grabado a La Buena Vida, banda que admirábamos muchísimo y que nos influyó en aquellos comienzos. Aquel estudio era un salto importante a todos los niveles, pero estábamos convencidos de que merecía la pena. Haritz era el único de nosotros que trabajaba, los domingos en la cafetería del hospital de San Sebastián. Los demás tuvimos que ponernos a ahorrar pagas y a destinar —otra vez— el dinero de los apuntes para pagar la maqueta.

Iñaki de Lucas fue muy importante para el grupo en aquella época. Tenía unos ojos azules recostados siempre en dos generosas ojeras que destacaban sobre la palidez de su piel, que apenas veía la luz del sol. Salía del estudio casi siempre de noche para volver a casa a cenar y a primera hora ya estaba detrás de la consola. Tenía mucha experiencia en la grabación y la producción de canciones. Nosotros nos movíamos por instinto y él supo mantener eso al tiempo que nos empujaba en la dirección que buscábamos. Frente al ímpetu arrollador de los veinte años, Iñaki desplegaba calma y paciencia como para repartir en los mostradores de reclamación de cualquier aerolínea del mundo. En su estudio todo se hacía a su velocidad, todo pasaba a su manera, y eso nos vino muy bien. Sentimos que vio algo especial en nosotros. Nos dio

mucha confianza en un momento en el que no estábamos sobrados de ella. Le cogimos mucho cariño.

Después de grabar durante todo el fin de semana, la maqueta estaba lista. Habíamos dado un paso adelante: las canciones eran más redondas, estaban mejor enfocadas y sonaban mucho mejor que en la anterior. Queríamos cuidar todos los detalles y nos pareció vital que tuviera una buena portada. Nos encantaban las que Javier Aramburu había creado para los discos de La Buena Vida. Inspirándose en él, Xabi escaneó una foto de Nico, amiga y musa de Andy Warhol, y diseñó con un programa muy sencillo la nuestra en dos colores, azul y amarillo. Pusimos dos números de teléfono, el de Amaia y el mío, que en realidad eran los de casa de nuestros padres. Encargamos copias y las montamos a mano para distribuirlas entre radios y concursos, e incluso para venderlas. Dejamos unas cuantas a 500 pesetas en el Pokhara y en El Moro, dos de nuestros bares de confianza, que se fueron vendiendo poco a poco.

De aquellas cuatro canciones, «Lloran piedras», «De un viejo cuento» y «Dos cristales» formarían parte de nuestro primer disco, *Dile al sol*.

Mandamos la maqueta a las radios de San Sebastián con la intención de participar en los dos concursos más importantes que había en la ciudad, el de Cadena 100 y el de Los 40 Principales. Gustó mucho en Cadena 100 y nos eligieron para participar en la fase final del concurso a nivel local. ImaginaRock tenía una dimensión nacional y había que ir pasando etapas locales y autonómicas. El ganador conseguía tocar en el Doctor Music de ese año. Hermanas Sister, uno de los grupos que más nos gustó, ganaron en el 96. Las semifinales se celebraron en Frudisk, unas tiendas emblemáticas de Donostia donde se vendían discos y chuches. Preparamos aquel concierto durante semanas. El objetivo de ganar un concurso nos llevó a concentrarnos todavía más en el grupo. Notábamos el cambio de actitud en nosotros, empezábamos a tomarnos la cosa en serio y estábamos decididos a no dejar pasar la oportunidad. Aquel día tan importante Luis no pudo tocar con nosotros, así que recurrimos a Álvaro Manrique, guitarrista de Oh Glaucón, para que le sustituyera. El concierto salió genial y nos clasificamos.

La final se celebraba en Bataplán, discoteca que conocíamos muy bien, y ya con Luis salimos a por todas. La ambición de ganar estaba muy presente y Amaia empujaba mucho en esa dirección. Ella introdujo en el grupo la mirada del ganador, del que se propone algo y no para hasta conseguirlo.

Aquella noche no nos quedamos a gusto con la actuación. Las cosas no salieron como pensábamos, tuvimos algunos problemas técnicos. Cuando llevábamos un par de temas, Haritz me hizo una señal para indicarme que el bombo se le estaba moviendo hacia delante, así que puse el pie para bloquearlo y me pasé el resto del show sujetándolo y tocando de lado. Marruma se alzó con el triunfo. Eran un grupazo que tocaba de maravilla, con unas armonías, unos acordes y unos ritmos que no entendíamos pero que nos fascinaron. Nos fuimos a casa decepcionados.

Ese verano del 97 volvía a celebrarse el Concurso Pop-Rock Ciudad de San Sebastián, que se convirtió en nuestro objetivo principal después del chasco del año anterior en el que ni siquiera superamos la selección previa. Nuestra maqueta gustó mucho y pasamos a la siguiente fase. No sabemos cuánto influyó en Imanol Alberdi aquella conversación con Xabi y Amaia, pero esta vez se ahorró tener que dar explicaciones. Estábamos muy ilusionados.

Preparamos un concierto bastante contundente para las semifinales en el Young Play. Nos lo curramos a fondo y salió muy bien. Quién le iba a decir a una chica de ojos azules que estaba viendo aquella semifinal que once años después iba a cantar con nosotros. Casualidades bonitas de la vida, Leire tenía un grupo de amigos que también actuaban y vio nuestro concierto entre el público.

Ganamos plaza para la final, que se celebraría con un concierto durante la Semana Grande de San Sebastián en la playa de Ondarreta. No podíamos ser más felices.

Dedicamos mucho tiempo y esfuerzo a preparar aquella actuación, la más importante de nuestra vida. En esa época afrontábamos cada

nuevo reto del grupo como el más importante de nuestra vida. Ensayamos todo el verano. Mientras nuestros amigos iban a la playa de Ondarreta a bañarse y a jugar al fútbol o a las cartas, nosotros íbamos al local.

Llegó la Semana Grande y comenzaron las actuaciones. Cada noche tocaba uno de los grupos seleccionados y el último día un jurado decidiría el ganador. Salimos a morder, convencidos de que podíamos conseguirlo; muy unidos, arropándonos entre todos, amortiguando juntos el miedo y con Amaia liderando con el cuchillo entre los dientes a un grupo de colegas con una ilusión desbordante en la idea de banda que estaba naciendo.

Fue una noche muy especial. Nuestras familias y amigos en la playa de Ondarreta dándolo todo, empujando, mientras nosotros tocábamos frente al mar, viendo la isla de Santa Clara iluminada y flanqueada por los montes Igueldo y Urgull. Inolvidable.

El último día fuimos todos a escuchar el veredicto del jurado. No se había filtrado ningún ganador, nadie sabía nada. Y, de pronto, dijeron nuestro nombre. Fue, sin lugar a dudas, uno de los momentos más emocionantes que hemos vivido como grupo. Qué alegría, qué abrazos más auténticos y sentidos, qué necesidad de compartir aquella emoción saltando, besándonos, tirándonos en la arena. Estábamos completamente eufóricos. Nuestras sonrisas no cabían en la bahía.

Lo habíamos conseguido. Ganar aquel concurso en nuestra ciudad fue tocar un cielo irrepetible, de un azul que solo se pinta la primera vez porque después cambia el color de los ojos con los que miras. Hemos sido unos privilegiados, hemos recibido muchos reconocimientos, hemos tocado el cielo muchas veces más, pero nunca ha vuelto a ser tan puro, tan limpio y tan nuestro como el de aquel día. No hay Grammy, Ondas o MTV que iguale la emoción de nuestro primer premio, tan importante en la historia del grupo.

Después del éxito nos sentíamos invencibles. Y, por supuesto, nos fuimos directos a celebrarlo con Fermín a El Moro. La forma de festejar aquella noche fue, como poco, para poner un azulejo con nuestro nombre y la fecha en la pared de entrada del bar. Qué manera de

querernos, de abrazarnos, de compartir, de celebrar. No podíamos soltarnos. Estábamos exultantes.

Al día siguiente, la emoción con Coca-Cola se convirtió en emoción con ibuprofeno. Menudo raquetazo colectivo, aunque nada a lo que nuestros robustos veinte no pudieran hacer frente. Por la tarde quedamos para guardar los instrumentos en el local, ya que, en el fragor de la celebración, los habíamos dejado toda la noche dentro de los coches después de haber recogido el escenario. También llevamos la pequeña placa pegada en una base de madera que nos reconocía como ganadores del Pop-Rock. Mientras que el resto de los premios que hemos cosechado a lo largo de cerca de tres décadas de profesión los hemos repartido y descansan en nuestras casas, esa placa ha pasado por todos y cada uno de los locales de ensayo que hemos tenido, para que no se nos olvide nunca quiénes somos.

El verano del 97 se quedó sin estrellas cuando ETA secuestró y asesinó a Miguel Ángel Blanco, concejal del PP en Ermua. La tristeza nos secó el brillo de los ojos, nos hizo bajar los brazos y arrastrar los pies. Fueron dos días asfixiantes, de una angustia insoportable. Nunca olvidaremos la rabia incontrolable de la tarde en la que encontraron su cuerpo aún con vida y la honda desolación, casi incapacitante, de los días siguientes a su muerte.

El joven concejal fue secuestrado el jueves 10 de julio mientras se dirigía a su trabajo. Al día siguiente acudimos a la manifestación en San Sebastián pidiendo su liberación. Aunque la angustia mordía, la esperanza se asomaba detrás de una puerta aún entornada. Nos repetíamos que no serían capaces, que encontrarían una solución. No la hubo: dictaron su sentencia de muerte al expresar las condiciones para su liberación como una forma de chantaje perpetuo a las instituciones.

Nos reunimos en el local de ensayo la tarde de aquel viernes y pensamos en cómo ir a la manifestación del sábado en Bilbao, convocada con el apoyo unánime de todas las fuerzas políticas excepto HB. Éramos un grupo grande compuesto por amigos y compañeros de la universidad con los que habíamos creado Basta Ya. Nos impresionó mucho la fuerza de aquella marea humana que congregó a más de medio millón de personas unidas por el mismo grito de libertad para Miguel Ángel Blanco. Se sentía una emoción distinta a la de otras manifestaciones. A diferencia de las que respondían a un atentado, alimentadas por la tristeza, la desazón y el dolor, en esta nos agarrábamos a la esperanza con la fuerza de una mano tendida en una cama de hospital. Pese a todo el dolor que llevábamos ya digerido, nos negábamos a la posibilidad de que cumplieran con su amenaza.

En su estrategia de «socializar el sufrimiento», ETA quiso hacernos partícipes de la agonía de un chaval de veintinueve años. Nos invitó a ver en primera fila y en tiempo real la máxima expresión de la crueldad y la deshumanización a la que el odio es capaz de llegar. Pero no

midieron bien las consecuencias. Para una parte de la sociedad vasca que hasta entonces había mirado para otro lado, o que pensaba que el terrorismo de ETA no iba con ellos, aquello se le hizo insoportable y respondió saliendo a la calle a protestar. Esta vez sí. Lo que sucedió esos días hizo que ETA perdiera definitivamente el pulso en la calle y, frente al horror y la sinrazón, ya no hubo excusas para no movilizarse. Aun así, fueron muchos los que se quedaron aquel mediodía en casa o continuaron imperturbables con su plan de fin de semana.

Recién llegados a Donostia desde Bilbao, nos enteramos de que lo habían encontrado muy grave en un bosque cercano. Las noticias sobre su estado eran confusas, pero todo apuntaba a un desenlace fatal. Se nos cayó el cielo y nos partió por la mitad. En un primer momento sentimos mucha tristeza, pero, tras la impotencia, apareció la rabia de tantos días de angustia acumulada. Necesitábamos exteriorizar aquello como nunca y nos presentamos en la sede de HB en la calle Urbieta, donde hicimos la manifestación de Basta Ya. No fuimos los únicos. Espontáneamente (no había móviles) la gente comenzó a llegar por las calles adyacentes. Gritábamos de todo, estábamos desatados. Habían sido cuarenta y ocho horas de miedo e incertidumbre, de una tensión acumulada que acababa de explotar. Por primera y única vez sentí que el descontrol estaba en este lado y que éramos capaces de cualquier cosa. La gente se agolpaba y el ambiente se caldeaba por momentos. Media docena de antidisturbios de la Ertzaintza se colocaron delante de la puerta de la sede para protegerla. La policía autonómica estaba rodeada contra el portal y nosotros estrechábamos el semicírculo. Formamos una media luna que se iba haciendo cada vez más compacta debido al empuje de la gente. Los policías eran lo único que se interponía entre nosotros y los cómplices de aquel horror. En ningún momento adoptaron una postura de carga, sino que aguantaron aparentemente tranquilos, confiando en que no traspasaríamos ninguna línea roja.

De repente se produjo el gesto que abrió los telediarios los días sucesivos: de manera espontánea, los imponentes antidisturbios se despojaron de los pasamontañas que protegían su identidad y nos

mostraron sus rostros para transmitirnos que estaban del mismo lado que nosotros frente a la sinrazón. Ese gesto de complicidad desarmó toda la rabia y la transformó en lágrimas, abrazos y consuelo. Consiguieron evitar una carga que habría sido demoledora en el ánimo de todos, muy maltrecho por las circunstancias.

Pocos minutos después se corrió la voz de que la concentración se movía a la parte vieja. En la calle Juan de Bilbao se concentraban los bares afines al mundo radical, que solo frecuentaban ellos y que constituían el latido de su día a día. Estábamos inmersos en un carrusel de emociones e íbamos de cabeza hacia el descontrol, al enfrentamiento abierto en «su territorio». Allí nos encontramos con radicales que salían de algunos bares dispuestos a defender sus calles, pero éramos imparables, estábamos ciegos de rabia. Llegamos a la calle Mayor de la parte vieja. Había muy poca gente y, de repente, salió un tipo de un bar gritando «Gora ETA». Se colocó delante de mí bloqueándome el paso y le di un empujón para quitarlo de en medio. Por detrás de mí apareció más gente para recriminarle su actitud y algo más. Sin ser un suicida, solo alguien que siente la impunidad del que ejerce el terror, el patrimonio de infundir el miedo, puede enfrentarse en solitario y gritar «Gora ETA» con el puño en alto a una marabunta descontrolada y enfurecida y pensar que no le va a pasar nada. Los cientos de veces anteriores, con su actitud agresiva consiguió amedrentar a los que tenía enfrente, pero aquella tarde se equivocó.

En el caos que comenzaron a ser las calles de la parte vieja nos dispersamos. Me quedé solo. El barullo, las carreras, la tensión hicieron que perdiéramos el contacto entre nosotros, pero la manifestación improvisada seguía y llegó hasta el corazón de la calle Juan de Bilbao, donde estaba el bar Herria. Cuando llegamos estaba ya la policía autonómica en la puerta protegiendo el local y a la gente que se resguardaba dentro. Allí vivimos momentos de mucha tensión. La calle era muy estrecha y seguía llegando gente. Gritábamos «ETA asesina», «Todos somos Miguel Ángel», «ETA, dispara, aquí tienes mi nuca». La policía comenzó a sacar a las personas del local y se las llevaron para protegerlas. Qué paradoja: la Ertzaintza protegiendo a los mismos que

en las manifestaciones les gritaban «Hoy tú de negro, mañana tu familia». Y la izquierda *abertzale* aceptando aquella protección, claro. Ahora sí.

Llegamos fuera de control, pero conseguimos calmarnos poco a poco porque no era el odio lo que nos movía. La rabia cedió otra vez el paso al dolor, al desasosiego, al cansancio, y nos fuimos para casa con un nuevo zarpazo de ETA en la cara.

El domingo nos despertamos con la confirmación de la muerte de Miguel Ángel Blanco. Cuesta rehacerse de algo así, volver al día a día. Aquel domingo fue tristísimo. Teníamos la horrible sensación de que esto sería infinito, de que con apenas veinte años no llegaríamos a ver el final de ETA.

Quedamos para tomar un café y comentar el caos de la tarde anterior, en la que nos separamos y no logramos reencontrarnos. Por suerte, estábamos todos bien, pero el tono era muy bajo y las miradas, mientras removíamos la tristeza en el café, atravesaban al compañero que teníamos enfrente.

De allí nos fuimos a ensayar para combatir la melancolía. El local era nuestro refugio, un búnker que nos blindaba frente al exterior. No había mejor lugar para procesar lo vivido. Tocar nos hacía transportarnos, huir, construir un planeta imaginario que orbitaba alrededor del real, pero donde nosotros marcábamos los tiempos, los ritmos, los tonos, nuestro estado de ánimo. Sin embargo, aquellos días de lágrimas y plomo dejamos la puerta entreabierta a lo de fuera. Del contexto horrible de los meses previos y con Ortega Lara recién liberado nació «La carta», fruto de la necesidad de digerir aquello haciéndolo canción.

Ensayar me ayudaba a pasar el tiempo sin mirar cómo iba y venía el columpio de la tristeza. Para mí era una vía de escape, una ventana abierta a otro paisaje que me permitía huir de todo lo que significaba ETA. En aquel local de ensayo, con mis compañeros, me sentía tranquilo, en paz. Hasta que aparecieron ellos, ninguno de mis amigos

íntimos me acompañaba a las concentraciones. Había sido un camino largo, pero por fin había encontrado unos amigos que me comprendían con mis circunstancias, con los que compartía ética y mirada; eran conscientes de la situación de mi padre y de mi familia, del riesgo real y del sufrimiento pasado y presente, y no solo me apoyaban en lo que hacía, sino que me ayudaban a hacerlo, sin excusas ni rodeos. No me hablaban del referéndum de autodeterminación al volver de una manifestación por un asesinato de ETA, ni me obligaban a explicar por qué no iba también a las manifestaciones en favor de los presos. Tampoco les culpo, probablemente yo no supe compartir mis emociones ni explicarles cómo me sentía. Toda mi vida entendí que yo era mi contexto y que eso siempre influiría en mis relaciones personales. Sin embargo, mis compañeros de grupo me demostraron que no. Me dijeron: «Contigo, pase lo que pase ahí fuera».

En aquel sótano de Eguía dejé de sentirme solo.

Allí empecé a identificar que mi viaje personal tomaba otro rumbo. La línea del horizonte se ensanchó y eso no habría sido posible sin ellos. De pronto aparecía un pequeño sendero inesperado, el del grupo. Hasta entonces había transitado por el único camino que alcanzaba mi vista: el derecho, la lucha contra ETA, la militancia en organizaciones pacifistas, quizá la política. A los diecinueve años soné para un cargo en las Juventudes Socialistas de Guipúzcoa. Eduardo Madina era su secretario general en Euskadi cuando fueron a matarlo. Tenía veintiséis años. La espiral de locura de ETA era impredecible. Asumo que esta frase pueda sonar grandilocuente y presuntuosa, pero nunca sabré si la música y mis compañeros me salvaron la vida. Lo que sí sé es que el primero de los caminos hubiera sido una dura travesía por la tristeza y el dolor, mientras que el segundo ha sido un viaje lleno de felicidad y de color. No es que llegara a un cruce de caminos donde tuviera que elegir. Fue algo natural. El vendaval que provocó el grupo fue tal que me arrastró con la fuerza de una corriente imposible de remontar donde solo podía dejarme llevar y mirar cómo me iba alejando poco a poco de la costa de la amargura. Y aunque seguí nadando contra la corriente muchas veces durante aquellos años, la fuerza del grupo

terminó llevándome a alta mar lejos de las sirenas.

Nuestra mentalidad cambió después de ganar el Concurso Pop-Rock Ciudad de San Sebastián. El vaso de la autoestima estaba a punto de desbordarse y la ambición comenzaba a dejarse sentir entre los cables, el polvo y la humedad de nuestro local.

También se notaba en los ensayos. Ya no eran solo una excusa para estar juntos y salir después de fiesta; se estaban transformando en espacios de composición, de creación, de búsqueda. El tono había cambiado. Nos costaba muy poco arrancar. No procrastinábamos tanto porque queríamos retomar la idea del día anterior y seguir tirando de ella. Avanzar.

Aquel verano, Luis tuvo varios compromisos familiares fuera de Donostia y coincidió que se echó una novia con la que pasaba mucho tiempo. Empezó a faltar y, cuando venía, muchas veces lo hacía tarde. En un momento en el que el grupo había cambiado de marcha, su falta de compromiso se hizo más evidente. Pero lo peor fue que comenzamos a sentir que el grupo funcionaba mejor sin él. El sonido era más limpio, las canciones caminaban mejor, la dinámica de los ensayos, la toma de decisiones, incluso el espacio físico en el local, todo era más fácil y fluido.

Se podía intuir nuestra incomodidad con su falta de implicación, pero quizá por inmadurez, por falta de valentía o porque estábamos mejor así, no fuimos capaces de mantener una conversación adulta para explicarle la situación y que pudiera abrir los ojos. Sus ausencias nos permitieron tomar una decisión unánime en la que no hubo que convencer ni tirar de ninguno.

Quedamos un domingo de finales de agosto en el café La Habana, a la sombra de un maravilloso castaño que ya no existe y que vigilaba el tráfico en el cruce de Easo con San Bartolomé, al comienzo de la cuesta de Aldapeta. Era el punto de encuentro para la juventud los fines de semana. La de citas de novios que aquel viejo árbol se llevó talladas en su corteza. Para nosotros, La Habana era el lugar donde las tardes de

domingo hacíamos memoria de las noches de sábado.

Esperamos a estar los seis y se lo dijimos de golpe, sin preámbulo alguno. Él zigzagueó, frenó, se bajó del coche, se echó las manos a la cabeza, se volvió a subir, pegó un acelerón e intentó cambiar de dirección, pero no había nada que hacer: la decisión estaba tomada y era irreversible. Estaba condenado a pagar una gran multa por un despiste. La conversación fue muy difícil, durísima. No solo estábamos echando a un miembro de la banda, estábamos acabando con una amistad.

No había nada profesional que echar en cara porque no lo éramos. Tampoco tenía que ver con tocar bien o mal. Ninguno teníamos la autoridad moral para señalar algo así. Solo había expectativas y muchos sueños, que también eran los de Luis. No sé si en aquel momento estábamos tan obsesionados con la banda que no fuimos capaces de ver más allá, como si nos hubieran puesto la gríngola de los caballos de carreras para ver solo la meta y no mirar a los lados del camino, donde están los valores y la ética.

El futuro era incierto, pero en aquel momento nos abría sus brazos. Y justo en ese umbral, le pusimos la mano en el pecho y le impedimos cruzar. Le hicimos mucho daño. Ser parte de un grupo de música es mucho más que tocar un instrumento, es una forma de estar en la vida. Luis tuvo que abandonar el centro de gravedad de sus últimos dos años y volver a un tiempo lineal, predecible, a lo de siempre. Con las clases de derecho como único horizonte.

El éxito del grupo le persiguió durante muchos años en los que no pudo vernos ni escucharnos sin sentir dolor. Pasó mucho tiempo hasta que pudo normalizar cualquier noticia que tuviera que ver con nosotros.

Fernando Pessoa escribió que «la gloria no es una medalla, sino una moneda: por una cara tiene la figura; por la otra, una indicación de su valor». Las amistades no deberían tener un precio, pero la nuestra lo tuvo. Quizá nunca tuvimos que lanzar al aire aquella moneda.

Terminado el verano del 97, me matriculé en tercero de derecho con un bonito jardín multifloral de los cursos anteriores. Dejé las mañanas y la cafetería para volver a coincidir por las tardes en clase con los gemelos Daniel y David e intentar coger el rebufo de su excelso hacer académico. Estaba convencido de que a nada que me pegara bien a ellos (como hice los años de instituto) podría merendar con las migas que se les cayeran del bocata. Rubén y Jon, dos grandes amigos, también iban a clase por la tarde. Sin lugar a dudas, el ambiente era más serio y favorable para lo académico. Y aunque había conseguido reducir en casa el desfase entre los aprobados oficiales y los oficiosos, seguía fuera de la ley. El resto del grupo continuó yendo a sus facultades por la mañana como siempre: Amaia a químicas, Xabi a empresariales y Álvaro y Haritz a derecho.

Después de la conversación con Luis, decidimos mandar una copia de nuestra maqueta a todas las discográficas que conocíamos, que eran muy pocas. Nos adentrábamos en un mundo totalmente desconocido, el de la industria musical, pero nos sonaba que encontrar una compañía discográfica era el paso siguiente. Hicimos una lista y nos repartimos los envíos. No pensamos si eran multinacionales o independientes; tampoco estoy seguro de que entendiéramos la diferencia. Al final no llegamos a mandar ninguna maqueta.

Un día cualquiera sonó el teléfono de casa de Amaia y preguntaron por ella. Contestó su hermana Idoia y, por suerte, esta vez no tiró de mímica universal para escaquearse de atender la llamada. Jennifer Ces se presentó y le dijo que llamaba de Sony Music, que había escuchado nuestra maqueta y que le había gustado mucho. Amaia estaba alucinando porque no tenía ni idea de cómo le habían llegado nuestras canciones, pero decidió remar a favor de la conversación. Jennifer le preguntó si teníamos más temas además de aquellos cuatro. Amaia pudo ser sincera y contestar que no, pero se detuvo un momento, visualizó esa imagen tan manida del tren saliendo de la estación —

siempre uno de época, claro— con su máquina de vapor echando humo blanco, sus vagones de madera, las carreras de los enamorados agotando el último segundo y a nosotros cinco en el andén con el billete del tren de nuestra vida en la boca. No lo dejó escapar: retomó la conversación y le aseguró que sí teníamos más canciones. Veinticinco, nada menos, que no habíamos podido grabar por falta de presupuesto. Qué mentira más gorda. Excepto lo del presupuesto, que obviamente no teníamos un clavel, lo de los veinticinco temas era una completa exageración. Pudo decir que teníamos cinco más, o diez, que tampoco hubiera estado nada mal y el lío habría sido reconducible, pero no, se plantó con las maletas llenas de veinticinco canciones y puso un pie en la escalera del tren. Amaia en estado puro. Contundente. Jennifer se alegró —con eso tenía para dos discos— y le tranquilizó sobre la grabación. Ellos pondrían los medios.

La Montero nos citó en el local porque tenía algo «muy fuerte» que contarnos, y hasta ahí podía leer. Nos pidió que nos sentáramos porque íbamos a flipar y cerramos un círculo con el sofá y un par de sillas. Bajo la luz de nuestra bombilla y con la vida nativa propia del local como testigos, nos dijo: «Nos han llamado de Sony porque les ha gustado la maqueta».

La primera reacción fue un tanto aséptica, se hizo ese silencio acompañado de cara de menú mientras repites mentalmente lo que acabas de escuchar para ganar tiempo y comprenderlo. A los pocos segundos empezamos a reaccionar cada uno a nuestro estilo: con alegría, contención y curiosidad por la conversación con Jennifer, y también con preocupación por los pasos a dar, pero al final se terminó imponiendo la euforia de Amaia, que había tenido tiempo de rumiar la noticia y acabó contagiándonos a todos. El subidón emocional fue total. Aún no sabíamos cómo habían viajado nuestras canciones hasta Madrid, pero no era el momento de pensarlo. Sony nos sonaba muy grande, a discográfica importante, y queríamos todos los detalles de la conversación. Volvimos a sentarnos, Amaia hizo una pausa para coger impulso y entonces lanzó lo de los veinticinco temas. Fue como si se apagara de golpe el generador eléctrico en mitad del mejor concierto de

nuestra vida. Se fue la luz. Se cayó el sonido. Fundido a negro.

—¿Cómo veinticinco? ¡Si solo tenemos cuatro!

Y para tranquilizarnos, dijo riéndose:

—Lo peor es que quieren que los grabemos y los mandemos ya.

Conocí a Eider Ayuso, mi leal compañera de viaje, en el instituto. Era un año menor y cursaba el bachillerato internacional. También se hizo íntima amiga de los gemelos. Quedábamos fuera de clase y dábamos largos paseos por la playa en los que hablábamos desde lo más trascendental hasta lo más liviano con una sintonía que no he vuelto a tener con nadie. Daba igual el tono y el estilo de la canción, que la armonía nos la dieran las olas del mar rompiendo o el murmullo de una cafetería, porque nuestras voces estaban siempre afinadas y nuestros corazones latían acompasados.

Le fascinaba la música y cuando supo que había empezado a tocar la guitarra, me prestó páginas de acordes y escalas que me sirvieron mucho. Nos intercambiábamos cintas de diferentes grupos con frecuencia. Había venido a varios de nuestros conciertos y nos conocía a todos personalmente. Estaba al día de todos nuestros avances.

Ella había estudiado en el colegio San Patricio, donde desarrolló una muy buena relación con una joven profesora de inglés. Se tenían mucho cariño y nunca perdieron el contacto. En uno de aquellos paseos nuestros acompañé a Eider a recoger su título de inglés, que estaba firmado por su queridísima profesora, Jennifer Ces.

En aquel verano del 97, Eider se encontró con ella en la avenida de la Libertad. Jenny le contó que había decidido dar un cambio radical a su vida y mudarse a Madrid para trabajar en Epic, un sello de Sony Music. Ejercería como A&R, artista y repertorio; es decir, iba a ocuparse de fichar a artistas y de escuchar las maquetas de grupos que, como nosotros, buscaban una oportunidad.

Eider me había contado su intención de mandarle nuestra maqueta e incluso me consultó si me parecía bien. La verdad es que todo me resultaba tan lejano y difuso que no le di importancia, aunque, por

supuesto, le respondí que adelante, que lo hiciera. Así fue como llegamos a sus manos y lo que provocó aquella llamada tan inesperada.

A principios de octubre llegó al despacho de Jenny un sobre a su nombre. Le llamó la atención, porque llevaba tan poco tiempo que no solía recibir nada dirigido a ella. Vio que era de Eider, lo abrió, descubrió dentro la cinta, la escuchó y enseguida sintió que teníamos algo especial. Se dejó llevar por su intuición y por «Dos cristales», la canción de aquella maqueta que le enganchó. Nosotros habíamos dejado los teléfonos anotados en el interior de la carátula diseñada por Xabi. Aquella llamada cambió radicalmente el ritmo de nuestras vidas.

Jenny, una jovencísima donostiarra de ascendencia inglesa, fue una esas personas claves en nuestra historia. Siendo una recién llegada apostó por nosotros en contra de la opinión de algunos de sus jefes, porque lo cierto es que éramos un grupo con poquísima experiencia. Defendió su intuición con valentía, sabiendo que partía de una posición de desventaja en la que, desde el principio, tendría que demostrar mucho más que sus colegas A&R para ser respetada y escuchar en diferentes sectores de la industria cómo de una manera u otra se relacionaban sus aciertos, errores o ascensos por su condición de mujer o por su aspecto físico, porque, además, es una mujer guapísima. Fuimos el primer grupo que fichó nada más aterrizar en las oficinas de Sony. Tuvo el arrojo, en una industria dirigida por hombres y siendo una mujer muy joven, de enfrentarse a ellos y decirles: «Este es mi grupo. Creo en él». Jennifer Ces siempre tendrá un lugar de honor en nuestro corazón.

La Oreja de Van Gogh se convirtió en lo único que existía para los cinco. Todo lo demás era blablablá en nuestras cabezas. El grupo era el dispensador de dopamina de nuestro día a día. Para no defraudar la confianza de Jenny —y para que no sospechara que la habíamos engañado— teníamos que componer veinte canciones en el menor tiempo posible. Empezamos por reciclar los dos temas que más nos gustaban de la primera maqueta: «The Worst Nightmare», que se

transformó en «Pesadilla», y «One of These Days», que acabaría siendo «El 28». Escribí la letra de «Pesadilla» en una tarde de estudio en la biblioteca del Koldo Mitxelena; la de «El 28» decidimos hacerla todos juntos. Una vez que tuvimos la melodía, empezamos a construir la historia en el sofá del local, proponiendo frases que íbamos enlazando poco a poco. Decidimos no regresar a casa hasta terminarla. Salimos del local, siempre muy despacio para dar tiempo a nuestras pupilas dilatadas como vinilos a volver a un tamaño estándar y no caer como vampiros expuestos a la luz del sol. Avisamos desde una cabina de que no iríamos a comer a casa y nos acercamos a un bar que estaba a cincuenta metros escasos del local. Era el mes de octubre, pero hacía buena tarde y nos sentamos fuera, rodeados por el ruido de los coches que pasaban a nuestro lado y el ritmo de los comercios y los vecinos del barrio de Eguía. Repusimos fuerzas con unos bocadillos de lomo, queso y pimientos mientras Xabi —la mejor caligrafía del grupo— anotaba en un cuaderno nuestras ideas y frases. Alrededor de una mesa de aluminio, entre migas de pan y gotas de grasa, servilletas de papel arrugadas, paquetes de tabaco y algún que otro cortado, dimos forma a una de las canciones más importantes de nuestra carrera.

Para la mayoría de los artistas, su primer disco suele ser una selección de sus mejores temas escritos hasta ese momento, una especie de grandes éxitos doméstico. Normalmente se trata de canciones nacidas sin pretensión, sin otra intención que la de dejar salir emociones. Los siguientes trabajos son diferentes, compuestos ex profeso y desde unas circunstancias distintas. De un disco a otro cambian el contexto, el sentido, la presión e incluso el tiempo para escribirlo, por eso suele ser más difícil. *Dile al sol* no vivió ese proceso de selección natural. El objetivo, la presión y el plazo estaban ahí antes que las canciones. No disponíamos de un baúl al que ir a buscar. Tuvimos que escribirlas en muy poco tiempo, sabiendo que muy probablemente vivirían eternamente en nuestro primer disco. Lo ignorábamos todo del funcionamiento del mundo de la música en general y de la industria discográfica en particular. Esa inconsciencia nos llevó a no tener prejuicios a la hora de componer. Saltábamos de

un estilo a otro, modulábamos el tono o combinábamos ritmos que no tenían nada que ver sin ningún complejo. Nos movíamos por sensaciones y el mejor termómetro para medir una idea era mirarnos y ver si nos gustaba a los cinco. La falta de erudición musical es parte de la magia y la frescura de las primeras composiciones de cualquier artista. Y nosotros de falta de erudición íbamos sobrados. No buscábamos tener un estilo, no nos preocupaba, no estábamos ahí. Tampoco tener una identidad definida a la que se le pudiera colocar una etiqueta. Solo queríamos hacer canciones. Nos cabían en las manos desde acordes de La Buena Vida hasta Depeche Mode o Pearl Jam pasando por U2, Nirvana o Alanis Morissette. Queríamos hacer canciones que nos gustaran, no canciones pop, rock, reggae o grunge.

Nuestra dinámica de composición era la siguiente: llegar pronto al local, sobre las 9.32 de la mañana; encender los amplis y el equipo de voces y, a partir de ahí, proponer ideas. De un pequeño riff, de un arpegio, de un ritmo de Haritz o de tres acordes de teclado surgía la magia. Una pequeña chispa era el detonante de una cascada de ideas. Xabi y Amaia llevaban el peso de la parte melódica y el resto íbamos dándole color y sonido a lo que salía. Xabi tiene la facilidad natural del talento innato. Apoya el codo sin querer en las teclas y sale una melodía chula. Sigo disfrutando como el primer día cuando le veo sumergir los rizos en su teclado buscando ese pedazo de melodía que le falta. Para mí, sin duda, el mejor compositor de lo que llevamos de siglo XXI. Desechábamos muy pocas ideas. Íbamos probando y cuando encontrábamos algo, nos lanzábamos los cinco a por ello, siempre pensando en el gran momento. Todos los caminos servían si al final sacaban a hombros al rey de la música: el estribillo. Las canciones que nos gustaban tenían estribillos memorables, por eso nuestra querencia natural fue siempre ir en su busca. Aunque no supiéramos cómo se hacía, teníamos muy claro lo que queríamos.

Con la melodía en mente y la estructura más o menos perfilada, sacaba mi walkman y grababa la idea cantada por Amaia. Solía ser una versión piano-voz para poder distinguir bien la melodía. Por la tarde, al llegar a casa, me ponía con la letra, que escribía en uno de esos

cuadernos pequeños de espiral y papel cuadriculado, que llenaba hasta el último rincón de ideas —y tachones— que a veces me costaba descifrar. Escuchando y rebobinando la cinta iba encajando los versos sobre la voz de Amaia que me hacía de guía. Al día siguiente, de nuevo en el local, lo probábamos, ajustábamos y cambiábamos hasta que nos convencía.

Logramos un ritmo de composición de una canción cada dos días, más o menos. Me quedaba escribiendo hasta bien entrada la madrugada, y a menudo me dormía abrazado a los tachones. Tras varias semanas de efervescencia creativa, una tarde me encerré en mi cuarto con una nueva melodía y pensé: «¿Qué escribo yo ahora?». Por culpa de aquel ritmo tan exigente que nos impusimos conocí a la hoja en blanco. Me pareció una tía seca y poco empática. Y con los años mi opinión no ha cambiado; sigue igual, o peor: fría, distante, desafiante… No he encontrado reflejo más nítido de mis miedos e inseguridades que cuando me miro en una hoja en blanco. Es el mejor espejo del alma. Cada vez que me cruzo con ella, me mira con la cara lavada y me susurra: «No vas a poder».

Andábamos tan pillados con las letras que nos pusieron en contacto con el gran Rafa Berrio para que nos echara una mano. Le pasamos la música grabada en mi walkman y unos días después nos mandó una letra que nos gustó mucho. Teníamos tan poca idea de cómo funcionaba este mundo que la cambiamos sin consultarle y la rehicimos a nuestro gusto. En realidad, fue aún peor, y es que cuando la registramos en la Sociedad General de Autores nos atribuimos la autoría de la letra. Rafa se dio cuenta al año siguiente y contactó con nuestro mánager. Cuando Íñigo nos preguntó, se lo contamos con la naturalidad del niño que no es consciente de la que ha liado. Él nos explicó que no funcionaba así. Qué vergüenza. Todo iba tan rápido y éramos tan inexpertos que metimos la pata. Nos disculpamos cientos de veces con el bueno de Rafa Berrio y lo resolvimos rápidamente. La canción que formó parte de nuestro primer disco es «Qué puedo pedir» y siempre será la de Rafa.

Grabamos las maquetas de *Dile al sol* en el estudio de Iñaki de Lucas

durante la segunda mitad de octubre y noviembre. Cada vez que reuníamos cuatro nuevas canciones buscábamos fechas y nos encerrábamos allí. El ritmo era frenético. Recuerdo estar terminando la letra de «Cuéntame al oído» con Amaia esperando frente al micro para cantarla. Mientras unos grababan, los demás aprovechábamos para cerrar cosas pendientes de los siguientes temas: una intro, arreglos, coros o cómo resolver algún final. Pese a que no pudimos dedicar el mismo tiempo a estas canciones que a las de la maqueta anterior, la mayoría de ellas mantuvieron su identidad cuando las grabamos en el disco meses después. No estuvimos mal encaminados eligiendo el «color» de cada una de ellas. Quisimos que cada canción tuviera una cara, que fuera reconocible, y conseguimos que así fuera incluso en las maquetas, con tan poco tiempo de producción. Los siguientes envíos a Sony contenían temas como «El 28», «Soñaré» o «Cuéntame al oído», con las que Jenny se reafirmó en su apuesta. Decidió entonces contactar con Íñigo Argomániz, persona trascendental en nuestra historia.

Durante más de dos décadas, una ciudad de menos de 200.000 habitantes como Donostia fue la capital nacional del pop y del rock. Todas las grandes bandas nacionales e internacionales —con sus descomunales tráileres, escenarios y shows mundiales— podían ir a Madrid o a Barcelona, pero nunca faltaban a su cita con San Sebastián. Más allá de las bondades de nuestra ciudad, que son muchas, detrás de todo aquello estaba un tipo alto, guapo y tremendamente listo llamado Íñigo Argomániz. Los donostiarras de nuestra generación crecimos en un ambiente de conciertos inimaginable para una ciudad de este tamaño gracias a su trabajo primero en Tiburón Concerts y después en Get In. Hemos disfrutado del privilegio de ver a nuestros artistas preferidos con la excepcional normalidad de poder ir andando a sus conciertos. No exagero si digo que durante esos años se creó una cultura de la música en directo que resultó determinante para la eclosión de una escena local de grupos tan potente. No es casualidad que en los últimos cuarenta años, Donosti haya visto nacer tantas bandas importantes y que siga manteniendo un gran ambiente y cultura

musicales.

Además de promotor de conciertos, Íñigo era el mánager de grupos tan importantes como Duncan Dhu, Los Piratas o Barricada. Jenny pensó que, siendo donostiarra como nosotros, nos iría muy bien.

Una tarde lluviosa, entre semana, nos reunimos con Íñigo y Gonzalo Martínez de Lizarduy en El Nido, un bar en Reyes Católicos. Recorrimos la larguísima barra y nos sentamos al fondo, alrededor de una mesa cuadrada de madera no muy grande enfrente del baño. Pedimos unos cafés y empezamos a contarles nuestra breve historia. Ellos ya tenían toda la información, pero nos escuchaban con interés buscando sensaciones personales e identificar el latido del grupo. Nos contaron a grandes rasgos cómo funcionaba la industria, pero no nos vendieron nada. No quisieron deslumbrarnos ni crear horizontes de falsas expectativas; no iban por ahí. Nos entendimos desde el primer momento. Aquel día no nos comprometimos, pero sentimos que veíamos las cosas de la misma manera y, sobre todo, que nuestra filosofía y estilo de vida estaban completamente alineados.

En el mundo de la música, elegir quién te representa es una de las decisiones más importantes en la carrera de un artista. Un joven ciego de ilusiones y sueños se arriesga a tomarla a la ligera, por desconocimiento o tentado por cosas que te hacen bajar la guardia. La sintonía personal, una mirada compartida acerca de la forma de entender el negocio y, sobre todo, el respeto absoluto de la parte artística deberían ser el mínimo para empezar a hablar. A lo largo de estos años de carretera y backstage, muchos compañeros nos han contado sus malas experiencias. En la carrera de un artista se producen momentos de distorsión o incluso desconexión con la realidad, y es muy probable que detrás de ellos vengan malas decisiones tanto artísticas como personales. Es fácil perder el pulso de lo que pasa alrededor. Mientras pintamos un cuadro nos encontramos demasiado cerca, sin perspectiva. Se necesita a alguien capaz de mirar con distancia para verlo en su conjunto. El éxito y el rendimiento económico no siempre dan la mejor luz para contemplar bien la obra, por eso es tan importante dar con la persona correcta. Alguien honesto

que solo piense en qué es lo mejor para el grupo.

A los pocos días de aquel café firmamos un contrato con Íñigo que no llenaba una hoja de folio y que no hemos vuelto a visitar. Tras más de veinticinco años juntos, pienso que fue la decisión más importante que tomamos y lo mejor que nos ha pasado como grupo. A su lado lo hemos vivido todo en la música. Y lo más importante: más de mil quinientos conciertos después, no tenemos ningún enemigo en la industria. Todo lo contrario, somos un grupo querido y respetado y seguimos aprendiendo de él en cada reunión. Pero es que, además de eso, somos amigos.

Jenny quería conocernos en persona y, sobre todo, necesitaba vernos en directo. La mejor manera de comprender a un grupo en toda su dimensión es viéndolos en vivo. Puedes hacerte una idea de lo que quiere transmitir un artista a través de su música, por supuesto, de sus entrevistas, del discurso, de los videoclips… Pero donde comprendes de verdad la esencia de un grupo es sobre un escenario: su sonido, la puesta en escena, la actitud, la complicidad o la falta de conexión entre músicos, si las canciones crecen o menguan, si se emocionan, si se aburren, si tienen miedos, si están de paso o vienen a comerse el mundo, si respetan al público y a su profesión o si todavía no se han enterado de lo que significa pisar las tablas de un teatro. Una vez escuché decir a Coque Malla que todo lo que pasa sobre un escenario cuenta algo, y no puedo estar más de acuerdo.

Pensamos que el mejor sitio para presentarnos a Jenny era la discoteca Bataplán. Acabábamos de tocar allí en las semifinales del Pop-Rock, conocíamos cada rincón del local mejor que nuestro propio cuarto —todos los sábados terminábamos en la discoteca pretendiendo que alguna chica nos hiciera caso, cosa que no ocurrió ni cuando el grupo tuvo éxito— y, lo más importante, teníamos buena relación con la familia Montenegro, que regentaba el local.

Uno de tantos sábados, saliendo de la discoteca ya de madrugada, habiendo jugado como nunca y saliendo derrotado como siempre, me acerqué donde Tristán Montenegro padre y le pregunté si podía pedirle un favor. Me respondió que sí y quedamos en su oficina entre semana. Tristán ya conocía al grupo y le expliqué que estábamos en contacto con Sony, que cabía la posibilidad de que nos ficharan para grabar un disco, pero que antes querían vernos en directo. No lo dudó. No puso ninguna pega. Me dijo que sí siendo perfectamente consciente de todo lo que implicaba el montaje del escenario y del equipo de sonido, más la apertura del local con toda su orgánica antes de la hora habitual. Tristán me dijo que no me preocupara de nada, solo de dar un buen

concierto, y nos deseó mucha suerte.

A lo largo del camino hay personas que lo recorren entero a tu lado, de principio a fin; otras te acompañan una buena parte del viaje y en un momento determinado se apean; algunas entran y salen de manera intermitente, y hay otras que solo aparecen una vez pero cuando tenía que ser. Todas ellas son imprescindibles para que las cosas sucedan. En cualquier historia de éxito hay personas alrededor necesarias para que ocurra, sobre todo en los comienzos, que es cuando más falta hacen. La generosidad de personas como Fermín o Tristán, cuando no éramos nadie y sin pedir nada a cambio, nos permitió dar los pasos necesarios, y por ello también son parte de nuestra historia. Son gestos que nunca terminaremos de agradecer y que un grupo no debe olvidar, porque dicen mucho del carácter y la personalidad de una banda. La humildad pasa por recordar a los que estuvieron ahí y ser conscientes de que sin ellos no hubiera sido posible.

Avisamos a Jenny del día y el lugar, que conocía a la perfección, y nos pusimos a ensayar como locos. Teníamos que preparar bien el concierto más importante de nuestra vida, o así nos lo tomamos. Llegábamos al local por la mañana y salíamos de noche. Nuestra vida giraba exclusivamente en torno al grupo. Teníamos que darle argumentos a Jenny para que a su vez ella pudiera convencer a sus jefes de que merecía la pena apostar por nosotros. Éramos conscientes de que se encontraba al alcance de nuestra mano, pero que todavía no estaba hecho. Nos convertimos en una máquina de precisión, en el sentido de que éramos cinco piezas que encajaban perfectamente, con un objetivo compartido y un compromiso incuestionable. Sentíamos el equipo y la fuerza de los cinco buscando lo mismo.

En un descanso de uno de aquellos ensayos nos preguntamos cómo nos vestiríamos para el concierto. Nunca le habíamos dado importancia a nuestra forma de vestir. No teníamos un look definido. Salíamos a tocar igual que íbamos a la facultad. Los grupos que veíamos en la tele o en las revistas tenían un plan con la ropa y nos pareció que debíamos tenerlo en cuenta. En aquel momento nuestra imagen nos pareció escasa, así que nos pusimos a buscar un «look de grupo» y elementos

que nos identificaran. Yo me calcé una gorra estilo kangol puesta del revés —nunca había llevado nada en la cabeza— y unos pantalones setenteros de pana fina gris de mi padre con campana que me parecieron top y que seguro habían asistido a alguna reunión clandestina; Xabi dio con unas gafas con cristales amarillos que le parecieron la mejor decisión de su vida; Álvaro se puso un gorro beige estilo Calimero; Haritz una chaqueta de chándal, y Amaia, un vestido ajustado verde oscuro y negro con la cara de un alienígena en el pecho. No hay más preguntas, señoría. Íbamos hechos un cuadro.

Vino mucha gente a vernos a Bataplán, que es una sala grande para lo que nosotros estábamos acostumbrados. Nuestros amigos y familiares se presentaron en masa a hacer todo el ruido posible porque sabían lo que nos jugábamos. Jenny puso un trípode con una cámara en la mesa de sonido y grabó la actuación. Nos quedamos con la sensación de que el concierto no había salido especialmente bien. Nos pesó toda la presión de los días anteriores y no lo disfrutamos. Estábamos muy verdes. No llevábamos ni dos años tocando juntos y a pisar escenario solo se aprende pisando escenario. Todavía nos faltaba mucha experiencia y confianza. A cambio, teníamos algo que conectaba, y lo sabíamos. Lo habíamos sentido en nuestros primeros conciertos y Jenny también lo percibió. Aunque no todo el mundo pensaba lo mismo. Aquella misma noche, un amigo suyo de San Sebastián, que también estaba dentro del mundo de la música, le sugirió que no nos fichara.

De vuelta en Madrid, Jenny no puso el vídeo a nadie de Sony. No hacía falta. Lo tenía claro: nos iba a fichar. Vio algo que solo se podía ver mirando dentro, teniendo mucha intuición y mucha confianza en sí misma. No tocábamos bien, no éramos guapos, no teníamos ni «rollo», ni look de banda ni actitud de artista; éramos aburridamente normales. Por si eso fuera poco, éramos cinco y de San Sebastián, lo que suponía un mayor gasto a la hora de plantear cualquier plan de promoción, que casi siempre se hacían en Madrid o Barcelona. Pero teníamos lo más difícil e importante en un grupo de música: canciones.

Pocas semanas después del concierto, Jenny nos pidió que dejáramos de mandar maquetas, teníamos temas de sobra para armar un buen LP. Lo habíamos conseguido, íbamos a grabar nuestro primer disco. Solo faltaba un último paso: firmar un contrato discográfico. Íñigo se ocupó de la negociación con Sony. Nos propusieron un contrato tipo para artistas nuevos claramente ventajoso para la compañía. Lo firmamos sabiendo que era una oportunidad que no podíamos dejar pasar y confiando en renegociar mejor si las cosas salían bien, como así ocurrió con nuestro segundo álbum.

No hemos sido un grupo de generar amistades (casi siempre interesadas) dentro de la industria discográfica. No solo porque vivimos en San Sebastián y eso nos aísla de ciertos ambientes, también porque no va con nuestro carácter. Nunca hemos estado dispuestos a dar más allá de nuestro afecto, cordialidad y respeto a un presidente de Sony para conseguir nada, y durante estas casi tres décadas hemos visto pasar a muchos tanto en España como en América. Con algunos hemos tenido más afinidad que con otros, pero en el histórico de nuestra relación nos hemos sentido bien tratados y queridos. Además, somos los primeros en asumir la responsabilidad de los diferentes momentos del grupo y de ser conscientes de qué podemos exigir y qué no. Las canciones hablan por sí solas y nos colocan en nuestro lugar.

Eso sí, guardamos un grandísimo recuerdo de aquel primer equipo con el presidente Claudio Condé, Manolo Moreno, Carlos Iglesias y, por supuesto, Jennifer Cess, entre otros. Aprendimos mucho con ellos.

Elegimos el repertorio del disco, catorce canciones, que Jenny no modificó. No habría problema siempre que los potenciales singles se encontraran en la selección, y nosotros ya intuíamos cuáles podían ser. Grabaríamos en Madrid en el mes de marzo. Estábamos ilusionadísimos. Felices. Recuerdo contarle con gran entusiasmo al entrenador del equipo de fútbol en el que jugaba que empezaría a faltar a partir de marzo. Se alegró y me deseó mucha suerte. Mi ausencia no

se notó mucho sobre el terreno de juego, algo más en las cenas.

Con la fecha de grabación cerrada pensé que debía mejorar mi equipo. Me daba la sensación de que mi deslumbrante Epiphone, mi Onix sumergible y mi pedal de Overdrive sonido «despechado» no estaban a la altura de un disco serio. Mi madre me acompañó al banco y me avaló un crédito que gasté en Musical 72, la tienda donde quedamos por primera vez con Amaia. En aquella época me encantaban las guitarras Gibson. De hecho, seguía enamorado de mi Epi Custom, así que me dediqué a mirar más modelos de la marca. Encontré una que me pareció muy especial, una Gibson estudio de doble cutaway cereza. También compré una guitarra acústica Takamine, un ampli Marshall JTM y una pedalera GT5 de Boss. No tenía mucho criterio —por no decir ninguno— y tampoco buscaba un sonido en particular, por lo que aquella combinación me supo a gloria. No tardé mucho en devolver aquel préstamo, pero en ese momento nadie sabía lo que iba a pasar. Mi madre confió en mí y siempre se lo agradeceré, aunque aprovechara la oportunidad para recordarme al llegar a casa que tenía que seguir estudiando la carrera.

Una mañana de marzo cargamos las maletas y nuestros instrumentos en una furgoneta y pusimos rumbo a la capital para grabar nuestro primer disco. Hicimos todo el viaje cantando con la guitarra del abuelo. En aquella época, la música ocupaba cualquier espacio, vivíamos por y para ella, y era habitual que fuéramos tocando y cantando en los viajes. Lo recuerda Lucas Arizabalo, la persona que nos llevó en aquel primer trayecto y con la que daríamos varias vueltas a España en los años siguientes. Después las cosas se complicaron y otras necesidades empezaron a desplazar a la música. Enseguida la furgoneta se convirtió en un lugar para intentar descansar o desconectar leyendo.

Con los cristales empañados de emoción llegamos a Madrid y descargamos las maletas en los apartamentos Andrómeda, en la calle Almagro. Allí pasaríamos los siguientes quince días de nuestra vida. En un apartamento dormían Álvaro y Haritz; Xabi y yo en otro, y Amaia

tenía uno para ella sola. Eran unas habitaciones con dos camas individuales con la cocina integrada y una pequeña mesita. Ya tenían un punto decadente en aquella época, pero para nosotros era como estar en la mejor suite del mejor hotel. Yo dormía pegado a la pared, en una cama estrecha, debajo de una ventana que no cerraba del todo y por donde entraba bastante frío y ruido, pero no hay mejor aislante que una ilusión desbordada.

Nos entregaron unas dietas para gastos y asumí la ingrata responsabilidad de llevar y administrar el bote, como ya había hecho con el de las multas por impuntualidad en el local de ensayo. Decidimos por unanimidad dedicar la mitad del presupuesto para comer y la otra mitad para hidratarnos. No reparamos en otras cuestiones importantes como tener ropa limpia. A la semana de estar allí decidimos tomar cartas en el asunto, por dignidad y por conciencia medioambiental. La opción de lavar la ropa nosotros en los apartamentos se nos antojaba complicada, sobre todo la parte del secado, así que nos resignamos a ajustar el presupuesto y llevarla a una lavandería. Álvaro y Haritz se ofrecieron voluntarios para semejante misión, no exenta de riesgos. Partieron a la aventura envueltos en un carrusel de olores y muy sonrientes, como los soldados de la Primera Guerra Mundial hacia el frente. Varias horas después regresaron con la mirada huidiza y la sonrisa forzada. Gayumbos y calcetines estaban en perfecto estado de revista, en bolsas individuales de plástico; las camisetas desfilaban en perchas, y los pantalones vaqueros marcaban el paso con la raya planchada. Habían llevado la ropa a una tintorería. El tortazo fue impecable, sin una arruga, con los ceros bien almidonados. Nuestros hombres se llevaron una sonora ovación y nuestra más sincera enhorabuena. A partir de aquel día tuvimos que cambiar nuestra equilibrada dieta por arroz a la cubana y pasta con tomate, en días alternos. La parte del presupuesto destinada a la hidratación no se modificó.

Las comidas solíamos hacerlas en el estudio, pero la cena corría de nuestra cuenta. Álvaro fue el chef principal durante nuestra estancia en aquellos apartamentos. Nuestra habitación era el centro de operaciones.

Allí quedábamos los cinco para cenar y lo que surgiera. Lo normal era que nos quedáramos hablando y hablando hasta que se nos cerraban los ojos o se nos acababan los destilados. En aquella época fumaban todos menos yo. Era una pasada. Fumaban tabaco en el local, en la furgoneta, en el cuarto… Mucho, continuamente, a todas horas. Al quitarme las zapatillas me salía humo de los calcetines. Por la mañana, al despegar un ojo, lo primero que veíamos eran restos de la conversación por todos lados. Palabras en el suelo, en los ceniceros, en los vasos a medias, en los platos sin fregar, restos sin vida de trascendentales conversaciones que había que recoger rápidamente para después meternos en la ducha y salir para el estudio en dos taxis.

Los tres primeros días fuimos a casa de Nacho Cano a grabar las baterías. Allí conocimos a Alejo Stivel, que iba a ser el productor del disco, y a todo su equipo. Nos lo sugirió Jenny, ya que en aquellos tiempos no teníamos muy claro en qué consistía el trabajo de un productor y a Alejo solo lo conocíamos por ser el cantante de Tequila.

Al llegar a casa de Nacho Cano alucinamos con el estudio, con la mesa de sonido, las escuchas, el equipo y sobre todo con un gran buda de varios metros que presidía el espacio, rodeado de unos enormes ventanales por donde entraba mucha luz natural. En mitad de una sala habían montado la batería con su microfonía. Alrededor de Haritz nos situamos Álvaro y yo con nuestros equipos, mientras que Xabi y Amaia se quedaron en el control.

Nuestra referencia hasta ese momento era el estudio de Iñaki de Lucas, donde grabábamos poco a poco y repetíamos siempre que lo necesitáramos. Enseguida nos dimos cuenta de que algo no iba bien. Nos habíamos propuesto un plan muy ambicioso de grabar una canción al día, lo que, sumado a la exigencia de la calidad de un disco frente a una maqueta, hacía muy difícil —por no decir imposible— que nos ocupáramos nosotros del grueso del trabajo. A pesar de que éramos conscientes de nuestras limitaciones, habíamos ensayado muy duro y no entraba en nuestros planes no grabar nosotros todo el disco. Ni siquiera pudimos intentarlo y la decepción fue enorme. No había ni tiempo ni presupuesto. Alejo nos lo comunicó de buenas maneras, pero

fue un golpe duro que no vimos venir. Sentimos mucha impotencia. No podíamos hacer nada. Ese es el principal motivo por el que miramos nuestro primer disco con cierta distancia.

Nuestro querido Nigel Walker fue el productor del segundo álbum y apostó por la filosofía opuesta. Durante la gira de *Dile al sol* habíamos aprendido mucho, pero seguíamos sin ser Toto. Enseguida comprendió que nuestras canciones nos necesitaban. El sonido y la identidad del disco estaban ahí y no tanto en los micros, la mesa o los amplis de guitarra. Es verdad que había más tiempo y presupuesto, y por ello nos alentó a grabar íntegramente el disco. En *El viaje de Copperpot* se percibe nuestra inexperiencia, miedo e inseguridad, pero también nuestra sencillez, frescura y falta de prejuicios. Todo eso forma parte de aquel sonido. La fragilidad conecta extraordinariamente con el público. El riff de guitarra de «Soledad» me parece un buen ejemplo de cómo Nigel apostó por nosotros. Todavía se grababa en analógico y no había posibilidad de editar las tomas. El riff era muy sencillo, pero me atasqué y no lo sacaba adelante. Durante varias noches, después de cenar, Nigel y yo íbamos al estudio y repetíamos y repetíamos, hasta que una noche por fin lo grabamos. Sé que no voy a descubrir el fuego, pero… qué maravillosa es la sensación de lograrlo cuando estás convencido de que no puedes. Con Nigel recuperamos toda la confianza perdida en aquel estudio de Nacho Cano.

Alejo buscó grandes músicos para armar nuestras canciones y, dentro de lo que cabe, fue bonito comprobar cómo esos temas con apenas meses de vida sonaban así de bien. Los músicos, sobre todo Josu García, fueron muy respetuosos con nosotros y nos consultaron cada paso que daban en la grabación. A los pocos días comenzamos a disfrutar viéndolos tocar y empezamos a grabar nosotros algunas partes. El disco mantuvo la esencia de las maquetas y respetó la mayoría de nuestros arreglos. Conservamos intacto el espíritu de las canciones. Hicimos un gran equipo con Josu García, Pablo Martín y Barry Sage, el ingeniero de sonido que también lo masterizó. No solo aprendimos muchos trucos de estudio junto a ellos, también probamos de madrugada los espaguetis del Lady Pepa. Creo que con eso hay poco

más que decir.

Jenny e Íñigo pensaron que un par de artistas donostiarras podían apadrinar el disco. Fue un lujazo tener a Mikel Erentxun y a Txetxo Bengoetxea en el estudio, ver la implicación y el cariño con que grabaron los coros de varias canciones.

El tiempo se aceleró para nosotros. Jenny llegaba al estudio y nos hablaba de sesiones de fotos, de vestuario, de grabar imágenes para un posible videoclip, de fechas de lanzamiento, de un plan de marketing, del plan de promoción… Cosas que nos sonaban muy lejanas pero que apuntaban la dimensión de lo que estábamos viviendo.

La grabación del disco coincidió con el cuarenta cumpleaños de Alejo, que nos invitó a la fiesta de celebración que habían preparado en un piso de la Gran Vía. Antes nos fuimos a un bar cercano a cenar algo. Nuestro menguante presupuesto no daba para mucho y, además, le teníamos pillado el punto al bocata como base principal de la dieta para afrontar una noche de fiesta presumiblemente larga. El bocadillo de lomo, queso y pimientos o el de tortilla de patata han evitado muchos disgustos.

Cuando llegamos al lugar donde nos habían citado observamos que había poca vida vecinal y el edificio parecía en rehabilitación, con la fachada cubierta con andamios. Llamamos al telefonillo y nos abrieron sin preguntar quiénes éramos. El portal era espectacular, amplio, imponente, de esos de la Gran Vía. Ya en las escaleras empezamos a escuchar el corazón del edificio latiendo unos pisos más arriba. Nos dejamos guiar por la música y tocamos la puerta. Nos abrió una chica a la que no conocíamos de nada, nos invitó a pasar amablemente y se fue sin más. Un vendaval de color, vida y música nos arrastró hacia dentro. Los salones de la casa estaban acondicionados para el fiestón. Había espacios diáfanos donde la gente bailaba y departía de pie y otros salones con mesas, sofás y butacas para sentarse. Alrededor de ellas había conversaciones en pequeños grupos en las que las cabezas formaban una melé contra el volumen de la música y de golpe se separaban como un resorte para dejar espacio a la carcajada coral. En uno de esos salones con mesa baja y buena conversación estaba el maestro Joaquín Sabina. Todos nos revolvimos como ratones sobre un trozo de queso para comentarlo. Estábamos alucinando.

Al fin vimos a Alejo y nos acercamos a saludarle, aunque ya le habíamos felicitado aquella mañana en el estudio. Por cierto que en esa visita aprovechó para tenernos a los cinco liando unos fumables que se parecían, aunque solo en la forma y no en el contenido, a los Ideales de mi abuelo Vicente. Bajo la batuta de Álvaro, experto hacedor,

compusimos no menos de doscientos de esos cigarros de la risa. Preguntamos a Alejo si podía presentarnos a Sabina; nada nos podía hacer más ilusión. Mi padre había estado con él en varias ocasiones y siempre contaba una cena en la que acabaron discutiendo sobre el referéndum de entrada en la OTAN con una intensidad que hoy en día no cumpliría los estándares de la ultracorrección. Se lo comenté y, entre risas, dijo acordarse perfectamente. Se tenían mucho afecto y admiración. Estuvimos todos un buen rato charlando con él. Nuestra juventud y entusiasmo debieron despertarle mucha ternura. Se interesó por nosotros y estuvo muy cariñoso. Incluso le regaló a Amaia un soneto improvisado que escribió en una servilleta.

En otro de los salones nos encontramos a Nacho Cano, que llevaba una cazadora de cuero sin camiseta, rodeado por un grupo de personas que parecían bailarines y vestían también de manera un tanto excéntrica. Aunque la grabación de las baterías de nuestro disco había sido en su casa, no habíamos podido conocerle aún, así que nos acercamos a él con aquella excusa y aprovechamos para darle las gracias por todo y transmitirle nuestra profunda admiración.

En aquellos salones de techos altísimos y enormes ventanales que daban a la Gran Vía, con la música sonando a todo trapo, las luces provocando al que no bailaba, el humo espeso y aromático del que éramos cómplices necesarios, el colorido y la fuerza de los atuendos y los peinados que solo se ven en las grandes ciudades, nos mirábamos los cinco con cara de estar en otro planeta. A principios del verano estábamos ensayando para intentar ganar un concurso local en San Sebastián; apenas seis meses después nos encontrábamos en Madrid grabando un disco, celebrando en la fiesta del cuarenta cumpleaños de Alejo Stivel, hablando con Nacho Cano y con un soneto de Sabina en el bolsillo.

Aquella fiesta representaba un antídoto de color frente a los grises, de luz frente a la oscuridad, de música y melodías frente a las sirenas, de sonetos y cultura frente a lo bárbaro… Era el triunfo de la vida sobre la muerte. Todo lo vivido en las últimas semanas, de emociones nuevas e intensas, desataba los nudos en el estómago provocados por la

rabia. Notaba el peso de la responsabilidad por lo que estábamos haciendo, pero también me sentía ligero paseando por las calles de Madrid con mis compañeros, sin insultos ni miradas desafiantes, sin vivir en estado de alerta permanente. Me sentí libre como no me había sentido nunca. Como si las manos que me apretaban el cuello y no me habían dejado respirar desde pequeño aflojaran y dejaran pasar el aire, como si levantaran la rodilla que me oprimía el pecho y pudiera por fin ponerme de pie. Estaba con mis amigos grabando nuestro primer disco, descubriendo Madrid, tomando unas cañas en La Vía Láctea antes de ver un concierto en la Sala Sol y terminar en algún garito de esos reservados para lo mejor de cada casa. Estaba relajado, feliz.

Después del final de la tregua del 98, ETA siguió escribiendo con sangre su relato de idealismo mágico. Solo en el año 2000 asesinaron a veinticuatro personas. Fernando Buesa, José Luis López de la Calle, Juan María Jáuregui y Ernest Lluch eran amigos de mi padre y de la familia. El abuelo Vicente, coronel del Ejército de Tierra, tuvo que volver durante una temporada a Lezáun porque San Sebastián no era una ciudad segura para él. No era la primera vez que el abuelo tenía que salir de allí y esconderse, después de haber enterrado a muchos amigos militares. Un día, la escolta de mi padre identificó a dos integrantes del comando Donosti en nuestro portal. Uno había entrado y estaba en las escaleras de subida al ascensor mientras el otro esperaba fuera. Uno de los escoltas enseñó su pistola sin desenfundarla y los dos tipos huyeron. A mi hermana le hicieron la vida imposible, sobre todo en el instituto. Sufrió un terrible acoso e incluso llegaron a repartir octavillas donde aparecía su nombre entre otros. También llamaban a casa para amenazarla y, una vez que contestó ella, todavía con el teléfono en la mano, le dijo llorando a mi madre: «*Ama*, tengo miedo». Finalmente, Teresa cursó COU en Madrid.

Mis amigos y la música me metieron en una furgoneta y me alejaron de allí. No sentí cargo de conciencia por no estar junto a mi familia. En realidad, no identificaba ningún riesgo que no hubiera existido antes.

Nuestra vida no «estaba» bajo amenaza, sino que «era» bajo amenaza, y eso no había cambiado. Desde el minuto uno habíamos vivido en un estado continuo de alarma y de miedo integrado en nuestro día a día.

Una mañana en Barajas, mi padre tomaba el vuelo de regreso a San Sebastián y la chica que le atendió en el mostrador de facturación le preguntó si era el padre de Pablo al entregarle el DNI. Se lo contaba a mi madre entre risas: «Tiene cojones, resulta que ahora soy el padre de Pablo…».

En muy poco tiempo pasé de escuchar «Mira, el Benegas» —con toda la carga simbólica y de desprecio sobre ese artículo «el»— a «Ese es Pablo, el de La Oreja de Van Gogh». Aunque comprendía la diferencia sideral entre ambas frases, el hecho de que me reconocieran seguía poniéndome en alerta. Pero empezaba a sentirme profundamente orgulloso de ser Benegas.

De pie, en mitad del largo corredor de aquella casa en la Gran Vía, recordé la tarde en que descubrí que las madres también lloraban. Miré con ternura al niño que salió de su habitación dejando parte de su infancia en ella y seguí avanzando por el pasillo lleno de luz y color que me llevó a vivir una historia maravillosa.

Concluida la grabación, preparamos el orden de las canciones —fundamental en los viejos tiempos en los que se escuchaba completo un LP—, redactamos los agradecimientos y nos hicieron las fotos para la portada y el libreto interior. A las pocas semanas llegaron a Get In las primeras copias de *Dile al sol*. Qué sensación única la de abrir el embalaje, sostener el disco en la mano, mirarlo por primera vez, dejar que llegue el olor, contemplarlo, escuchar los comentarios de los compañeros, sus reacciones, recordar el proceso… En nuestro caso, suele llevarnos unos dos años de dedicación absoluta, con sus alegrías, tristezas, decepciones, inseguridades, bloqueos y euforias. Hasta que un día recibes la caja y, en unos diez centímetros cuadrados escasos, se amontonan de golpe en la palma de tu mano todas las sensaciones del exigente proceso creativo, pero también los momentos personales —buenos y malos—, porque son la base de nuestras canciones. Hace veinticinco años que ordenamos temporalmente nuestra vida por los discos que hemos ido escribiendo. Conservo copias sin abrir de todos ellos con el celofán intacto porque me gusta pensar que dentro se preserva el aire de aquel momento. Es realmente emocionante.

Regresamos en mayo a Madrid para arrancar la promoción. Jenny nos habló ese día de la lista de los discos más vendidos —entonces Afyve, hoy Promusicae— y de que estaba completamente segura de que entraríamos en ella. Ni siquiera sabíamos de su existencia, así que no le hicimos demasiado caso. Sony puso en marcha toda su maquinaria y nuestro primer single, «El 28», entró en Los 40 Principales con color rojo, lo que significaba que tendría el mayor número de tocadas semanales posibles en radio para una novedad.

En aquel verano del 98 pusieron en marcha la gira «Sony en vivo» para promocionar la salida del disco. Eligieron las ocho ciudades más importantes de España y organizaron conciertos en salas pequeñas junto a otros artistas de la compañía que también quería promocionar, como Abuelas Fumadoras, Canallas, MAP y Ángela Muro. En cada una

de ellas se daba una rueda de prensa. Para Sony era más importante el ruido comercial que generaban aquellos eventos que los conciertos en sí, pero a nosotros nos vino muy bien tocar. Hasta entonces no teníamos ni idea de lo que era una gira, ni viajar juntos, ni el sólido fondo de armario musical de cualquier gasolinera, ni el calor del verano amplificado en el asfalto, ni la búsqueda sin éxito de una postura en el asiento de la furgo, ni apoyar la frente en la ventanilla con la mirada perdida, ni escuchar «¿Alguien más se mea?» cuando justo te acabas de quedar dormido, ni que la resaca multiplicada por los kilómetros de viaje es igual a la cantidad de veces que te arrepientes de no haberte ido al hotel en aquel momento.

El resto de los grupos que componían aquella pequeña gira tenían más experiencia que nosotros y nos enseñaron mucho. Hay cosas que solo se aprenden a base de hacer kilómetros y de subirse a un escenario, y nosotros íbamos muy justos de los dos para la velocidad que estaba adquiriendo todo.

Viajábamos los cinco con nuestros instrumentos en el maletero en una furgoneta Jumper azul de asientos corridos. Gon hacía de chófer, road manager, stage manager, backliner, estilista, asistente personal y hermano mayor. Resolvía todas nuestras dudas sobre el terreno, calmaba nuestros miedos e inseguridades y pinchaba el globo de la euforia cuando al día siguiente había responsabilidades. Junto a él vivimos la etapa del despertar en la música, esa en la que los ojos miran como no vuelven a mirar, con el brillo irrepetible de las primeras veces; cuando cualquier cosa nos sorprendía. Lo pasamos muy bien. Hubo ataques de risa legendarios que solemos recordar y nos vuelven a hacer prácticamente la misma gracia. Nos reímos mucho. Los mejores momentos del grupo no han sido públicos, han ocurrido cuando nadie miraba. Gon sabe que tiene una habitación propia en nuestro corazón que nadie más puede ya ocupar.

La promoción también la hacíamos los cinco, exactamente igual que ahora. Es cierto que a veces resultaba complicado —por la logística, por el espacio—, pero también ofrecía un mensaje sobre nosotros. Además de unidad y liderazgo compartido, transmitíamos el mismo respeto

hacia cualquier medio de comunicación, ya fuera grande o pequeño, tuviera audiencia o no.

Por descontado, también estábamos muy verdes dando entrevistas. Nos pisábamos, hablábamos varios a la vez, nos repetíamos, nos contradecíamos, nos faltaba un discurso estructurado. Por suerte, surgió rápido y de manera natural. Apostamos por la autenticidad. Nuestra historia no necesitaba ningún aliño. Éramos cinco amigos universitarios de San Sebastián que habíamos montado un grupo porque compartíamos nuestra pasión por la música y estábamos aprovechando la oportunidad que nos habían dado. Enseguida caló esa imagen de normalidad en la que cualquiera podía vivir con sus amigos una historia como la nuestra, en la que no hacía falta ser nadie especial, ni vestirse raro —y eso que lo intentamos— ni adoptar ninguna actitud extravagante. Hicimos muchísimas entrevistas y además de cogerles el ritmo y el tono, poco a poco fuimos sintiendo que nuestro discurso conectaba con la gente.

Recibimos mucho cariño en general, pero hubo también experiencias desagradables. En algunas entrevistas me hicieron preguntas como «¿Qué piensa Txiki Benegas de que su hijo sea un titiritero?» o «¿Cómo ha conseguido el político Txiki Benegas que el grupo de su hijo venda cincuenta mil copias de su álbum debut?». No recuerdo bien qué respondí, pero sí lo mal que me hicieron sentir: incómodo, desanimado, descolocado, como si encendieran de golpe la luz de la fiesta. Me dolía mucho que mis compañeros tuvieran que escuchar insinuaciones torticeras y ridículas que relacionaban nuestro éxito a la mano de mi padre. Si entonces me pareció mal, la perspectiva de los años me hace verlo aún peor. Recuerdo muy bien a uno de aquellos periodistas y no era un jovencito precisamente. ¿Qué buscaba con aquellas preguntas crueles? ¿Humillar a un chaval de veinte años totalmente ingenuo y vulnerable? ¿Hacerse el gracioso con su audiencia?

Desde el principio, por el hecho de ser vascos, teníamos que contestar preguntas sobre ETA en casi todas las entrevistas. Aunque no era agradable, porque nosotros queríamos hablar de nuestra música, lo asumimos con resignación. Pero lo que nos pasó un par de años más

tarde estaba muy lejos de eso. Tras la publicación de nuestro segundo disco, *El viaje de Copperpot*, sentíamos que estábamos presentándonos a un examen de reválida. Escuchábamos todo el tiempo que con él demostraríamos si éramos flor de un día o habíamos venido para quedarnos, etcétera. Nos lo jugábamos todo, y por suerte, salió bien: vendimos dos millones de copias e iniciamos una gira mundial que nos abrió para siempre las puertas de América. Estábamos viviendo un sueño que durante algunas semanas se convirtió en pesadilla, cuando empezó a circular por internet el siguiente texto:

> CON DOS COJONES, PEDRO RUIZ, animador de Televisión Española, expulsó, en vivo, de su programa a los ñángaras de La Oreja de Van Gogh.
>
> Las polémicas declaraciones de La Oreja de Van Gogh en el programa de Pedro Ruiz *La noche abierta*.
>
> El jueves en el programa de Pedro Ruiz tenían como invitados a la tertulia a los componentes de La Oreja de Van Gogh, el conocido grupo musical donostiarra. Al parecer, en el transcurso de la entrevista el presentador, Pedro Ruiz, les preguntó si era cierto que donaban la mitad de sus ingresos a una ONG.
>
> Respondieron que sí. Pedro Ruiz les preguntó entonces de qué ONG se trataba, si Cruz Roja, Médicos sin Fronteras, etc.
>
> Respondieron que no, que era una ONG de un nombre en vascuence, que no recuerdo. Resulta que a Pedro Ruiz ese nombre le sonaba a algo y les dijo: «¿Pero esa ONG no es una organización proetarra?».
>
> Ellos respondieron que sí, que los miembros de ese grupo eran cercanos a esa misma ideología, ya que se consideraban proetarras.
>
> Ante tales insinuaciones, Pedro Ruiz, en directo y sin más contemplaciones, les echó del programa. Muy bien hecho, ¡con un par!
>
> Muchos fans del grupo ya han dejado de comprar los discos al enterarse que parte de los ingresos se destinan para cometer actos terroristas.
>
> ENVÍALO A TODO EL QUE PUEDAS… ES MUY GRAVE!!!!!

Se trataba de un llamamiento al boicot construido sobre un bulo que nos relacionaba directamente con ETA. De locos. En 2001 no existían las redes sociales y la capacidad de difundir noticias falsas era mucho más limitada, pero esta se transmitió rapidísimo. El teléfono de nuestra oficina de comunicación empezó a sonar y vimos cómo la duda que

habían sembrado sobre nosotros ponía en riesgo muchas de las actuaciones de la increíble gira que teníamos programada para ese verano.

Lo más doloroso era ver nuestro nombre asociado al de la banda terrorista que, tan solo en los seis meses anteriores al infame bulo, había asesinado al ex gobernador civil de Guipúzcoa, Juan María Jáuregui; al exministro socialista Ernest Lluch o al teniente de alcalde del PSE en Lasarte, Froilán Elespe, cuyo funeral recuerdo con profunda tristeza porque fue durísimo. Acababan de mutilar y dejar malherido con una carta bomba al periodista y gran amigo de mis padres Gorka Landaburu, entre muchos otros asesinatos y barbaridades. Qué terrible sensación de impotencia.

Hablamos con la Guardia Civil para intentar encontrar al autor, pero fue imposible rastrear el origen. Nos debatíamos entre dejarlo pasar o salir a desmentirlo ya que nos daba miedo que el hecho de hablar sobre ello ayudara a darle vuelo. Mi padre, en su lógica política, insistía en que redactásemos un comunicado y lo enviásemos a los medios.

Pedro Ruiz, coprotagonista del bulo, estaba profundamente indignado de que hubieran utilizado su nombre y el de su programa de esa manera. Nosotros nunca habíamos sido entrevistados por él, únicamente habíamos actuado en el espacio musical de *La noche abierta*. Como el programa no hacía entrevistas a grupos, invitó a Amaia para aclararlo todo. Se portó muy bien, aunque, para lo bueno y para lo malo, el proceso de restitución fue lento y el bulo siguió circulando durante mucho tiempo. Cada vez que el grupo adquiría relevancia volvía a tener presencia. Como en tantos casos de desinformación, era más divertido creérselo. Personalmente fue muy duro tener que desmentir en entrevistas y en la calle mi colaboración con ETA.

Durante el lanzamiento de nuestro primer disco tuvimos sesiones de fotos para distintos medios prácticamente a diario. Se nos daban muy mal, nos parecían aburridísimas y no nos gustaban nada. Éramos muy

tímidos, y salvo Amaia, que le echaba un poco más de morro al asunto, no sabíamos qué cara poner ni qué hacer con las manos, ni dónde mirar… Un desastre. Seguimos igual, por cierto.

Recuerdo con estupor una sesión para la revista *Bravo*, publicación que mezclaba la actualidad musical con series de televisión y otros intereses del público joven. Una vez que terminó con el grupo, la fotógrafa nos pidió algunos retratos individuales. Cuando llegó mi turno, se tiró al suelo con las piernas abiertas —llevaba unos vaqueros blancos que nunca olvidaré—, apoyó la espalda en la pared y, llevándose la cámara a la cara, comenzó a decirme: «Pablo, vamos, enamórame, enamórame…». Qué vergüenza. Me quedé muy cortado y sin saber qué hacer. El «enamórame» ese había terminado de desplumar al pichón guipuzcoano. Me entró una risa nerviosa que creo que le dejó claro que entre su cámara y yo no iba a existir tal idilio. Tiró un par de fotos de compromiso, me dio las gracias y pasó el siguiente compañero. Sé que lo hizo con la mejor de las intenciones, buscaba provocar cierta actitud y que yo pusiera una de esas miradas interesantes propias de los actores y de la gente que sabe seducir a la cámara. Lo cierto es que, después de casi tres décadas en esto, no he sido capaz de vencer el pudor que me da.

Otro de los momentos estelares de aquellos primeros días de promoción en Madrid fue una entrevista en a Los 40 Principales. Estaba previsto que hiciéramos una versión a guitarra y voz de «El 28», pero yo me había despertado con mucha fiebre. Me encontraba tan mal que avisé a Gon y le expliqué que no podía levantarme de la cama. La entrevista no estaba en discusión, mis compañeros la iban a hacer en cualquier caso. Gon lo trasladó al responsable de medios en Sony y nos respondieron que aquella actuación era vital, la más importante de todo el plan. Había que hacerla sí o sí. Lo plantearon como si toda nuestra carrera dependiera de ella, así que me vestí y me presenté en la emisora. En los comienzos todo parece trascendental, cuestión de vida o muerte. Pero el paso de los años te da la perspectiva para relativizar y comprender que casi todo en la vida sucede por muchas variables. Y aunque pueda parecer una obviedad, en el caso de la música, las

canciones son el motor principal; si hay buenos temas, ocurrirá. Fui a la radio solo por el miedo que nos metieron al decirnos que la vida del grupo dependía de aquello y que nuestra relación con Los 40 Principales podía verse comprometida. Al terminar, volví al hotel con unas anginas como la maza del pedal del bombo de mi compañero Haritz. La verdad es que no sé qué fue peor para mi salud, si salir de la cama con fiebre o el turdo que metí en la actuación que me inmunodeprimió todavía más. Sentí cómo mis glóbulos blancos, muertos de la vergüenza, huían saltando al vacío desde mis orejas. Me dejaron solo.

Todo explotó con nuestro segundo single, «Soñaré», que alcanzó el número 1 de Los 40 Principales. Los medios de comunicación empezaron a interesarse masivamente por nosotros. A finales de los noventa existían muchos espacios en televisión para actuar, para tocar en directo incluso. Al no ser un grupo conocido, eso nos permitió que la gente pusiera cara a nuestra música, nos identificara con las canciones y los promotores comprobaran que éramos de verdad. El teléfono de nuestra querida Virginia —responsable de contratación en Get In— echaba humo. Tan solo de octubre a diciembre habíamos cerrado fechas para más de cincuenta conciertos por toda España.

«Cuéntame al oído» nos catapultó al número uno de Afyve, aquella lista de la que unos meses antes no habíamos oído hablar siquiera. El resto ya es historia. Nuestro primer disco, *Dile al sol*, vendió casi un millón de copias.

El otoño del 98 se presentaba cargado de emociones. Arrancábamos la gira con un primer gran concierto en Zaragoza. Era el sábado 3 de octubre y abríamos las fiestas del Pilar compartiendo cartel con Revólver.

Cogimos la furgo en Donosti después de comer y llegamos a Zaragoza sobre las cinco de la tarde para hacer la prueba de sonido. Subimos al escenario y me coloqué en mi posición esquivando algunas cajas mientras varios técnicos echaban cables, conectaban micrófonos o ajustaban luces subidos a las estructuras metálicas.

Me colgué la guitarra, levanté la vista y me sobrecogió imaginar aquel espacio gigante lleno de gente. Sentí que algunos recuerdos volvían con nitidez y noté cómo los cimientos emocionales se tambaleaban.

Aquello era otra liga. Nos habíamos saltado varios pasos previos, escalones naturales en la progresión de una banda. En muy poco tiempo habíamos pasado de jugar en regional a hacerlo en primera división, de tocar para unos cuantos amigos y familiares en bares de San Sebastián a abrir los conciertos de la semana grande de las fiestas del Pilar.

No teníamos hotel en Zaragoza porque después del concierto volvíamos con la furgoneta a dormir a casa, así que, después de la prueba, nos quedamos por allí haciendo tiempo. Vimos cómo se iba llenando el recinto hasta que una hora antes del concierto ya no cabía nadie más bajo la carpa y empezaron a amontonarse fuera. El murmullo de tanta gente se filtraba en nuestro camerino, uno de esos módulos prefabricados. Se intuía una actividad efervescente bajo la lona del recinto. La presión aumentaba. Las peñas cantaban, bailaban y el murmullo crecía en intensidad disparando nuestra adrenalina. La espera se nos hizo muy larga. Nos asomábamos de vez en cuando para comprobar el ambiente y regresábamos al camerino más asustados. Estábamos sobreexcitados y muertos de miedo al mismo tiempo.

Álvaro no paraba quieto; jugaba con una manzana para distraer los nervios lanzándola al aire una y otra vez. Haritz ya se había ajustado un artilugio con una base de goma que se acopla a la pierna para calentar brazos y muñecas haciendo ejercicios con las baquetas. Los demás comíamos todo lo que se cruzaba en nuestro camino, pasando del salado al dulce y del dulce al salado sin ningún criterio. Xabi y Amaia fumaban sin parar. Entrábamos y salíamos, entrábamos y salíamos. Nuestros técnicos de sonido y luces, Borja Azpiroz y Txabi Sarra, ya con unos cuantos conciertos colgados de sus backstages, intentaban quitarle hierro al asunto y hacernos reír para distraernos. Íñigo, Gon y Andoni Arzallus nos contaban anécdotas para darnos confianza y tranquilizarnos, pero no había nada que hacer. Con nuestros nervios se podía coser una vela de barco.

Llegó la hora de la verdad. Había que salir. Apagaron las luces y aquello se vino abajo. Diez mil personas gritando a la vez. Era como el rugido de un monstruo hambriento de música al que nosotros teníamos que dar de comer. Había vivido muchas veces aquella sensación desde el otro lado, como uno más entre el público. La adrenalina circulaba a sus anchas por nuestro cuerpo, estábamos cerca del pánico, teníamos un caos emocional interno imposible de ordenar. Nos abrazamos en corro, juntamos las cabezas, entrelazamos los brazos sobre nuestras espaldas para sentirnos, para sujetarnos, para darnos confianza, y nos prometimos disfrutar de aquel privilegio que estábamos a punto de vivir. Deshicimos el abrazo y nos encaminamos hacia las escaleras. Salimos los cinco juntos mientras sonaba la sintonía de entrada.

Subí el último escalón, miré a mi izquierda y vi un lleno histórico que me aceleró el pulso todavía más. El aire apenas entraba en mis pulmones y lo hacía a empujones. Continué hacia mi posición entre Xabi y Amaia recorriendo todo el escenario. Las luces de cara me deslumbraban. El humo, el ruido, el rugido del público me aturdían. Reviví la experiencia en el velódromo de Anoeta catorce años atrás. Los contextos no podían ser más diferentes, pero las sensaciones eran muy parecidas. No vi a mi abuela en primera fila ni a mi padre sobre el escenario, tampoco estaba Enrique para calmarme, pero tenía a mis

compañeros a mi lado. Sujeté la guitarra con fuerza como si fuera un escudo. Esta vez no habría política, pero sí un compromiso radical con la música y las emociones.

La fotografía sobre el escenario era impresionante. No cabía un cachirulo más en aquella carpa, mucha gente se había quedado fuera. Con los primeros acordes estalló la tempestad y despertamos un mar embravecido. La marea humana se movía de un lado a otro. Se sabían todas las canciones —no solo los singles— y cantaban el disco completo. Las avalanchas se sucedían mientras nos mirábamos entre nosotros alucinando. A Xabi le temblaban las piernas, literalmente. Cantaban tanto y tan alto que nos costaba escucharnos en el escenario. A medida que avanzábamos en el repertorio se diluyeron los nervios y dejaron paso a las buenas sensaciones. La gente estaba eufórica y nos llevaba en volandas.

Acabado el concierto, repetimos el abrazo sobre el escenario y nos pusimos a saltar de alegría, juntos. Nos dirigimos al frontal, nos despedimos del público y pusimos rumbo a las escaleras de bajada casi flotando. Abajo nos esperaba todo el equipo, feliz y entusiasmado. Justo antes de pisar tierra firme después de haber tocado el cielo, miré a Andoni Arzallus y le dije absolutamente emocionado: «Qué pasada. Yo quiero vivir de esto».

Nadie vuelve a ser el mismo después de pisar un escenario. No importa lo que suceda arriba. Para bien o para mal, nunca baja la misma persona que subió.

Al dar ese último paso aquel día en el velódromo de Anoeta no sospechaba que iba a colarme en una fotografía que me acompañaría el resto de mi vida recordándome cada vez que la tuviera en mis manos el camino de la memoria como el único posible para la futura convivencia en Euskadi, para no olvidar a nadie de aquel tiempo inolvidable. Continúo emocionándome profundamente cuando la miro.

He intentado muchas veces revivir la conversación con Enrique. Recuerdo el escenario, el ambiente, la luz, su gesto cariñoso invitándome a sentarme junto a él. Me hubiera encantado también mantener su voz viva en mi memoria, pero yo era apenas un niño y ha pasado mucho tiempo. Cuando pienso en ese instante, imagino sus palabras aquella tarde lejana: «Pablo, lucho contra el terrorismo por convicción y por dignidad con mi propia vida. Y ¿sabes para qué?, para que, cuando seas mayor, puedas vivir la tuya en libertad».

Gracias, Enrique.

Lo lograste.


la paz
INSALUS

Agradecimientos

A Eider, por regalarme su tiempo, que es sobre todo amor, para que pudiera escribir.

A mi madre, porque en sus ojos se visten mi paz y mis miedos y aún no he tenido el valor de decirle todo lo que la quiero.

A la memoria de mi padre, por dedicar toda su vida para que la de sus nietos pudiera ser en libertad.

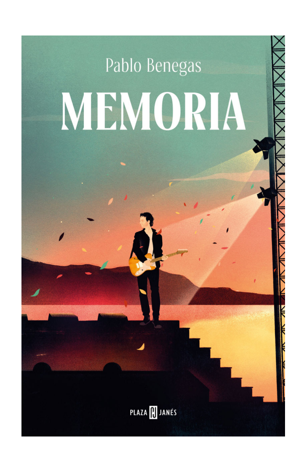
A mi hermana Teresa, porque es la mujer de mi vida.

A Luis, Xabi, Haritz, Álvaro y Amaia, por su generosidad permitiendo que sea mi mirada la que cuente nuestra historia.

A Virginia Fernández, mi editora, por guiarme en el proceso con el respeto, la sensibilidad y la inteligencia de las personas especiales.

Y a mis amigos de ayer, hoy y siempre, os quiero.

Nadie vuelve a ser el mismo después de pisar un escenario. No importa lo que suceda arriba. Para bien o para mal, nunca baja la misma persona que subió.



Esta memoria, escrita con una sensibilidad especial, bucea en los recuerdos de dos décadas oscuras para contar una historia luminosa de amistad. Un viaje intenso y conmovedor que se levanta sobre los escenarios del dolor más crudo —el Donosti de los años de plomo en el que creció Pablo Benegas viendo el nombre de su padre en la diana de ETA—, nos hace vibrar al ritmo de la música que suena a lo largo de sus páginas y nos emociona al descubrir los orígenes de un grupo que es leyenda para varias generaciones: La Oreja de Van Gogh.

Con una prosa cálida que envuelve como una de sus canciones, Pablo Benegas comparte su memoria personal de un tiempo que nos pertenece a todos y que no deberíamos dejar caer en el olvido.

Pablo Benegas (San Sebastián, 1976) es guitarrista, compositor y uno de los miembros fundadores de La Oreja de Van Gogh, mítico grupo de pop rock con más de veinticinco años de trayectoria sobre los escenarios. *Memoria* es su primer libro.



Primera edición: mayo de 2024

Diseño de portada: Penguin Random House / Idoia Vallverdú
Ilustración de portada: Ignasi Font

ISBN: 978-84-01-03389-6

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

Índice